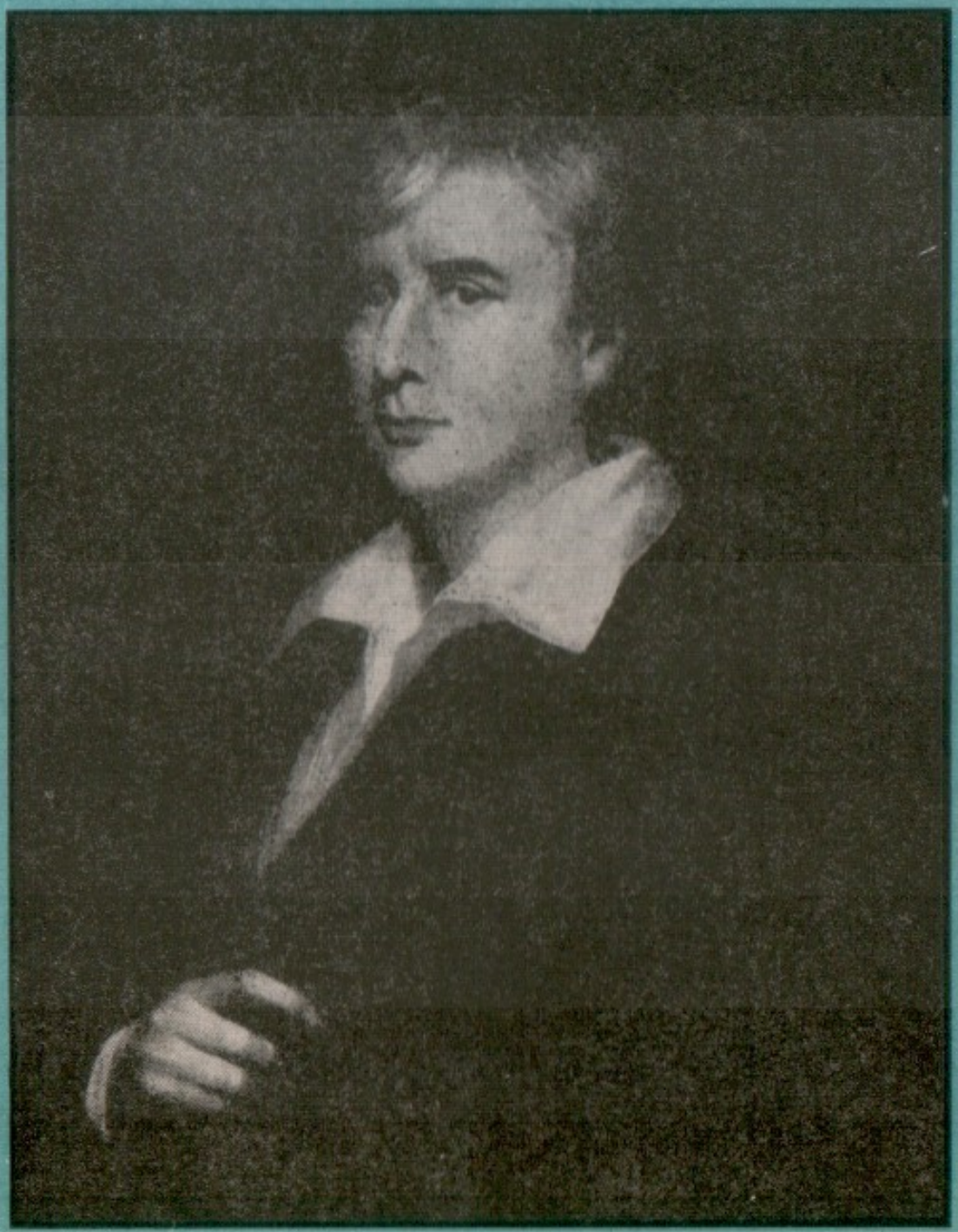
Jorge Borrow y la Biblia



JOSÉ FLORES

JOSÉ FLORES

JORGE BORROW Y LA BIBLIA

LITERATURA CRISTIANA—MADRID
1960

INDICE

Prefacio		5
CAPITULO	I. — De Norfolk a Irlanda	11
»	II. — El poliglota en Norwich	17
»	III. — Londres y un periodo oscuro	29
»	IV. — Al servicio de la Sociedad Biblica ...	39
»	V. — Agente biblico en Rusia	49
»	VI. — Borrow en Portugal	61
»	VII. — Camino de Madrid	73
»	VIII. — Segundo viaje a España	87
»	IX. — Cinco meses por el noroeste de España	97
»	X. — Deposito biblico en Madrid	113
»	XI. — Tercer viaje a España	127
Epilogo		141

PREFACIO

Cuando San Pablo saltó del Asia Menor a Europa, al objeto de traernos el Evangelio de Cristo, empresa nueva y gigantesca, inició una grande aventura. Más tarde, otro glorioso misionero, Guillermo Carey, dijo: «emprendamos grandes cosas para Dios y esperemos grandes cosas de El», poniéndo, con éxito, en práctica su fe, y «descubrió la India». Asi la empresa cristiana no está exenta de aventura, y la Sociedad Biblica Británica y Extranjera registra en sus anales grandes y nuevas aventuras.

Paterson se abrió camino a Rusia al mismo tiempo que Napoleón y luego, cuando éste fué rechazado finalmente, completó sus planes para una Sociedad Biblica rusa. Llegado el tiempo de realizar en aquel vasto pais la traducción del Libro de Dios al manchú, un hombre tambien enviado por el Eterno aparece en el justo momento: Jorge Borrow, el impaciente.

En más de siglo y medio de servicios por todo el mundo, la Sociedad Biblica de Londres enroló en sus filas a ilustres Agentes, quedando por ver si en esa lista hay un hombre más destacado, de mayor genio, que «don Jorgito el inglés», como se le llamó en España, aquél que, además de ser representante en nuestro pais de la Sociedad de Londres, se destacó por sus dotes literarias entre los novelistas ingleses, recibiendo el título de «el poeta prosaico del aire libre». Su período de ser-

vicio con la Sociedad Biblica lo describe él mismo en su famoso y clásico libro «La Biblia en España», entre los años 1835 y 1839.

Han corrido muchos aires por nuestro pais desde entonces y, llegados a la época actual, parece que su nombre solo es pronunciado en relación con la gitaneria o con estudios de viajes, raramente con su trabajo principal de distribución de la Biblia. Esto es lo que queremos hacer resaltar en nuestro libro. No podemos olvidar, sobre todo los cristianos evangélicos de España, que uno de los acontecimientos sobresalientes del Centenario de su visita a España consistió en la dedicatión del coche--libreria JORGE BORROW en Barcelona, con sus tres camas, cocina, oficina, micrófono y altavoz, o «casa sobre ruedas» que recorrió casi todos los pueblos de España, ofreciendo la Biblia, hasta que, principiada la guerra civil, fué convertido en ambulancia por las tropas, perdiéndose luego para siempre... en este pais nuestro que Jorge Borrow describe en el prefacio de «la Biblia en España» como «el más magnífico del mundo, probablemente el más fértil y, sin duda, el de clima más hermoso».

Al entrar en tierra española, dijo Borrow a una monja de Monte Moro «No soy hombre de guerra, soy un cristiano. No voy a verter sangre, sino a procurar la difusión del Evangelio en un pais que no lo conoce». Era verdad que en aquel tiempo de guerra el pueblo estaba a favor o en contra de los carlistas y el espiritu reinante era el de la rivalidad de partidos, pero el enviado de la Sociedad Biblica no defendia partido político, ni bandería religiosa alguna, sino que sentía, sencillamente, el llamamiento divino para sembrar en España la santa semilla del Evangelio de Cristo, movido por dos razones fundamentales: a) *la lectura del Evangelio es esencial para la salvación de los hombres,* b) *los españoles desconocían el Evangelio en general. Por eso cuando, cerca de Cobeña, montado en un burro cargado de Testamentos, la jóven campesina le preguntó: «Tio, ¿qué lleva usted en el borrico? ¿Es jabón?», Jorge Borrow replicó: «Si, jabón para lavar las almas», y a continuación le ofreció un libro que la jóven leyó en alta voz. A los pocos minutos la muchacha exclamó: «¡Que lectura tan linda! ¡Que lectura tan bonita!».*

Aquel «niño triste que gustaba de permanecer horas enteras en un rincón solitario con la cabeza caida sobre el pecho, dominado por un abatimiento peculiar» conoció en su tierra a un gitano, Ambrosio Smith, que luego representó en sus escritos como «Jasper Petulengro», con el cual marchó por ferias y mercados, conviviendo en los campamentos con gitanos y aprendiendo la lengua de ellos. Asi estuvo perfectamente capacitado para presentarse en España en el momento oportuno, cuando no habia teléfonos ni ferrocarriles, la red de carreteras era pobrísima y los caminos estaban infectados de ladrones y maleantes, amen de las bandas de gitanos que acampaban por doquier.

No es de extrañar que al morir, y a solas, después de una larga vida que sorprendió a muchos, casi fueran los gitanos, sus amigos, los únicos que se acordaran de el y visitaran con recogimiento su tumba. Charlotte Bronte habia admirado a Jorge Borrow, Stevenson le leía con placer y Lionel Johnson, Henley Saintsbury, Woolf y tantos otros ponderaron al vagabundo poliglota, escritor y Agente de la Sociedad Biblica.

Nuestro héroe, no hay que ocultarlo, ha sido muy discutido, en especial en lo que atañe a su carácter

peculiar y en sus depresiones psíquicas, como igualmente en la perfección de su conocimiento de idiomas. Tambien en la Sociedad Biblica de Londres se llegó a sospechar algo de sus cartas melodramáticas desde España, voluminosas muchas de ellas, pero cuando Borrow se presentó en Londres, provisto de documentos y certificados, todos hubieron de reconocer la verdad de sus asertos, lo dicho por aquel caballero andante... a imágen del Quijote, según entendiera su amigo Hasfeldt, el danés en aquella carta: «¿No le ha chocado a usted nunca cuánto se parece usted al buen hidalgo don Quijote de la Mancha? A mi juicio podría usted pasar fácilmente por hijo suyo».

Para darnos idea de las dificultades de su trabajo basta considerar que desde Lisboa a Madrid, pasando por Badajoz y el famoso Puerto de Mirabete, que nosotros hemos hecho tantas veces en unas nueve horas de auto, empleó don Jorgito diez dias, esto es desde el sabado 16 de Enero de 1836 hasta el martes 26 de Enero de dicho año. Tuvo, pues, suficiente tiempo para «saborear» aventuras durante su estancia en España (como la de Oviedo, que registramos más adelante) y de traducir el Evangelio de San Lucas al «caló» de los gitanos, mientras convivía con ellos.

En toda su obra nadie puede encontrar motivo de censura de partidismo en Jorge Borrow, quien amistosamente departió con curas católicos, algunos de los cuales quedaron extrañados de que «los luteranos entendiesen el latin, idioma de la Iglesia». El espíritu de su obra lo expresó don Manuel Azaña con estas palabras, en su introducción a «La Biblia en España»: «La propaganda de las Sociedades biblicas no consiste, esencialmente, en predicar una confesión determinada, sino

en difundir la lectura de la Biblia, poniendo al alcance del mayor número el texto genuino de la Escritura».

Pero lo lamentable fué que, debido tal vez a la acción independiente de Graydon, que imprimió en Barcelona una edición de la Biblia por su cuenta, produciendo cierto escándalo, la obra de Borrow en España se malograse y no pudiese continuar sus «viajes de aventuras» por todo el territorio, limitándose en su estancia entre nosotros a cubrir la mitad occidental de la Peninsula Ibérica.

Muchas veces me pregunto cuánto no habremos perdido sin la visita de Borrow al Levante español y a las Islas Baleares, y cuánta riqueza descriptiva no nos habria legado si hubiese tenido ocasión de plasmar en su libro las experiencias que aqui encontrara, principalmente en esta isla maravillosa desde donde escribo, a la que, por los mismos años, arribara George Sand. Esta mujer, la amiga de Chopin, se preguntaba en 1855, luego de escrito su libro «Un invierno en Mallorca»: (1) *«Pourquoi voyager quand on n'y est pas forcé?», pero George Borrow, el que escribió: «el objeto de mi estudio favorito, que yo podria decir único, es el hombre», habría contestado acertadamente a la pregunta de Sand: «es mandato de Cristo llevar el Evangelio a toda criatura».*

Consecuentemente, aunque Jorge Borrow no llegara a estas latitudes, su obra sí que nos ha afectado a todos y ese «jabon que lava las almas», merced a su glorioso trabajo de primer Agente de la Sociedad Biblica, ha sido aplicado a millares y millares de españoles de este otro lado de la Peninsula.

Mallorca, Ca'n Pastilla, Agosto, 1959.

(1) «¿Por qué viajar sin necesidad?».

CAPÍTULO I

DE NORFOLK A IRLANDA

Ocho meses antes de la fundación de la Sociedad Biblica Británica y Extranjera nace Jorge Borrow, tambien durante las guerras napoleónicas, el dia 5 de Julio de 1803. Y ve la luz en una granja de Norfolk, en Dereham, lugar de estacionamiento de su padre, el capitán Borrow.

No fué Jorge el primero de los hijos del capitán, sino el segundo. En la página 305 del Registro civil de Dereham se lee: «Año 1803. Borrow, George Henry, hijo de Tomás y de Ana, su esposa, nacido el 5 de Julio, bautizado el 17». El primer nombre expresa la admiración del padre por el monarca reinante y el segundo la memoria de su hermano mayor, pero éste jamás lo empleó nuestro héroe sino para firmar documentos oficiales. No obstante, se encuentra en los libros de sus primeros años, en una gramática galesa, en un salterio hebreo, etc., pero en sus trabajos literarios o epistolares su firma siempre fué: George Borrow.

En Rusia, conforme a la usanza del pais, empleó el nombre de su padre como patronímico, y se llamó: Yegór Phomitch Borrou. En Irlanda fué Shorsa, en Italia Giorgio, y en España don Jorge. En el manuscrito de su obra «Lavengro», en 1849, él dejó escrito lo siguiente:

«En el quinto dia de Julio de 1803, en Dereham, bello pueblecito de la División occidental de Norfolk, vi por primera vez la luz».

Pero el capitán Borrow, después de la tregua de Napoleón que duró un año, mientras el famoso guerrero francés se preparaba en Boulogne para atravesar el Canal, se vió obligado, como otros compañeros suyos, a trasladar a su familia de pueblo en pueblo, de casa en casa y, lo que es peor, de cuartel en cuartel. Fué precisamente en ese ambiente, tal vez el menos indicado, en el que los años plásticos de la niñez de Borrow fueron creando su personalidad.

Se dice que su hermano Juan era um muchacho alegre y amable, en tanto que él era más impresionable, más soñador, más variable, en consonancia con aquel movimiento de tropas.

Cuando seis años más tarde la familia vuelve otra vez a Norfolk y Jorge es enviado a la escuela por primera vez, recibe una gramática latina de Lilly para que comience a aprenderla de memoria. Esta gramática latina, según los historiadores literarios, se hallaba todavia en uso en la mayoria de las escuelas inglesas a principios del siglo XIX.

Refiriéndose precisamente a aquellos dias, dice él en su «Lavengro» que las ilustraciones de Robinson Crusoe despertaron su curiosidad intelectual de modo desenfrenado, constituyendo aquel libro la única lectura y el único atractivo que le consumian horas y dias enteros, aprendiendo de memoria el contenido de cada línea.

En los primeros dias de Abril de 1810, el Regimiento de West Norfolk fué trasladado a Norman Cross, en el condado de Huntingdon, y allá fué la familia Borrow. El Gobierno habia comprado cuarenta acres de terreno

para retener a los prisioneros franceses, que ascendian a unos seis mil, y en las páginas de «Lavengro» muestra Borrow las impresiones de aquellos dias, especialmente el ilícito tráfico de la mano de obra francesa en el campo de concentración.

Pero la estancia en Cross debía tambien ser corta y asi al cabo de quince meses, a finales de Julio de 1811, el Regimiento regresó a Norfolk, y de allí a Colchester, en Essex. Hay una indicación en «Lavengro» referente al pastor que «tenia un seminario en un poblado cercano, inmediatamente después de nuestra partida de Cross». El año de 1812 lo pasó el Regimiento de Borrow en una serie de movimientos por los condados centrales, dando motivos al jóven Borrow de excitación y de adquisición de nuevos conocimientos sociales, pero aquello le privaba de posibilidades de una instrucción seria y continuada, justamente en los años en que más la necesitaba. Cierto es que tuvo dos meses sin interrupción para poder asistir a una escuela en Stockport y que, además, en Huddersfield y Sheffield, dejando de lado la variedad de maestros y de métodos, pudo aprovechar algo en los cinco o seis meses de estancia. El mismo Borrow hace mención a ello en su frase: «les he visto en Huddersfield donde yo asistí a la escuela cuando muchacho».

El 16 de Marzo de 1813 recibió el Regimiento la órden de partida en Sheffield y, aunque al principio se ignoraba el lugar del destino, pronto se encontraron los Borrow en la capital de Escocia. El capitán Borrow hizo a caballo más de doscientas cincuenta millas, y su esposa con los dos hijos tuvo que marchar detrás, en una silla de posta.

A su debido tiempo, por el otoño de 1813, los dos

hermanos Borrow, Juan y Jorge, ingresaron en la célebre Academia en que se educara Walter Scott y de la que el Dr. Adam dijera: «se hace allí más trabajo en una hora que en cualquier otra escuela de Europa». Sin embargo, no podemos precisar el tiempo de su asistencia a las clases. Lavengro dice que duró unos dos años, cosa considerada como una exageración. Tambien se dice que la regularidad monotona de la vida escolar le aburría tanto y que sus compañeros escoceses se burlaban de él por lo que, tan pronto acababa las clases, se iba Jorge a vagabundear, solo o acompañado por un jóven tambor del Regimiento, lejos de la población.

Mas cuando los Borrow llevaban unos quince meses en Edimburgo, la guerra con Napoleón finalizó y se firmó la paz, asi que a mediados de Julio de 1814 toda la familia emprendió el viaje de vuelta, llegando a Norwich a tiempo de que los jóvenes emprendiesen estudios. Allí durante un año Jorge Borrow asistió a la Escuela Superior, al tiempo que su hermano Juan se dedicaba al dibujo y a la pintura.

No iba el jóven Borrow a disfrutar de unos años de tranquilidad y de órden en su vida, pues, repentinamente, cuando los soldados creyeron tener derecho a una vida de reposo, se oyó un grito de sorpresa. Napoleón se habia escapado de la prisión de la isla y justamente el primero de Marzo de 1815 se encontró en Antibes y Cannes, llegando el 20 a Paris.

Tan pronto se supo que Napoleón habia llegado a las Tullerias, se dió la órden de reincorporación de las fuerzas que habian sido disueltas y el capitán Borrow levantó el campo de nuevo para seguir su vida de trotamundos. Esta vez, sin embargo, ganada ya la batalla de Waterloo, su destino le dirigió a Irlanda. Y Jorge

Borrow con los suyos, se vió embarcado por primera vez para conocer otra isla, a la que arribaron ocho dias más tarde. Su padre se incorporó en el famoso Tipperary. Jorge Borrow fué enviado a la mejor escuela del lugar y allí comenzó el estudio del griego, despertándose entonces su afición por los idiomas, tal vez por su contacto con el jóven irlandés Murtagh. En todos sus libros, Borrow se refiere con cierto orgullo a su conocimiento de una de las lenguas más dificiles de Europa y a Murtagh, quien se la enseñó «a cambio de un juego de naipes». Pero en el más moderado y verídico de todos los libros que escribiera, a juicio de Knapp, el «Wild Wales», dice que sólo habia aprendido el irlandés «de oido».

Los nueve meses que pasó el jóven Borrow en la verde isla constituyen un período decisivo en la formación de su personalidad, las praderas de un verdor hermoso, las vastas extensiones desoladas, movidas sólo por el suave viento y las brumas típicas, las ruinas de casas fortificadas y los recuerdos de las leyendas danesas y de los invasores, aquel lenguaje desconocido y el misterio de la tierra celtica, todo ello le interesó de tal modo que, a pesar de su juventud, apenas doce años de edad, se considera ya una autoridad y escribe: «Me gustaria conocer a Sir Robert Peel, pues podria darle muchos datos sobre Irlanda y los irlandeses, que conozco bastante bien».

Fué allí en Irlanda donde Jorge Borrow aprendió a montar a caballo, donde desarrolló su vigor muscular y sus gustos deportistas allí se hizo aprendiz de brujo, aprendió a herrar y a dominar los caballos, y tantas otras cosas que luego habrian de serle útiles en otros lugares. Mas no podemos por menos de observar cierto aire de «judio errante», como él mismo insinúa en su

«Lavengro» y que vemos, por ejemplo, en el caso de su encuentro con el Baron Taylor, en Sevilla, muchos años más tarde, o sea en el 1836

«...me dirigía a la posada, cuando al pasar junto al portal de una casa lóbrega, cerca de la puerta de Jerez, dos individuos, vestidos con zamarras, salieron de la casa a la calle; ya iban a cruzarse conmigo pero uno de ellos, mirándome a la cara, retrocedió vivamente y en un francés purísimo y armonioso exclamó: «¿Qué es lo que veo? Si mis ojos no me engañan es él; sí, el mismo a quien vi por primera vez en Bayona, y mucho tiempo después bajo los muros de ladrillo de Novogorod luego junto al Bosforo y más tarde en... en... Mi querido y respetable amigo: ¿donde tuve yo la fortuna de ver últimamente su inolvidable y singular fisionomia?».

Yo. Fué en el Sur de Irlanda, si no me engaño. Allí le presenté a usted al brujo que domaba potros con solo murmurarles unas palabras al oido. Pero ¿qué le trae a usted por Andalucia?...».

Como dice uno de sus biógrafos, Knapp, Jorge tenía la debilidad de exhibirse como viajero misterioso, pues se sabe que estuvo en Bayona en 1826, en Novogorod en 1835, pero que sólo estuvo en Irlanda cuando niño, teniendo unos trece años. De ahí su frase: «si no me engaño».

En Mayo de 1816 la familia Borrow abandonó Irlanda y regresó a Inglaterra, marchando seguidamente a Norwich. Luego se registró la «Paz de los cuarenta años», que se extendió desde Waterloo hasta Crimea, y en 1819 el capitán Borrow fué retirado por el Gobierno inglés con una paga vitalicia de ocho chelines diarios.

CAPÍTULO II

EL POLIGLOTA EN NORWICH

Norwich, llena de tradición y de recuerdos, recibió a la familia Borrow, allí donde habian acampado los romanos y bajo cuyos muros los bretones se habian batido contra los ingleses, manchando de sangre sus calles, allí donde los ingleses se habian batido más tarde contra los daneses y donde en 1075 se habia hecho resistencia a Guillermo el Conquistador.

Tenía Norwich sus escritores, sus sabios, sus letrados, tambien sus irreligiosos, y, naturalmente, sus cristianos evangélicos. El fundador de la «Revista de Edimburgo», Brougham, el defensor de la Revolución francesa, Mackintosh, y otros, habian venido a cambiar sus ideas subversivas con la señora de John Taylor conocida por la «madame Roland de Norwich». Por otra parte, no faltaban quienes, como el rico y cuáquero John Gurney, estaban en comunión con los fundadores de las Escuelas Dominicales, la Sociedad Biblica y las Sociedades misioneras. Finalmente, en las afueras de Norwich, en los llanos de Mousehold, los numerosos gitanos del Est-Anglie establecieron su cuartel general.

La casa en que se instalaron los Borrow llevó en aquellos tiempos, o sea por el año 1816, el nombre de KINGS COURT, pero cuando llegamos al año 1897 aparece con el nombre de BORROW'S COURT. Todavia se la puede contemplar, aunque dañada por los bom-

bardeos del 1942, pues a principios de siglo se la dispuso casi con el mismo aspecto que tenía en tiempos de Borrow y allí se instaló el «Museo de Borrow». Modesta mansión, como correspondia a la pensión del capitán de ocho chelines diarios, rodeada por los jardines de las otras casas lindantes, al fondo de la Willow Lane. En ciudad tan alegre y viva, no se habria podido encontrar rincón más solitario y silencioso.

Durante años, George Borrow trabajó y soño entre las paredes de aquella casa, teniendo como compañia las conversaciones de sus padres y los pasos de su hermano, en el pequeño estudio contiguo. Sin embargo, conviene adelantar que Borrow mostró muy poco interés por la escuela y olvidada o descuidaba cualquier enseñanza que no tratase de filología.

De su padre, hay que decir que se comportó como un excelente cabeza de familia, respetable, disciplinado y piadoso al mismo tiempo. Cada domingo iba a la iglesia, llevando siempre a sus hijos con él, y antes de cada comida elevaba sus acciones de gracias al Altisimo. Procuraba encontrar para Jorge y para Juan las mejores escuelas de los lugares en que se encontraba, a pesar de su falta de recursos. El queria que su hijos tuviesen una profesión «respetable» y fuesen leales subditos del Rey, pero sufría mucho porque no entendia el caracter reservado, o silencioso, de Jorge, ni conocía sus extrañas amistades. Por una de esas ironias del destino, comprobaba que este hijo suyo no se preocupaba un bledo de las tradiciones sanas y abandonaba la buena sociedad para ir a reunirse con los gitanos de la explanada, Jorge se entrevistaba con nómadas de toda suerte, aprendía el escocés en Escocia, el irlandés en Irlanda y se permitia,

a veces, tener opiniones personales, algunas de las cuales no parecian muy religiosas.

La madre se habia compenetrado con la vida de fe del capitán Borrow y entre los dos habian procurado cimentar la familia en la Biblia. Cuando Juan tuvo que dormir en una caseta con otros soldades, en Irlanda, separado de sus padres, la madre le entregó una Biblia para que la leyera cada noche antes de dormir. Siempre que la familia estaba reunida, como habia ocurrido con raras excepciones, el capitán hacia leer la Biblia de modo alternado a sus dos hijos, todas las nochas, mientras los padres escuchaban. Asi diría luego Jorge, en su «Lavengro»: «my parents were, to a certain extent, religious people... and indeed took pleasure in serious and devout conversation» (eran mis padres en cierto grado religiosos y se complacian, de verdad, en un hablar serio y piadoso).

La Escuela superior que a la sombra de la Catedral habia formado a la mayoria de los grandes hombres de Norwich, en la que habia ingresado Jorge merced a los esfuerzos de su padre, no atrajo nada al jóven que suspiraba por el aire libre, al buscador de aventuras, al amante de la libertad. Sabía algo de latin, muy poco de griego, pero no daba mayor importancia a estas lenguas clásicas que al irlandés. No encontraba encanto alguno al permanecer en el Colegio y su mayor placer consistía en contar historias dramáticas a un pequeño corrillo de amigos que le seguían.

Sin embargo, Borrow se instruía en sus horas de asueto, visitaba las librerias y rebuscaba en los anticuarios. Cierto dia compró una gramática de paralelos en cuatro lenguas y se enfrascó en el estudio del francés y del italiano. Copió, leyó y releyó con perseverancia

vocabularios y expresiones, y luego, por mediación de su madre, obtuvo permiso de su padre para visitar a un cura emigrado, profesor de francés, tambien incluido en «Lavengro», con el que, según Knapp, estudió tambien italiano y español. Borrow progresó tanto que Tomás d'Eterville, el profesor, le pidió que le reemplazara cuando él se ausentaba.

El jóven Borrow, en sus ratos libres, sumido en sus pensamientos sobre las leyendas inglesas, salía de la ciudad y caminaba durante horas, pasando a veces rios a nado, buscando en su imaginación los tesoros enterrados en las sepulturas de los reyes por los intrépidos vikingos que se habian apoderado de aquella región en tiempos pasados.

Dentro de la urbe, deambulaba por las calles buscando conversación con los desconocidos, nómadas, italianos vendedores de barómetros y, sobre todo, con los gitanos, estrechando su amistad con el célebre Ambrosio Smith, que le llevó a las tiendas de Mousehold.

Por aquel entonces el Est-Anglie era uno de los lugares preferidos de los veinte mil gitanos que habia en las Islas Británicas. Estos gitanos, cuyos antepasados habian atravesado el Canal de la Mancha por el año 1500, se habian dividido en tribus o familias, cada una de las cuales reconocía a un «rey», y de esta manera se encontraban en Escocia los Faa, en el Pais de Gales los Wood, en Inglaterra los Smith, los Gray, los Horne y los Boswell. Como todos los gitanos, vivian en tiendas de lona y se trasladaban en carromatos. Se dedicaban a las profesiones más tipicas, como sanadores de ganado, caldereros, herreros, estañeros, cesteros, boxeadores, músicos, etc.; las mujeres, sobre todo, se dedicaban a decir la buena ventura. En las ferias se les veía por doquier, a

gitanos y a gitanas, ejerciendo sus funciones y hablando su lengua peculiar, prima del sánscrito.

Hay que decir que los clanes tenian pocas relaciones entre si y, por ejemplo, los Faa y los Smith sólo se entendían en inglés. Todos ellos se decían originarios de Egipto, pero con tradiciones peculiares a cada clan.

Frechet dice que fué allí en Norwich en donde Borrow encontró a Ambrosio Smith, pero Knapp afirma que ya le conocía de los tiempos de Norman Croos, como el mismo Borrow lo pretende en su «Lavengro». Ambrosio recibió a Jorge Borrow en su tienda, le llevó en sus correrias a caballo, le presentó a sus hermanas, primos y primas, sintiéndose el jóven verdaderamente conmovido por aquel espectáculo al aire libre, salvaje y fraternal. Lo que más le maravilló fué el descubrir que las palabras extrañas que empleaban entre ellos formaban una lengua verdadera.

Borrow les vió trabajar, les escuchó, les interrogó, practicó el boxeo con ellos y empezó seguidamente a aprender el romani bajo la dirección de Ambrosio. Por fin, se granjeó la amistad de todos, menos la de una persona, una tal Marta Herne que no consentía que un extranjero fuese iniciado en los secretos de la raza.

Al lado de semejantes aventuras, ¿qué sabor podría tener la escuela para el jóven Borrow? No es de extrañar, pues, que, sobrepasando fisicamente a sus compañeros y hasta a sus maestros, un dia se asociase con un par de estudiantes para escapar hasta la costa y esconderse en las misteriosas cavernas.

Hay, efectivamente, varias versiones de esta escapatoria, dos de las cuales concuerdan. Parece ser que, inspirado por sus lecturas de Robinson Crusoe y por los cuentos de contrabandistas, amen de la influencia de

sus contactos con Murtagh, Thurtell y los gitanos, incitó a tres compañeros, John Dalrymple, Theodosius Purland y su hermano Francis, y salieron una mañana temprano, como cuatro aventureros, atravesando pronto el puente del Wensum y adentrándose hasta Thorpe y las colinas que le siguen. Uno de ellos se arrepintió en el camino por parecerle muy lejos la costa y las cavernas, pero los otros dos le acompañaron hasta Acle. Allí fueron reconocidos por un señor que iba en una silla de posta y tenía precisamente a su hijo en la misma escuela. Ni que decir tiene que los hizo regresar por el mismo vehículo inmediatamente.

El «cruel» profesor Valpy apaleó a Borrow en plena clase, de tal manera, cuenta un historiador, que apenas si pudo dormir el jóven en quince dias y «llevaria las señales de la paliza por el resto de sus dias». Allí se acabaron los estudios regulares de Borrow, pues odió a la Escuela Superior de Norwich y a su profesor para siempre. En «Lavengro» no menciona la escuela de Norwich y hay quien piensa que la humillación sufrida delante de todos sus compañeros no dejó de influir en su misteriosa enfermedad... Se cuenta que un dia se manchó la cara con polvo de nueces y el director le preguntó: «Borrow, tienes ictericia o sólo es porquería?».

Tenía Borrow un íntimo amigo en Norwich, o mejor dicho dos, llamados Kerrison, pertenecientes a una familia muy buena. Uno de ellos, Roger, que andando el tiempo llegó a ser abogado, era un año mayor que Borrow, y el otro, Allday, que, pensando ir a Mexico (en donde luego llegó a hacer gran fortuna) pidió a Borrow que le enseñara el español, se convirtió en su discípulo durante los años 1823 y 24.

Poco antes de estas fechas, el capitán Borrow, viendo

que su hijo Jorge fracasaba en sus estudios, logró que firmase un contrato con William Simpson, importante abogado de Norwich, para trabajar con él durante cinco años en sus oficinas, al objeto de especializarse en Derecho. La fecha del contrato es la de 30 de Marzo de 1819.

El aspecto delicado del Señor Simpson, su paso tranquilo, palabra mesurada, elegante traje negro, la hermosa casa en que habitaba, a la sombra de la Catedral, su riqueza, sus títulos de Secretario y Tesorero de Norwich y Tesorero de Norfolk, etc., etc., todo ello inspiraba confianza al capitán, pero a Jorge no, y asi aceptó sólo por obedecer a su padre. Tan pronto como llegó a la mansión de Simpson, el jóven fué iniciado en los «Comentarios» del gran jurista Blackstone sobre los que se esperaba meditase y sacase datos de estudio.

Durante los cinco años que siguieron, en lugar de aplicarse al estudio de leyes, Borrow continuó su adquisición de idiomas extranjeros. Hasta entonces habia estudiado latin, griego, irlandés, francés, italiano, español y la jerga de los gitanos. Seguidamente empezó, primero en secreto, luego abiertamente, a aprender galés, danés, alemán, hebreo, árabe, gálico y armenio. Uno de sus mejores biógrafos, Knapp, dice poseer el libro de notas de Borrow de aquel tiempo y en él ha encontrado anotaciones y traduciones, como asimismo conversaciones con Levy, su maestro oriental, el «Muscha» de Lavengro.

Cuando alguien le veía estudiar y creía que estaba sumido en asuntos de leyes, ignoraba que, en realidad, estaba leyendo algún bardo gálico de la colección publicada por Stuarts en Edimburgo el año 1804. Un dia, entre los libros de viejo que buscaba, encontró la traducción galesa del Paraiso Perdido de Milton, y, aunque

nadie podria interesarse en Norwich por semejante cosa, Borrow lo compró. De ese libro, comparándolo con el original, acabó por arrancar un abundante vocabulario galés para poder hacer frente a las obras originales en dicha lengua. Se dió cuenta, además, de que todos los dias pasaba por delante de su oficina un palafrenero galés y con él hizo amistad; el capitán observó que su hijo iba cada domingo, durante todo un año, a casa del galés, porque aquél era el único dia libre que tenía el hombre, y con él aprendió lecciones de dicha lengua.

De esta manera, Jorge Borrow llegó a ser prodigioso en la cantidad de idiomas que conocía, pues antes de cumplir los dieciocho anños, es decir en Marzo de 1821, ya hablaba doce idiomas, y a la edad de 20 años, esto es en 1823, nos cuenta el mismo historiador, «traducía con facilidad y elegancia veinte lenguas diferentes». Desde luego hay que reconocer que la adquisición de ocho idiomas distintos en dos años en un prodigio no corriente. Sin embargo, la autoridad que nos lo dice es el mismo William Taylor, de Norwich, que mencionaremos a continuación. Muy pronto Jorge Borrow se sirvió de todos los pretextos para abandonar sus estudios de leyes y salir de aquellas oficinas.

En Julio de 1821 Sir John Bowring, hombre de influencia, dedicado al comercio, que habia visitado los paises europeos, conocedor de España tambien, teniendo una representación de su negocio en Gibraltar, llegó a Norwich para asuntos oficiales y William Taylor, siempre hospitalario con los forasteros, le invitó a su casa. Entre los invitados especiales figuraban Borrow y el Dr. Lewis Evans, que fué médico del ejército en España durante la guerra de la Peninsula, pues Bowring mismo era tambien lingüista.

Un biógrafo cuenta: «Por aquel tiempo (1820) Borrow hizo conocimiento con el difunto William Taylor, hombre quizás el más extraordinario de Norwich... Pronto Taylor se interesó mucho por Borrow y le enseñó el alemán, y para mostrar la aptitud de éste para aprender idiomas, un dia dijo Taylor: «No puedo darle mejor ejemplo que éste: lo que le digo a Borrow una vez, se le queda para siempre y lo que le digo a Cooke (este llegó a ser tambien un genio a su modo) tengo que repetirselo veinte veces». A la mesa de Taylor, los dos discípulos eran constantes invitados y allí se reunían los hombres de más talento de Norwich, como tambien los personajes notables que visitaban la ciudad».

Bowring quería hacerse notable y llegar hasta el Parlamento. Una de sus ideas era traducir al inglés los supuestos tesoros de las literaturas rusa, danesa, española, polaca, servia, húngara y bohemia, especialmente lo referente a la poesía y a las canciones. Durante una cena parece que envolvió a Borrow en este plan y el jóven cayó en la red de las traducciones, mas lejos de conseguir dinero, honor y fama, el trabajo de las traducciones produjo a Borrow durante diez años mortificación y pobreza.

En la Biblioteca del Ayuntamiento llegó a descubrir la «Danica Literatura Antiquissima» de Olaus Wormius (que escribió sobre historia y antigüedades del Norte) quedando tan prendado del trabajo que llegó a adoptar el nombre de «Olaus» durante los siguientes tres años. Asi penetró en la antigüedad escandinava y conoció al extraño vagabundo Svend Vonved, al maravilloso orfebre y herrero Volundr, al prestigioso caballero Gunnar y a todos los héroes notables y demonios que evocaron los autores de los sagas, bajo la luna nueva en la hora

del delirio poético. Llegó a encantarle tanto aquello como el roble sagrado de los druidas y la naturaleza temblorosa cantada por los bardos.

Estudió Borrow la Dánica Literatura Antiquissima con tanto ardor que la llenó de anotaciones y se compró una Biblia danesa para aprender bien el danés. A princípios de año escribió William Taylor a Thomas Campbell, editor del periódico New Monthly Magazine, introduciendo al jóven Borrow para entablar relaciones literarias. Sus primeras traducciones fueron firmadas de esta manera: George Olaus Borrow, y durante un tiempo Borrow fué «el corresponsal Olaus de Norwich».

Parece ser que en el terreno espiritual, el contacto de Borrow con William Taylor y sus largas discusiones que seguían a las lecciones, como tambien las frecuentes invitaciones, no le fueron de provecho, pues Taylor, salido de un medio unitario, conocedor de Hume, Voltairie y Rousseau, viajero por la Francia de entonces, y sobre todo en Alemania, tenía ideas filosóficas avanzadas, que llegaron a considerarle por la gente pensadora de la ciudad como a hombre peligroso e infiel. Southey le acusó de hacer más daño a la religión, por sus críticas subterráneas, que Voltaire o Payne; los destacados de Norwich le llamaban «Guillermo Taylor el impío».

Jorge Borrow soportaba cada vez menos el ambiente familiar y la benevolencia del Sr. Simpson, quería ir a Londres a toda costa, especialmente después que su hermano habia marchado allá para ampliar sus estudios de pintura, en la que habia progresado no poco. Un incidente le trastornó todavia mas. Thurtell, de Norwich, a quien él habia conocido por su afición al boxeo, habiendo mantenido cierta amistad, cometió un crimen repugnante y fué condenado a muerte el 7 de Febrero

de 1824. Su muerte, colgado delante de la prisión de Hertford, impresionó tanto a Borrow que de aquella fecha arranca precisamente el primer testimonio que se conserva de su desorden fisiológico, que habria de repetirse durante toda su vida.

El 20 de Enero escribió a un amigo estas líneas: «Hace quince dias que me domina esta enfermedad abominable que alcanza a mi razón y que, seguramente, me llevará a la tumba... tengo la intención de vivir en Londres, escribir obras, poesía, insultar a la religión y hacer que me persigan...».

A principios de 1824 el estado de su padre se agravó bruscamente y falleció la noche del 27 al 28 de Febrero, a la edad de sesenta y cinco años, de los cuales cuarenta y seis los habia pasado en el ejército, al servicio de Inglaterra.

CAPÍTULO III

LONDRES Y UN PERIODO OSCURO

La muerte de su padre no cambió en nada los proyectos de Jorge Borrow y al dia siguiente de la expiración de su contrato con el Sr. Simpson montó en la diligencia que le conduciría a Londres. Por entonces era un jóven de veinte años y algo más, musculoso a causa de sus ejercicios, y alto, de metro ochenta y ocho centímetros, imberbe, de piel clara, rostro de belleza clásica, cejas negras bien dibujadas, nariz y boca bien proporcionadas, y cabellos grises, tal como se le contempla en los dos retratos originales, uno de los cuales es obra de su hermano y el otro, retrato magnífico, del pintor Henry Wyndham Phillips, hoy propriedad de Sir John Murray. Una copia del mismo existe en el Museo Nacional de Retratos.

Cuando el jóven, como se lee en «Romany Rye» fué «arrojado al mundo de Londres por la muerte de su padre», sabia boxear, nadar, montar a caballo, herrar un corcel, hablar con palabra fácil y persuasiva, conocía muchos libros extranjeros y muchos idiomas, poseía una memoria extraordinaria, era enérgico y ambicioso, y despreciaba la gandulería y las trampas. En una pequeña caja verde habia colocado sus famosas traducciones de Ab Gwilym, sus antiguas canciones de Dinamarca y su versión del Fausto.

Contemplando su retrato, alguien dijo que se descubre

en él la expresión del neurópata, sujeto a las crisis de exaltación y de depresión, incapaz de un sentimiento simple, no dispuesto a aprender un oficio, ni decidido a buscarse la vida de un modo serio. Sin embargo, quienes hemos recibido los beneficios de la obra de Borrow en España damos gracias a Dios por que no se hubiera quedado de simple pasante de abogado en una ignota oficina de Norwich, sin mayor transcendencia para el mundo.

Apresuradamente, Borrow dedicó un corto tiempo a despedirse de sus amigos de aquella «aburrida ciudad» y al dia siguiente, primero de Abril de 1824, se despidió de su madre y de su hermano en el patio de la antigua «Posada del Angel», hoy llamada «Royal Inn».

Nuestro jóven aventurero, no conociendo en la gran urbe a otra persona que a Roger Kerrison, tan pronto como se apeó del vehículo en el que viajó catorce horas en la noche, tomó posesión del alojamiento que aquél le habia preparado en la calle Milman, número 16, en Bedford Row. Con la fecha antes mencionada, se conserva una carta de Allday, dirigida a su hermano Roger, diciendo: «Aprovecho la oportunidad de la marcha a Londres de George para escribirte... no sé cómo podré ahora aprender el español cuando George se ha ido... le deseo éxito en Londres».

Era la primera vez que Borrow se encontraba lejos de su casa y en una gran metrópolis, de modo que cobró ánimo y echó mano de sus tesoros literarios; seleccionó un par de ellos, en la caja verde, y se dispuso a ver a Sir Richard Phillips, autor, editor y publicista, que moraba en Tavistock Square. Llevaba tambien en el bolsillo una carta de presentación que le diera William Taylor.

Casi todos los historiadores concuerdan en mostrar el fracaso y desilusión de Jorge Borrow en Londres, en su intento, de un sitio a otro, de «colocar» sus trabajos literarios. Frechet explica «para el jóven ambicioso, la desilusión fué cruel. ¿Qué podría hacer?». Desde luego, entendemos que Borrow no estaba dispuesto a regresar a Norwich, y sí a aceptar cualquier condición que en Londres se le presentase. Sir Richard trató de animarle, aconsejándole que compilara los «Procesos célebres» (Celebrated Trials), y pronto podría colaborar con sus traducciones en el «Monthly Magazine». Su amigo Kerrison se asustaba por las crisis de desesperación de Borrow y con sus amenazas de suicidio. Un dia recibió una nota de Borrow, escrita con mano temblorosa, diciendo que se moria en aquel momento y que fuese a verle («Dear Roger, come to me inmediately. I am I believe dying»), pero Kerrison, temiendo verse envuelto en algo trágico, de lo que no pudiese probar su inocencia, trasladó su residencia desde Millman Street al Soho.

Referencias a esta extraña enfermedad se encuentran en su autobiografia y él la llama «el Miedo», y en otras ocasiones «los Horrores», adjetivo más comun empleado por él en sus cartas a su madre. Tuvo un ataque en Hamburgo, en el año 1833, otro en San Petersburgo, en 1834 y otro en Enero de 1854, en Cornwall, cuando visitaba a unos parientes.

Es verdad que Borrow no escribió nada en los «Procesos célebres», ni siquiera las introducciones, aunque el ejemplar de 1.º de Julio de 1834, del Monthly Magazine, dice: «Selección de los más notables procesos y casos criminales, cuyo editor George Borrow presenta, haciendo uso de fuentes inglesas, alemanas, francesas e italianas...», mas aquello le abrió la puerta hacia el

futuro y asi, a continuación, viene su libro, traducción del Fausto de Klinger, las «Leyendas y Supersticiones del Norte», sus «Canciones y Baladas danesas», etc., etc., Aquello, no obstante, no daba todavia dinero ni gloria a Jorge Borrow.

Se ha discutido mucho su libro titulado «Vida y aventuras de José Sell, el gran viajero», diciéndose que es imaginado o falso, y pronto encontramos a Borrow y a Sir Richard separados. La traducción que el jóven hiciera del aleman («Causas próximas») fué declarada incomprensible, cosa que el mismo Borrow confiesa en su «Lavengro», y asi a mediados del 1825, con motivo de la feria anual de Greenwich, a las puertas de Londres, después de enviar sus efectos a su madre, y sacudiendo el polvo de sus zapatos sobre la gran ciudad, se lanzó a una marcha a pie hacia el Oeste.

De este viaje no se sabe sino lo que el mismo Borrow cuenta, pero John Sampson, que se dedicó a esta ardua tarea, estableció en su edición del «Romani Rye» (Methuen, 1893) las etapas y datos probables de este viaje. Borrow no cita sino dos lugares por su nombre: Stonehenge y Horncastle, pero ninguna fecha. No estaba Borrow habituado a las grandes marchas y ya, al pasar Kensington, se sintió fatigado. Paró, pues, una diligencia y al dia seguiente se encontró en Amesbury; luego prosiguió a pié hasta Stonehenge, volvió hacia el sur y atravesó el Avon, luego el campo romano de Old Sarum y descendió hasta Salisbury, donde se detuvo varios dias. Subió luego el valle del Wyly hasta Warminster, dobló hacia Gloucester y desde allí se dirigió francamente hacia el norte. Durante unas tres semanas acampó cerca de Wolverhampton, en un lugar que le recomendaron sus amigos los gitanos y luego se presentó el 26 de Julio en la feria de Tamworth, entrando, finalmente, en Norwich.

Se dice que si estas etapas han podido establecerse con casi certeza, no ocurre lo mismo con el empleo que hizo del tiempo, pues se supone que, después de haber pasado en el albergue las primeras noches, debió de ganarse la vida. Al atravesar el condado de Worcester, compró un burro, un carro y el material necesario de un lañador ambulante, y marchó por los campos arreglando cacharros, soldando y forjando. Un dia una gitana le dió un pastel envenenado y se puso muy enfermo. Alguien dijo que la recuperación de su salud la debió a dos predicadores del evangelio, itinerantes por el Pais de Gales, los cuales le predicaron las buenas nuevas de salvación y le dieron una Biblia en lengua galesa. Parece ser que aquella Biblia, vendida más tarde en Londres, en 1886, en una venta pública, era propriedad del notable predicador galés Peter Williams, cuyo nombre aparecía en el interior del libro.

En las llanuras de Wolverhampton se tuvo que batir con un nómada medio gitano, qué pretendía tener el monopolio en aquella región para soldar y arreglar cacharros de cocina. Tambien una jóven mercader ambulante vino a colocar su tienda cerca de él. Borrow la consideró una nómada de la mejor especie y luego la presentó en su obra Lavengro con el nombre de Isopel Berners. Aquella mujer, llamada en realidad Elisabeth Jarvis, tenia exactamente la edad de Jorge Borrow y llegó a enamorarse del jóven de modo visible. Todo cuanto hizo él fué enseñarle a conjugar el verbo amar en la lengua armeniana y luego acabó por pedirle la mano, pero de manera tan extraña, al parecer, que la

chica llegó a pensar que estaba loco. No se sabe si es que Borrow se detuvo ante la idea de enfrentarse con una auténtica nómada, ya que él se consideraba principiante, o si fué el amor mismo, como simple amor, lo que le asustó.

Poco después el proprio Ambrosio Smith y su tribu vinieron a asentar junto a Borrow y le llevaron noticias del mundo exterior. El jóven marchó a vender animales a la feria de Tamworth y asistió a la boda de dos gitanos. A poco le encontramos ya en Norwich, entrando en esa época que los biógrafos llaman «el período velado», es decir, los años de 1826 al 1833.

Desde su llegada a la casa familiar, en Septiembre, comenzó a dar a conocer su Fausto y luego consiguió que un editor le publicase en la localidad su traducción de ciertas baladas danesas y poemas breves, que llevaron el título de «Baladas románticas». Aquí termina, en el otoño de 1825, la primera carrera de «Lavengro» y de su «Romany Rye»; desde aquella fecha lo que el público puede saber de Jorge Borrow tiene que encontrarlo en su libro «La Biblia en España», donde le encontramos, por un instante, en su viaje a Rusia.

Knapp dice que «Lavengro» es una obra estrictamente autobiográfica, en tanto que «Romany Rye» es una especie de antesala dantesca del Hades por cuyas puertas fueron arrojados aquellos

«che non foron ribelli,
nè fur fedeli á Dio, ma PER SÈ FORO!»

Por razones desconocidas, el mismo Borrow, como dijera a Richard Ford, quería mantener secreto ese «Veiled Period» de siete u ocho años y por ello termina abruptamente su «Romany Rye». Parece ser que en este intervalo, cuando ya se une a la Sociedad Biblica, debió de aparecer su libro «La Biblia en Rusia», anterior a «La Biblia en España», pero las circunstancias hicieron que estuviesemos hoy privados de ese libro sobre Rusia que Borrow no pudo escribir.

Según parece, Borrow estuvo en Londres, Francia, España, Portugal, Italia, Dinamarca y otros lugares, en este período, como se deduce de cierta correspondencia que se conserva. Por ejemplo, en una carta del año 1826, dirigida al pintor Haydon, le dice que va a partir en seguida para Francia («to the South of France in a little better than a fortnight»). En una carta escrita por un Secretario de la Sociedad Biblica se ve que conocía ya Portugal («With Portugal Borrow is already acquainted») antes de partir para allá en el año 1835. Tambien en el prospecto de las «Canciones de Escandinavia», dirigiéndose a los daneses les dice que ya conocía su pais, pues al hablar de Bowring afirma: «We both have sojourned among ye». Leemos en su libro «La Biblia en España» la siguiente frase: «En al año 1834 estuve en el Baltico en un barco», y a su madre dice, en una carta fechada en San Petersburgo en Agosto de 1833: «Londres, Paris, Madrid y otras capitales que he visitado...».

Además, parece ser que estuvo en la India, China y fronteras de Tartaria, Hungria y Turquía, viviendo con gitanos («lived in habits of intimacy with gipsies») y, como dijimos en el primer capítulo sobre el Baron Taylor, en Sevilla, le habia encontrado en Bayona, Novogorod y Estambul. Leyendo sus obras «Gipsies in Spain» y «The Bible in Spain» deducimos que tuvo contactos con los beduinos del desierto, vivió entre la raza hebrea

y aprendió bien sus modos y fraseología; hasta parece ser que llegó a la Habana (antes todo de 1843), razón por la cual un biógrafo de Borrow llegó a exclamar: «Encontramos a Borrow en Paris, como espectador, ya que no actor de la revolución en las barricadas (Julio de 1830), en la Peninsula, en Noruega, en Rusia, entre los Bohemios, los tartaros, los turcos, en todas partes, y, finalmente, en Barbaria, como una especie de Judio Errante» (Tait, en el «Edimburgh Magazine», de Febrero de 1843, pag. 75). Sin embargo, Knapp dice: «gran parte de estos viajes del «periodo velado» fueron puramente imaginarios. El intervalo lo pasó en Norwich o en Londres «haciendo trabajo ordinario para libreros, sufriendo sus dificultades para ganar el pan de cada dia».

Por su parte, el historiador René Frechet nos cuenta que «mientras se afanaba asi, todavia encontraba tiempo para aprender el idioma persa, el indostano y otras lenguas orientales», mientras Bowring hacia gestiones para presentarle al pastor y poeta danés Grundtvig, que andaba trás la literatura anglosajona, muy mal conocida por entonces. Borrow, naturalmente, se encontró muy dispuesto a transcribir manuscritos para Grundtvig, el cual decía lo que sigue del jóven, en una carta del 26 de Mayo: «el sabado a mediodia comí con Mr. Bowring quien me presentó a su colaborador en la «Antologia danesa», un tal Borrow, verdadero trabajador, alto, de fácil palabra, recto y servicial. Lee danés mucho mejor que Bowring y se sabe de memoria algunas de mis escenas de vida heróica...».

Todos los proyectos y gestiones abortaron sucesivamente. Bowring sólo publicó un artículo en el cual sólo habia extractos de traducciones de su colaborador y el

encuentro con Grundtvig no tuvo éxito. El librero Smith, finalmente, se negó a publicar la traducción que habia hecho Borrow de las «visiones de los bardos» y hemos de comprender fácilmente las dificultades que tendría el jóven para ganarse la vida.

A finales de Noviembre del año 1829 se encuentra de nuevo Jorge Borrow en Londres, domiciliado en Great Russell Street, número 17, en Bloomsbury. Entretanto, su hermano Juan, desde el lejano Méjico, se entristecía pensando en la infelicidad de su hermano, y le escribía: «Estoy convencido de que tus fracasos en la vida se deben ante todo al hecho de que tú eres diferente a los demás», y no nos cabe la más mínima duda, al estudiar la vida de nuestro héroe, de que, en efecto, el glorioso Borrow era un hombre distinto a los demás.

CAPÍTULO IV

AL SERVICIO DE LA SOCIEDAD BIBLICA

La Sociedad Biblica, empresa extraordinaria, emplea a hombres extraordinarios, a veces sin esperarlo, cual el caso de Borrow, y bien podemos decir, como Knapp, que Borrow buscó a la Sociedad Biblica justamente cuando la Sociedad le estaba buscando a él.

Quienes hayan leído el libro «Maria Jones y la Biblia» tendrán ya un conocimiento exacto de la Sociedad Biblica Británica y Extranjera, en el año 1804, y de sus primeros servidores, primeros anhelos y primeros trabajos, y reconocerán ahora que, efectivamente, Borrow fué uno de los «pioneros» de este santo trabajo en paises dificiles, justamente en los extremos del Continente Europeo, cuales Rusia y España.

Hasta 1832 la madre de Jorge Borrow fué la única mujer que contó en su vida, pero en esta fecha encontró a una amiga de 36 años, cuando él sólo contaba 29. Se llamó Mrs. Mary Clarke, porque habia estado casada con un teniente de marina que falleció dos meses antes del nacimiento de su hijita Enriqueta. La jóven viuda fué a domiciliarse con sus padres, señores Skepper, en su gran finca de Oulton. Era una mujer inteligente y piadosa, que después de la muerte de su marido, trabajó en los circulos evangélicos más fervientes de aquella región y por éso conocía al pastor Francis Cunningham,

una de las personas más activas de su tiempo y miembro influyente de la Sociedad Biblica de Londres.

Unos historiadores dicen que no se sabe cómo llegó Borrow a ponerse en contacto con Cunningham en el año 1832 porque la única persona que podría dar datos sobre ello, la Enriqueta de aquellos tiempos, se negó a dar mayores informes. Otros afirman que Borrow y la señora Clarke se encontraron, sin duda, en Lowestoft, de aquella región, y que él le escribió una de las cartas más dignas y ceremoniosas para ofrecerle un trabajo literario, exactamente la traducción en turco del cuento de Barba Azul, según aparece en el manuscrito de Ashley («Dear Madam. According to promise, I transmit you a piece of Oriental writing, namely the tale of Blue Beard, translated into Turkish by myself...»). El 27 de Diciembre siguiente fué presentado a Francis Cunningham, bien por la misma señora Clarke o por su hermano, Breame Skepper.

Cunningham, que habia fundado la Agencia de la Sociedad Biblica en Paris, quedó realmente impresionado por la personalidad, el conocimiento y el entusiasmo de Jorge Borrow, asi que escribió con carácter de urgencia a su cuñado Joseph John Gurney, banquero de Norwich y destacado dirigente de la Sociedad de Amigos, solicitándo un empleo útil para Borrow en el que poder hacer uso de su buen conocimiento de idiomas, todo lo cual condujo a que el jóven Borrow fuese invitado a ir a Londres, al objeto de tener una conversación con los Secretarios de la Sociedad Biblica. Cunningham sugirió que Borrow fuese bibliotecario o director de servicios editoriales en la Sociedad.

Precisamente a finales de ese año de 1832 la Sociedad buscaba a alguien que quisiera aprender el manchú, lengua diplomática de China, asunto que requiere cierta explicación de nuestra parte.

Un ruso, Stepan Vasilievich Lipovzoff, que pertenecía a la Sección Asiática del Ministerio de Relaciones Exteriores ruso, habia sido educado en el Colegio Nacional de Pekin y conocía el chino y el manchú. A éste le pidió el Dr. Pinkerton, por cuenta de la Sociedad Biblica de Londres, que tradujese el Nuevo Testamento al manchú, y al cabo de un año se pudo imprimir el Evangelio de San Mateo, sólo 550 ejemplares, en San Petersburgo. De ellos, 100 ejemplares se enviaron a Londres y los tipos de impresión se guardaron en las cajas del Banco ruso con el que negociaba la Sociedad. Pero, a causa de una inundación del rio Neva, aquellos tipos se estropearon y quedaron inservibles.

A pesar de aquella calamidad, la traducción siguió adelante, hasta llegar a completarse en 1826 y fué encomiada por los eruditos en aquella lengua. Sin embargo, los años pasaron y la Sociedad no pudo llevar a cabo la impresión de todo el manuscrito del Antiguo Testamento en lengua manchú, producido en Pekin y descubierto por el pastor William Swan en la Biblioteca china y Museo oriental del barón Schilling de Canstadt, en San Petersburgo. Era el pastor misionero de la «London Society» y se hallaba de camino a Siberia, pero considerando que el asunto era de mucha importancia se detuvo a transcribir todo el manuscrito, sin esperar a la autorización de Londres. Debido a este hallazgo, se reavivó el entusiasmo en la Casa Biblica de Londres, justamente cuando Jorge Borrow aparecía en escena.

Como dice en su autobiografia, el jóven partió a pie a principios de Diciembre de 1832, caminando las ciento veinte millas en veintisiete horas, gastando cinco peni-

ques y medio en comprar un panecillo, dos manzanas, un vaso de leche y luego un poco de cerveza. El funcionario de la Sociedad que le recibió, preguntó: «¿Ha hecho usted buen viaje?» y él contestó: «No creo haberme dormido en el camino porque he venido andando desde Norwich», circunstancia que promovió la primera sensación en la Casa Biblica.

Los secretarios quedaron impresionados igualmente por el celo, el saber y las capacidades del visitante. Le prestaron libros en manchú y tambien en árabe, a petición de Borrow, hablándoles él luego de los gitanos, de su irreligión e inmoralidad, añadiendo que habia que salvarles tambien por medio de la Palabra de Dios.

Después de ser examinado en varias lenguas orientales, en el curso de una semana, aquellos secretarios consideraron, por fin, que podian hacerle la gran pregunta, y Borrow respondió bien, estando dispuesto a cumplir con su tarea. Se le concedió, pues, un plazo de seis meses para que mostrase su suficiencia en la lengua manchú, en un examen especial, y seguidamente Borrow regresó a Norwich, esta vez en la diligencia, pensando que en aquella ocasión, al menos, iba a aprender una lengua para algo de utilidad.

Según Wentworth Webster, la Sociedad le concedió diez libras esterlinas para indemnizarle por su viaje a Londres y una vez que hubo llegado a Norwich se dispuso con gran entusiasmo al estudio de aquella dificilisima lengua. Se ayudó con un diccionario manchú francés, de Amyot, y con la traducción al manchú del Evangelio de San Mateo que la Sociedad poseía, según vimos antes. Dos meses más tarde habria de escribir Borrow una carta a la Casa de Londres, diciendo: «me he decidido a no dejarme desanimar para lo cual ataco al árbol

con un cuchillo, no teniendo hacha a mano» (es decir, faltándole una gramática).

Los seis meses pasaron y a mediados de Junio se presentó el poliglota en Londres para ser recibido por los señores secretarios Andrew Brandram, Joseph Jowett y John Jackson. No era el único aspirante, pues encontró a otros dos competidores que deseaban vivamente marchar a Rusia, uno de ellos bibliotecario de la Sociedad misma. Sin embargo, Borrow salió triunfante de la prueba. A cada uno se le entregó un himno manchú, dirigido al gran Futsa, el Buda de los tartaros, para que lo tradujese al inglés.

Pasaron unos dias y en Julio de 1833 fué encargado oficialmente por la Sociedad para tal empresa. Vale la pena que traduzcamos aqui la carta que contiene la fecha y condiciones iniciales de su trabajo en Rusia:

Sr. Don Jorge Borrow
Willow Lane, St. Giles
Norwich.

Casa de la Sociedad Biblica
5 de Julio de 1833.

Muy Sr. mio:

Aunque debamos todavia esperar al dia 22 para una confirmación de la Resolución adoptada esta mañana por el Subcomité que entiende en el asunto manchú, sabiendo que usted está interesado en la decisión a que podamos llegar, no puedo sustraerme al deseo de adelantarle algunos datos sobre la cuestión, aunque, al própio tiempo, quiero que usted esté preparado para la posibilidad de un desacuerdo final.

Se ha recomendado, pues, al Comité General que se

acepten los servicios de usted durante un año para que vaya a San Petersburgo para ayudar a Mr. Lipovzoff a editar las porciones del Nuevo Testamento en manchú que hayamos de elegir (ya se ha aprobado Lucas, y tambien los Hechos), si el Gobierno consiente en que el trabajo se realice allí; si no es asi, para que ayude al Rev. Wm. Swan en la transcripción y preparación de los manuscritos del Antiguo Testamento en dicho idioma, permitiéndole a usted entretanto todas las facilidades que puedan ofrecerse para la corrección y perfeccionamiento de su conocimiento del manchú. La Sociedad propone pagar sus gastos de ida y vuelta y darle un sueldo durante su empleo de doscientas libras esterlinas por año, al objeto de cubrir los otros gastos.

Por tanto, conviene que vaya pensando esta proposición y se mantenga dispuesto en caso de que lo considere aceptable, al objeto de empezar su viaje, sin pérdida de tiempo, tan pronto como nuestra Recomendación sea aprobada por el Comité General.

Perdóneme si, siendo pastor y mayor que usted en años, aunque no en talento, me atreva a decirle algo que pueda usted considerar útil. Estoy seguro de que no se ofenderá si le digo que a veces se trasluce un tono de confianza al hablar de usted mismo que ha alarmado a algunos de los excelentes miembros de nuestro Comité, y puede ser que este sentimiento, traslucido más de una vez anteriormente, sea lo que predispuso a algunos de ellos a tropezar en una expresión de su carta de ayer sobre la que yo, si alguien no me lo dice, confieso que no habia caido, pero que, sin embargo, algun cristiano humilde no habria mirado con buenos ojos. Me refiero a lo que usted dice de su perspectiva de «ser útil a la Deidad, al hombre y a usted mismo». Sin duda, lo que usted quería decir es «la perspectiva de glorificar a Dios», pero el giro de la expresión nos hizo pensar en pasajes como los de Job 21.2; 35.7 y 8; Salmo 16.2 y 3.

Me despido de usted, etc., etc.

Joseph Jowett»

Es indudable que el pobre Borrow (como dicen en Norfolk) dió al Comité amplias seguridades de que en el futuro, al dirigirse a ellos, emplearía el lenguage de Earl Street, pues los secretarios contestaron: «el espiritu de su última carta es verdaderamente cristiano, en armonia con la norma dejada por Cristo mismo y que, en un sentido, El mismo demostró tan maravillosamente, de que «el que se humillare será ensalzado».

La carta decisiva, confirmando a Jorge Borrow en su empleo y cerrando asi aquel período velado, fué la del 24 de Julio que le requería para que se presentara en Londres al objeto de continuar su viaje hacia Hamburgo el dia treinta.

A Borrow le sucedió lo que a otros Agentes de la Sociedad, al ser elegidos, que los que le conocían se sorprendieron de que fuese elegido, y asi Harriet Martineau comenta que los que le recordaron en Norwich se echaron a reir («When this polyglott gentleman appeared before the public as a devout agent of the Bible Society in foreing parts, there was one burst of laughter from all who remembered the old Norwich days»). Pero el mundo tendría más tarde que reconocer y agradecer su espléndida labor en pro de la expansión de la Santa Palabra de Dios, y pronto, al decir de Frechet, la Biblia, libro que él propagaba, no fué sólo el magnifico libro que leía sucesivamente en todas las lenguas, sino tambien el libro que asociaba en su recuerdo a la mayoria

de sus momentos dichosos o desgraciados de su vida, el libro que le ayudaba a vencer sus crisis y depresiones (o sus «horrores», como él le llamaba) por ser libro divino.

Un caballero, llamado John Venning, que habia sido comerciante durante muchos años en San Petersburgo, y su familia antes que él, durante unos cien años, tambien cristiano filántropo, especie de Howard y Wilberforce, muy conocido por los zares Alejandro y Nicolás, debido a que habia fundado allí muchas instituciones humanitarias y caritativas, dió a Borrow varias cartas de presentación, entre las cuales habia para el principe Alejandro Galitzin, el Baron Schalling von Canstadt, los generales Papov, Pesarovios, etc., y de esta manera nuestro héroe partió el 31 de Julio en el «Turista», uno de los barcos pequeñitos que hacian el servicio regular del Mar del Norte, pero, debido a la marea, el barco no salió hasta la una de la mañana.

Las 482 millas fueron cubiertas en tres dias completos, llegando a Hamburgo el 3 de Agosto de 1833. El viaje fué de lo más desagradable y según se lee en una de las cartas que el jóven escribió: «el barco malo, la gente incivil, el mar bravío y el viento contrario». Consecuentemente, tan terrible mareo le produjo uno de aquellos «horrores» clásicos y dos judios le desembarcaron enfermo y le cuidaron.

En una carta a su madre, Borrow decía el 3 de Agosto: «Al desembarcar en Hamburgo, me sentí tan exhausto del mareo y tambien por falta de sueño que mi antiguo mal, «los horrores», me asaltó inmediatamente y alguien tuvo que llamar a un médico, que me dió láudano y pronto pude recobrarme».

El viaje hasta Lubeck, el dia siete, le ocupó trece

horas, aunque sólo habia una distancia de treinta millas, sobre un camino «hecho de piedras sin retocar, a paso de caracol porque de intentarse mayor velocidad el resultado habria sido la destrucción de las ruedas y de todo el carruaje...». El dia ocho de Agosto prosiguió su camino hasta Travemund, en el Baltico, embarcando al siguiente en el barco ruso «Nikolai» para llegar el trece al Muelle Inglés («angliskaia nabereznaia»). Durante los tres primeros meses Borrow quedó alojado en casa de Mr. Egerton Hubbard, cerca del puerto, en la «Casa Chabot».

Dos dias después de su llegada, fué presentado al Principe Galitzin, y éste escribió más tarde a Mr. James Venning en estos términos: «Su hijo de usted me presentó ayer al inglés que ha venido hasta aquí para la traducción de la Biblia en manchú, el cual me presentó la carta de usted».

CAPÍTULO V

AGENTE BIBLICO EN RUSIA

Se encontraba ya Jorge Borrow en su elemento. La ciudad, la gente, todo ello le causaba gran admiración y Knapp recoge una carta dirigida a su madre en estos términos:

«Petersburgo es la ciudad más bella del mundo. Londres, Paris, Madrid y otras capitales que he visitado no valen ni para descalzarla. Hay centenares de palacios enormes, calles de kilómetros de longitud y derechas como una flecha. La perspectiva de la Nefski tiene más de cuatro kilómetros y su piso es de madera. En una palabra, no puedo hacer otra cosa que maravillarme de todo cuanto veo».

Un tercer amigo que resultó de gran transcendencia para Borrow fué Friedrich von Adelung, sobrino del autor de la obra filológica bien conocida sobre Mitrídates («Mithridates oder Allgemeine Sprachenkunde mit dem Vater Unser Als Sprachprobe in beynahe funfhundert Sprachen und Mundarten»), sabio eminente que tuvo especial interés por el Agente de la Sociedad Bíblica y sus actividades. El le facilitó libros y manuscritos en varias lenguas orientales para ayudarle a conocer mejor el tártaro y el mongol. «El Barón — dice Borrow en una de sus cartas — es un noble de gran erudición y liberalidad. Su biblioteca y su museo estan llenos de tesoros y curiosidades que ha acumulado durante sus

largas estancias en China, Mongolia y otras partes del Oriente. No pone reparos en pagar grandes cantidades por aumentar su colección... El Baron Schilling posee las mejores obras que han salido de Pekin en chino, manchú y mongol, y entre ellas hay un libro muy singular e interesante que ha tenido la amabilidad de prestarme. Está en manchú y refiere la historia de la raza mongola, en particular las aventuras del célebre Khan Genghis que conquistó toda la Tartaria y gran parte de China, tratando luego sus hijos y nietos de dominar todo el mundo conocido por aquella época. He comenzado la traducción de esta obra y confió terminarla antes de mi regreso a Inglaterra».

Fué allí en la Biblioteca del Baron de Canstadt donde Jorge Borrow comenzó la preparación de las Sagradas Escrituras en manchú juntamente con el pastor Swan que las habia descubierto. El trabajo fué acabado en cuatro o cinco meses y Swan partió entonces para su punto de misión en Siberia. Por entonces Borrow tenía ya numerosos amigos y conocidos en San Petersburgo, entre los cuales figuraba notablemente un danés, llamado Hasfeldt, intérprete de la legación danesa.

Borrow vigilaba sus nervios para que no le traicionasen y a la primera amenaza de depresión bebía Porto, según confesaba a su madre, aunque, por lo general, bebía agua sólo. Su vida estaba bien regulada, casi calculada hasta en sus excentricidades; le gustaba la popularidad, aunque no tenía miedo a desagradar a alguien y,llegado el momento, sabía encerrarse para consagrarse a su verdadera misión.

Antes de marchar el pastor Swan, ya se habia aplicado Borrow a la tarea de editar en San Petersburgo el Nuevo Testamento en manchú y lo primero que hizo

fué tratar de obtener el voto del Gobernador zarista, pues la prensa estaba sometida a una censura en Rusia. Contaba, sin embargo, con el apoyo de dos censores a quienes habia recomendado, uno de los cuales, curiosamente, era el mismo Lipovzoff, autor de la traducción que pensaba editar.

Pero como quiera que no obtuviese de estos dos amigos más que buenas palabras, se dirigió al proprio Ministro del Interior y rogó al Embajador de Inglaterra y al Baron Schilling que interviniesen en su favor. Así a principios de Enero de 1834 consiguió el permiso para imprimir toda la Biblia, con gran asombro del Comité de la Sociedad Biblica.

El entusiasmo de los señores Brandram y Jowett en Londres habia aumentado notablemente hasta que, en vez de publicar sólo el Evangelio de San Lucas y los Hechos de los Apóstoles, como se pensó en principio, se resolvieron a dar a la imprenta todo el Nuevo Testamento traducido al manchú por el señor Lipovzoff. Debemos entender que este Nuevo Testamento había de editarse en Rusia bajo la exclusiva dirección de Jorge Borrow y que no se trataba de una edición ordinaria de bolsillo, sino más bien de una obra en ocho volúmenes, tamaño cuarto, de unas mil páginas. Además, esta era la primera vez que las Escrituras se imprimian, exceptuando el ejemplar de San Mateo impreso doce años atrás.

Habia soñado tambien Borrow con la distribución de los Nuevos Testamentos en China y pensaba que no sería practicable el expedirlos a Cantón, por donde pasaba casi todo el comercio británico con la China, pues en la China meridional nadie sabía el manchú; por tanto, opinaba que sería mejor que un Agente biblico atrave-

sase toda la Siberia hasta la ciudad fronteriza de Kiata, al sur del lago Baikal y una vez allí buscar mercaderes chinos a quienes vender las Escrituras. Más tarde ya se lograría franquear quizás la frontera, a pesar de las prohibiciones oficiales. No tenemos ya que dudar que Borrow mismo fué el que se ofreció para expedición tan aventurada.

Fué en Marzo cuando propuso formalmente al Comité de Londres su plan, esto es, que una vez acabada la impresión, emprendería la distribución de mil ejemplares, o sea de ocho mil volúmenes, del Nuevo Testamento en aquellas regiones del entonces lejano Oriente. En otras palabras suyas, propuso: «vagabundear, Testamento en mano, por tierra hasta Pekin por el camino del lago Baikal y Kiata, dejando a un lado las hordas tártaras».

El Comité quedó estupefacto por aquel «noble ofrecimiento» hecho por su Agente, pero en la contestación, no obstante, no pudieron decir por el momento si «semejante propuesta podía encontrarse dentro de los límites de la prudencia y la cautela». Que les impresionó mucho el asunto, se ve por la correspondencia que se conserva, sostenida entre la Sociedad y su Agente.

Pero mientras la Sociedad estudiaba aquellas proposiciones extraordinarias, Borrow tomaba un profesor de manchú y otro de ruso en San Petersburgo para perfeccinar el máximo aquellas lenguas. En la primavera cogió frio, pasó una fiebre aguda, entró en la típica crisis nerviosa y llegó hasta delirio. Afortunadamente, estuvo muy bien cuidado y todos sus amigos se apresuraron a hacer algo por él. Según contaba después Borrow, hasta el boticario del Zar se ofreció a darle todo cuanto necesitaba.

Debido a las atenciones dispensadas y a su robusta

constitución, Borrow estuvo pronto en condiciones de emprender la traducción al ruso y al manchú de la Homilía de la liturgia anglicana que versa sobre la miseria del hombre, y al proprio tiempo se introdujo en la colonia tartara de San Petersburgo, al objeto de preparar su viaje largo a Kiata.

Se habia aprestado al trabajo con tanto interés, después de su enfermedad, que se esforzaba en alejar los pensamientos locos que le envolvían y trataban de hundirle nuevamente. A veces, mientras estudiaba en la biblioteca del Baron Schilling, entre dos lecturas apasionadas, le cogía una angustia terrible y se preguntaba qué le sucederia si un dia su pasión por los libros y los idiomas desapareciese, o si la Sociedad Biblica no necesitase ya más sus trabajos. Entonces, meditaba, «¿para qué serviría su trabajo ya condenado por el tiempo...?». En momentos tales, y para tranquilizarse, el jóven invocaba su patria, su pequeño Norwich, su madre, etc., etc.

En los momentos de debilidad, la imágen que Borrow se formaba de su familia era demasiado tierna y siempre veia a su madre en primer término, aquella valerosa mujer que en todas las ocasiones, al recibir dinero de Borrow, lo guardaba con devoción para que su hijo pudiese disponer de él a su vuelta... Cuando pensaba en Juan, su hermano, en el Méjico lejano, se preguntaba por qué no vendría un dia a habitar con él en la casita de Norwich y podrían de esta manera pasear juntos en barca por los dulces rios de Norfolk.

La realidad llegó a ser otra, muy triste. Su hermano Juan, el pobre, cuando se preparaba a marchar a Colombia, al servicio de una compañia minera, fué alcanzado por una epidemia de cólera y murió. La señora Borrow se enteró de la muerte de su hijo mayor a principios de

Junio de 1834 y transmitió la noticia a Jorge, pidiéndole que le guardara luto durante un tiempo, que se mantuviese en contacto con los ingleses religiosos de San Petersburgo y tuviese siempre puesta en Dios su confianza. Indudablemente, aquella mujer habia recibido bien la influencia piadosa de su marido, el capitán, quien puso su corazón en la Biblia y con esta Palabra de Dios se empeñó en guiar a su familia. La esposa trataba ahora de guiar con palabras de la Biblia a Jorge quien en una de sus cartas dijo a la madre que pensaba hacerse pastor.

La Sociedad Biblica de Londres habia aceptado, como dijimos, la impresión de todo el Nuevo Testamento en manchú y, por tanto, Borrow hizo limpiar y completar el juego de caracteres manchúes que fueron estropeados, buscando a continuación un papel chino especial para tal impresión. Púsose en contacto con dos impresores alemanes y enseñó el alfabeto manchú a los tipógrafos, trabajo que significó una prueba de energía y de tenacidad por parte del jóven poliglota. Un dia encontraba papel de mala calidad, otro papel insuficiente, cuando iba a la imprenta los tipógrafos se quejaban o se ausentaban. Borrow mismo corregía las pruebas en su casa, pasaba muchas horas en la imprenta, ayudando a los tipógrafos y hasta animándolos con regalos especiales para no dejarles desanimar y asi, por último, los Evangelios comenzaron a salir de la imprenta...

En una de sus cartas, el amigo danés decía a Borrow: «Recuerdo bien cuánto trabajó usted con el Testamento manchú, cuán delgado se quedó y cómo por poco mata a Beneze y a sus empleados». Beneze era el nombre del impresor alemán. Por su parte, el jóven decía a su madre en una carta: «Siento muchisimo no

haber podido escribirte antes, pero he estado tan ocupado que apenas si tenia tiempo para comer ni para dormir. Todavia tengo que corregir el manuscrito y lo impreso, dirigir a los impresores y a los encuadernadores; en una palabra, todo el peso de esta obra cae sobre mis hombros».

En Julio, Borrow alquiló un piso, que le servía como alojamiento y como depósito, lo amuebló y se instaló en él, tomando un criado tartaro. A veces se distraia hojeando los libros de las bibliotecas y cuando tenia que pedir la ayuda de sus amigos en cualquier problema con los impresores, les obsequiaba, por ejemplo, con la traducción al inglés del libro sagrado del Buda escrito en manchú. Como ya sabemos, el amigo de más ayuda era el danés Hasfeldt. Este le interpelaba familiarmente, bromeaba con él, le hablaba a veces del bello sexo entre sus discusiones literarias y se burlaba de él por causa de las comidas que le preparaba el criado tártaro.

Como quiera que su correspondencia con la Sociedad de Londres la habia descuidado desde Junio de 1834, el Comité empezó a inquietarse, pero si hubiera dicho todas las dificultades con que tropezaba, indudablemente les habria dado satisfacción completa.

Más tarde, refiriendose a su viaje a Kiata, dijo a la Sociedad que estaba decidido a poner en práctica su plan, confiando en la ayuda de Dios, asi que, una vez acabada la impresión de los cuatro Evangelios, pidió un pasaporte para Kiata. Las autoridades rusas se declararon dispuestas a concederle uno, pero con la condición terminante de no llevar ni un sólo ejemplar del Nuevo Testamento, lo cual significaba prohibir la grán aventura...

En cuanto al trabajo impreso, podemos inferir de su

calidad por el largo artículo publicado en el «Chinese Repository», de Cantón, en el que no se menciona ninguna cosa referente a inexactitudes o cosa por estilo, y el nombre de Borrow sólo se menciona como editor y como protestante. La crítica se extendió principalmente sobre la elección hecha en la traducción de ciertos términos teológicos, como Dios, alma, espiritu, etc. y en el «Atheneum» de 1836 aparece una corta mención de esta obra y del «Targum». Era este «Targum» el primero de dos traducciones (el segundo se llamó «El Talisman») de las cuales imprimió cien ejemplares de cada una. Ya sabemos que la voz hebrea Targum significa «interpretación».

A este respecto, una carta del danés Hasfeldt, de 1845, presenta una conversación graciosa con un librero de San Petersburgo, en estos términos «Hace unos dias, en casa del librero Kirtof en la Galernaya Ulitza, quise comprar un ejemplar de «La Biblia en España» para enviarselo a Simbirsk, en el Volga, desde donde me estan molestando pidiéndo ejemplares en cada correo, pero se habia agotado la última remesa recibida hacía unos dias. Entonces el vendedor me preguntó si yo conocía un libro de Borrow llamado «Targum», que escribió e imprimió en San Petersburgo, y que él no habia podido conseguir. Y lo notable era que los libreros de fuera, incluso de Inglaterra, se lo habian pedido a él Yo le consolé diciéndole que no tuviera mucha esperanza de ver un ejemplar en su tienda, ni muy lejos de ella y que yo tenia un ejemplar, pero que «si me daba mil rublos por leerlo, no se lo dejaría». El hombre abrió sus ojos asombrado y dijo: «Debe ser un libro maravilloso», a lo que yo respondí: «Efectivamente, tiene usted razón».

En el mes de Agosto visitó Borrow Novogorod y

Moscú, y desde la antigua capital de los zares se presento en calesa en el campamento de los gitanos de Marina Rotze Al llegar en medio de las tiendas, se puso en pie encima del pescante y comenzó a arengar a la población de aquel lugar en la lengua que habia aprendido de Ambrosio Smith. Los zíngaros, en principio estupefactos, abrieron los oidos le respondieron con gritos de alegria, corriendo a festejarle como si fuera un hermano y un principe... Borrow les visitó varias veces, interrogándoles sobre sus costumbres y les habló de Jesucristo, anunciándoles, con asombro de ellos, que bien pronto tendrian el Evangelio impreso en su propria lengua. A su regreso a San Petersburgo, toda la edición del Nuevo Testamento ya estaba encuadernada y sólo le quedaba el arrancar de las autoridades rusas el permiso para expedirla a Inglaterra.

No habia olvidado Jorge Borrow su propuesta expedición biblica a la China, la cual habia encendido los corazones en Londres en Marzo de 1834, y pronto llegó la hora de dar los pasos para aquella gigantesca empresa. Conviene mencionar una carta, al menos, la que le escribiera Mr. Jackson en Noviembre de aquel año y que rezaba asi:

«Hasta ahora, pensará usted, que no le llega ni una palabra sobre Kiata, pero no se desanime... aunque el Comité postergue, por el momento, la consideración de su empresa, tal vez intrépida. Esto sí que puedo aventurarme a decirle, que su oferta es más probable que sea aceptada ahora que cuando usted la hizo. Si cuando llegue el tiempo de llevarla a cabo, usted nos da razones para creer que el resultado será feliz, mi opinión es que su plan será aceptado, por fin, y muy cordialmente».

La señora Clarke, por su parte, mandó a Borrow una carta en los siguientes términos:

«Debo decirle que su carta me dió un escalofrio, al leer que intentaba ir como Agente biblico misionero, con las Escrituras en manchú, hasta los tártaros, aquel pais de incalculables peligros, pero estoy segura de que usted no dejará que su celo le lleve a obrar imprudentemente, sino que esperará que el Señor le dirija. El, que nunca se equivoca, mostrará a usted si ese camino de peligro es el camino del deber».

Mr. Browne, historiador oficial de la Sociedad Biblica Británica y Extranjera, declaró en 1859: «El señor Borrow solicitó permiso del Gobierno ruso para ir a distribuir el Nuevo Testamento en manchú, pero no le fué concedido y toda la producción tuvo que traerse a nuestro pais, desde donde, a medida de las oportunidades, los ejemplares fueron enviandose a China». En el año 1837, Mr. Brandram escribió a Borrow: «Con frecuencia pienso en su imposibilidad de conseguir pasaporte para Manchuria. Miro a nuestro Testamento en manchú, como el que tiene mucho grano en el granero, pero «no está escrito todavia» que los sembradores vayan a sembrar».

Por todo ello, vemos que la misión de Jorge Borrow en Rusia se limitó a editar e imprimir un trabajo dificil, cumpliéndolo fielmente y a satisfacción de todos, pero que su mandato expiró allí, no habiendo recibido otras proposiciones, y si en su entusiasmo generoso (comenta Knapp) él se ofreció voluntariamente como sacrificio a la distribución de la Biblia en el lejano Oriente, por la única ruta posible, la prohibición del Zar anuló su aventura.

Allí habria acabado, tal vez, el trabajo biblico de Borrow, de no ser por los acontecimientos de España,

aunque Borrow siempre creyó que habia ido a Kiata, China y el lejano Oriente, como tambien los lectores de sus libros. Por esta razón, su amigo el danés le preguntó abiertamente: «¿No le ha chocado a usted nunca cuánto se parece usted al buen hidalgo don Quijote de la Mancha? A mi juicio, podria usted pasar fácilmente por hijo suyo».

Estos dos amigos, Hasfeldt y Borrow, se reunieron una noche memorable, la del 8 de Septiembre de 1835, para celebrar su larga separación y durante diecisiete años Hasfeldt no habria de ver ya la cara del «alto Jorge». Al dia siguiente, el nueve, Borrow marchó a Cronstadt, tomando el correo para Lubeck, Hamburgo y Londres. Habia estado ausente algo más de dos años y, según se leía en su pasaporte, escrito en ruso con traducción alemana, Borrow tenía veintiocho años (la verdad era que tenía treinta y dos años y dos meses, a juzgar por lo que dicen los buenos historiadores) de estatura alta, cabello gris, rostro ovalado, frente mediana, cejas crises (en ruso decía «rubias»), ojos morenos, nariz y boca mediana, barbilla redonda. La fecha del documento era la del 28 de Agosto en Rusia, o sea la del 9 de Septiembre de 1835.

Un extracto de una de las cartas a su madre nos da idea del ambiente en que se movió el heroico Agente biblico: «...nos encontramos a mediados del invierno, hemos tenido veinticinco grados de hielo, mientras que en Inglaterra sólo tenemos de dos a tres. El rio Neva atraviesa Petersburgo a una velocidad de cuatro millas por hora, pero su superficie tiene una capa helada de siete pies, habiendose formado una carretera o camino regular por encima del hielo, el cual se ve cubierto por carros, carretones y caballos que van de un lado a otro.

Cuando sale uno a la calle, el frio le corta la cara como si fuese una navaja y, si no se cubre uno con pieles, pareceria que se la van a arrancar. Por la mañana, las habitaciones estan calentadas por estufas tan fuertes como hornos, pues no podria uno vivir dentro de ellas ni un solo minuto sin el calor. Ya me he acostumbrado a ello y me gusta, aunque al principio me ponía terriblemente enfermo, produciéndome grandes dolores de cabeza.

No te puedes imaginar el cambio que se experimenta al salir de una de estas habitaciones; las pestañas, si las cierras un momento, se te quedan heladas de modo que no puedes abrirlas, y la nariz, cuando has caminado un poco, se queda cubierta de hielo.

Ahora ya hablo bien el ruso y lo escribo bastante bien, pero es una de las lenguas más dificiles que jamás he estudiado, y la verdadera pronunciación es casi imposible de conseguir por un extranjero. Tambien hablo bastante bien el manchú porque tengo un maestro, y, sin duda, es la lengua más dificil del mundo. Si no tuviera que estudiarla de dia y de noche, no progresaria nada. Tengo la intención de dominarla, pues, sin duda, habré de editar el Antiguo Testamento que ayudé a transcribir...».

Como bien dice Frechet, en la empresa que le habia encomendado la Sociedad Biblica, por aventurera, se mostró digno émulo de Don Quijote, haciendo editar lujosamente todo el Nuevo Testamento en manchú antes de tener garantía alguna de su difusión. Un milagro pudo haberle abierto las puertas de China, cosa que ocurrió, en efecto, años más tarde, y debemos reconocer que Borrow desempeñó su papel en la evangelización de la China, como asimismo la Sociedad Biblica de Londres.

CAPÍTULO VI

BORROW EN PORTUGAL

Es natural que historiadores, escritores, poetas e interesados en la raza de los gitanos, hayan escrito acerca de Jorge Borrow y, por tanto, la bibliografia que podríamos citar sería extensa, en varios idiomas, razón por la cual, dada la índole de nuestra obra, la suprimimos.

Elizabeth Harvey, que escribió sus recuerdos personales en 1892, dice de nuestro héroe que «era muy cortés y caballeroso en la sociedad de las damas y a todas nos gustaba mucho». Sin duda, Borrow era un amante de la creación, por piadoso y por estudiante de la Biblia, cantor de los elementos y dotado, además, de una memoria prodigiosa y de una mirada penetrante para poder dejarnos en sus libros todas sus impresiones, como vemos en «La Biblia en España». Se observa tambien su espíritu divertido y encantador, por su mismo saber y por su innata curiosidad, como igualmente la habilidad narrativa que le caracterizaba y su repentino entusiasmo y afecto por los hombres y mujeres de todas las nacionalidades. A causa de su celo religioso, Jorge Borrow era enemigo de la mentira, estaba exento de hipocresia y de afectación y se manifestaba como buen patriota, amante de Inglaterra, precisamente por lo que aquella tenía de sus virtudes: valentía, honradez, disciplina y amor por las libertades humanas.

El gitano Isaac Heron describió un dia a Borrow de

esta manera: «Casi gigante, caballero de noble aspecto, como para ser Alcalde de Inglaterra» («The Wind of the Heath», de J. Sampson) y ya en el año 1856 Nathaniel Hawthorne escribía en sus «Passages from the English Note Books of N. H.» que «cenando en casa de Mr. Rathbone una noche de la semana pasada se habló de Borrow... se supone que es de raza o descendencia gitana por parte de su madre... a lo que Martineau replicó que aunque nunca habia oido hablar de su sangre gitana, lo consideraba probable, a juzgar por el carácter de Borrow».

En el «Daily Chronicle» del 30 de Abril de 1900, se decia que «como prueba tenemos a Mr. Charles Goodwin, que recuerda bien a George Borrow, hombre alto, de buena presencia y de fuerte voz».

Referente a la cultura, de la que, a veces, no se habla, considerándose que no habia sido hombre persistente en sus estudios, hemos de admitir que Borrow habia leido mucho y aprendido una cantidad de términos y de idiomas que le habian elevado casi a la altura de la erudición, como tal vez lo insinúa él mismo en el título de su obra principal («Lavengro»), nombre que le dieron los gitanos a la edad de quince años por sus talentos lingüisticos. Es cierto que en principio, Borrow quiso dar a su obra el título de «La vida, un drama», pero luego la presentó con el de «Lavengro» (el erudito, el gitano, el sacerdote). Allí se ve el desarrollo de lo que habia aprendido en casa de sus padres y en los medios literarios de Norwich, mas, siendo la Biblia el libro preferido de la familia, ella le sirvió de base, pues la tuvo siempre entre sus manos.

Borrow leyó las obras del venerable Beda, las de Milton, los cánticos de Wesley, el Comentario de Lutero

sobre Gálatas, pero, sobre todo, y siguiendo la influencia de su maestro William Taylor, leyó las obras clásicas más importantes de Europa, conociendo bien la novela picaresca, desde el «Lazarillo de Tormes» hasta el «Buscón» y «La Celestina». El solía decir que a Robinson Crusoe debía su inteligencia y que recomendaba a las personas deprimidas la lectura de «las aventuras de Mr. Duncan Campbell». Tambien le agradaban las novelas de fantasmas, en especial «El peregrino» de Lope de Vega.

Si consideramos que ni el mismo Walter Scott, de su época, ni ninguno de los que le rodeaban, sabían el galés (que consideraban un dialecto barbaro) ni al interesarse por las lenguas escandinavas hacian progreso alguno de vocabulario, y si recordamos, por último, que en aquellos tiempos el lenguaje de los gitanos no pasaba de simple jerga de ladrones, hemos de admitir que en ésto, visiblemente, Borrow estaba por encima de ellos.

Bueno es mencionar lo que Borrow pensaba de los idiomas. Consideraba al español por su nobleza y sonoridad, al italiano por su dulzura y sencillez, al francés por su belleza desnuda, que le daba extraordinaria potencia, a las lenguas escandinavas por su rudeza y virilidad, al árabe porque se prestaba a bellas invocaciones llenas del azul del Mediterráneo, al manchú por su abundancia y majestad, y, por último, amaba el romaní de los gitanos, lengua decaida, despojada de toda gramática, sin poesía que jamás le hubiera ennoblecido, por ser una lengua que se empeñaba en vivir, a pesar de las persecuciones y desprecios, amen de que por todos los caminos de Europa se la oía en sus diferentes dialectos. Asi, detrás de las palabras y de las lenguas, Borrow

veía siempre la razas y las civilizaciones, distintas, pero emparentadas y complementarias.

Quizás se pueda decir de Borrow, como lo hace el Doctor en Literatura Frechet, que tenía erudición más bien que cultura o, si se quiere, que cultivó sus gustos e inclinaciones de un modo particular. Su vasta erudición de los siglos pasados, adquirida con tesón y ardor, aunque sin método, quizás como «amateur», hizo que Borrow, en algunos aspectos, fuese el único hombre en Inglaterra que estaba enterado, y de este modo nuestro biografiado presenta una combinación única de saberes y de lenguas mezclados con su conocimiento de la Biblia.

Tal era el hombre que regresó a Londres el 19 de Septiembre de 1835, acabada su misión en Rusia, siendo bien recibido por el Comité de la Sociedad Biblica Británica y Extranjera. Quedó en Londres unos días para hacer un informe y luego se retiró a Norwich. En su ausencia se había hablado mucho de él, se habian leido sus cartas en las iglesias y se habia orado por él, de modo que muchos deseaban verle y oirle. Por tanto, en Oulton, mientras pasaba unos dias en casa de la familia de Mrs. Clarke, su amiga, tuvo oportunidad de pronunciar un discurso grandilocuente en una reunión biblica presidida por el pastor Cunningham, que fué publicado en el periódico de la localidad, el «Norfolk Chronicle», con fecha 17 de Octubre de 1835.

Sin embargo, habiendo fracasado su plan de distribución de las Escrituras por Rusia, Tartaria y China, Jorge Borrow comenzó a preocuparse a causa de su inactividad, como anticipó a su madre en una carta: «...espero que la Sociedad Biblica me emplee en alguna cosa nueva, pues he llevado una vida muy activa y me espanta el no tener nada que hacer... confío, no obstante, que Dios me encontrará algo en que pueda emplearme con crédito y provecho...».

Felizmente para él, la Sociedad Biblica tenía necesidad en aquellos momentos de un hombre especial, valiente, que quisiera ir a Portugal, pais que con dificultad emergía de las guerras napoleónicas y de una larga guerra civil. Allí, considerando que la Palabra divina era consuelo para los pueblos, la Sociedad Biblica queria distribuir las Sagradas Escrituras y tuvo a nuestro héroe en cuenta, según vemos en la carta que, con fecha 26 de Octubre de 1835, dirigió a Borrow el Rev.^{do} Andrew Brandram:

«Mi querido amigo: Temo que usted se haya decepcionado, al no tener noticias mias, pero, poco después de despedirnos, el Comité aprobó una resolución para que usted fuese a Portugal... ¿qué piensa usted?, ¿sigue usted pensando en China? En el supuesto de que usted pudiese llegar hasta allá, ¿podría conseguir la distribución en aquel vasto pais? Tenga la bondad de decirnos lo que piensa... ¡Que Dios le guie!».

Ni que decir tiene que Borrow, luego de pensarlo, se presentó en Londres para manifestar su inclinación por Portugal y asi el dia 2 de Noviembre el Comité aprobó lo siguiente: «Que el señor Jorge Borrow pueda efectuar un viaje a Lisboa y a Oporto, con objeto de visitar a nuestros corresponsales allí y haga nuevas averigüaciones en cuanto a la manera y posibilidades de incrementar la circulación de las Sagradas Escrituras en Portugal».

Las ideas oscuras de Borrow se disiparon, se puso contento y estuvo pronto para la nueva aventura, cambiando en su imaginación las estepas de Tartaria por las «selvas del Alentejo». Los dos corresponsales men-

cionados eran John Wilby, mercader de Lisboa, que tenía el depósito de Biblias portuguesas de versión Pereira, y el pastor Whiteley, de Oporto, capellán británico, que teía otro depósito de Biblias.

Se ve, pues, que la misión a Portugal, y, posiblemente, a España, trazaba un puente interino sobre la pendiente cuestión de la China, y el 6 de Noviembre de 1835 embarcó Borrow en Londres, en el barco «London Merchant», con dirección a Lisboa, llevando por capitán a Whittingham, según la lista del 27 de Noviembre del Lloyd's.

Precisamos decir que Portugal se encontraba en aquella época todavia en tal estado de agitación y de peligro que Mr. Brandram pensó en hacer meditar más a sus colegas, antes de aprobar aquello, pero el mismo Borrow se apresuró a deshacer sus escrupulos, diciendo que ya que las puertas del Extremo Oriente se hallaban momentáneamente cerradas, se hallaba dispuesto a llevar el Evangelio a cualquier lugar, prefiriendo un pais salvaje, si fuese posible. El dia llegó a Lisboa.

La importunidad de los aduaneros, la desolación y la sociedad de la capital, le irritaron al principio, pero su celo le animó y comenzó por tomar un criado que le serviese a un tiempo de guía y de profesor de portugués. El corresponsal de la Sociedad Biblica, al cual habia sido recomendado no se encontraba en la capital y Borrow dedicó cuatro o cinco dias a conocer la ciudad y a interrogar a los lisboetas, visitando tambien las escuelas, uno de sus objetivos para llevar lia Palabra de Dios.

«Lisboa es una gran ciudad ruinosa, que aún muestra por doquiera las huellas del terremoto, visita terrible de Dios hace unos ochenta años. La ciudad se alza sobre siete colinas...», dirá más tarde en su libro: «La Biblia en España», pero durante todo el tiempo que estuvo en Portugal Jorge Borrow pensó en España, por la sencilla razón de que... «España habia sido hasta entonces una región donde la admisión de la Biblia estaba vedada. No ocurría lo mismo en Portugal, donde se permitía desde la revolución, la entrada y circulación de la Biblia. Poco se habia realizado, no obstante en este pais; por tanto, ya que me hallaba en él, determiné hacer algo, a ser posible, por la difusión de aquella...».

La primera visita que hizo Borrow fué a Cintra, lugar encantador que nos ha impresionado a todos los que hemos tenido el privilegio de conocerlo, pero el cura que encontrara él allí, con el que trabó conversación, no parecía de la misma opinión, pues exclamó abiertamente: «me sorprende que los ingleses, el pueblo más instruido e inteligente de la tierra, quieran visitar un sitio como Cintra, donde no hay literatura, ciencia ni cosa alguna útil». Era verdad que la gente del pueblo apenas si sabia leer y en cuando a las escuelas sólamente existía una donde cuatro o cinco niños aprendian el alfabeto.

A su regreso a Lisboa ya encontró en casa a Mr. Wilby, que habia recibido de Londres cuatrocientas biblias y nuevos testamentos que Borrow quiso distribuir imediatamente, mas cuando Wilby le dijo que era cosa ariesgada el hacerlo abiertamente, él no se arredró y se decidió, ciertamente, a emprender la tarea. Asi escribió Borrow: «resolví, sin embargo, antes de marcharme de Portugal, establecer depósitos de Biblias en una o dos ciudades principales de provincias... Evora está a unas sesenta millas de Lisboa y a Evora me resolví a ir con veinte Testamentos y dos Biblias».

En la corta epístola que enviara a su madre, en

fecha 30 de Noviembre, le decía que acababa de llegar a Lisboa desde el campo, en donde habia pasado cerca de quince dias, que habia viajado hacia el Norte unas cien millas a lomos de mulo, al cual arreaba con un palo, y que hizo averiguaciones entre la gente, conociendo el pais. Borrow llegó a campos y montes, deteniendo a todo el mundo que encontraba, con la intención de recoger una amplia información acerca del pais y luego escribió una «carta voluminosa» a Mr. Brandram, teniendo, finalmente, la intención de cruzar todo Portugal para introducirse en España dentro de un mes o cosa asi.

Nuestro viajero se detuvo en Evora desde el 8 hasta el 17, encontrando la gente incivil, excepción hecha de don Gerónimo de Azevedo, de quien, a juzgar por sus cartas, esperaba grandes cosas para poder introducir la Biblia en las escuelas. Cuando llegó la hora de dirigirse a España, Borrow pidió a Mr. Brandram y al Dr. Bowring cartas de presentación para las «mentes de mayor influencia en Madrid» y una carta del Foreign Office para Lord Howard de Walden, Ministro Británico en Portugal, pues su principal objeto, decía, era introducir la Biblia en las escuelas públicas que «pronto» iban a establecerse. Anunciaba que en su viaje a Madrid y a Granada buscaría a los gitanos. Bowring contestó sin calor alguno, desde Bruselas, acompañando cartas para los dos paises.

En el paso del Tajo por su parte más ancha, describe Borrow su preocupación y conversación con el remero «muchacho de aspecto miserable, cuyo único vestido, a pesar de la estación, era un jubón y unos calzones andrajosos» y tambien que tuvo que cantar aquello de «Eu que sou contrabandista» para mostrar su tranquilidad en tanto que «el mozo salvaje» cantaba lo que

estaba prohibido en Lisboa, esto es: «Quando el rey chegou», que era una canción miguelista. Sigue diciendo: «La voluntad del Todopoderoso nos permitió ganar prontamente aquel refugio, no sin que antes el bote se llenase casi por completo de agua y nos caláramos hasta los huesos. A eso de las siete de la tarde, atracamos en Aldea Gallega, tiritando de frio y en un estado lamentable».

Cerca de Vendas Velhas, o Ventas viejas, en unas ruinas que sólo frecuentaban los ladrones, dejó un Nuevo Testamento y algunos folletos, y al dia siguiente, ante la fuente de un pueblo, comenzó a predicar las doctrinas del Evangelio, delatando los errores que le rodeaban. En Pegoes se instaló en un sitio denominado «Estalagem de ladroes», o sea, hosteria de ladrones, en donde «arrimadas al fuego cocian varias ollas, cuyo apetitoso olor me recordó que aún no me habia desayunado, a pesar de ser cerca de la una y de haber hecho a caballo cinco leguas. Varios hombres de aspecto siniestro, que si no eran bandidos, fácilmente podian ser tomados por tales, estaban sentados sobre unos leños al amor de la lumbre». A uno de ellos, que decía saber leer, Borrow le entregó un tratado evangélico.

Allí encontró a don Gerónimo de Azevedo, secretario del Gobierno de Evora, hombre educado en Inglaterra, que hablaba casi correctamente el inglés. Se sorprendió al oir de labios de Borrow su conocimiento de la literatura portuguesa. Describe luego, en su próxima etapa, la oración mágica que un contrabandista llevaba encerrada en un amuleto y se deja poner el sombrero con romero «bueno contra las brujas y las desventuras del camino», por sentirse débil ante una dama.

Es notable lo que Borrow describe referente a aquellas gentes: «...descubrí que muy pocos de aquellos a

quienes hablé habian recibido educación o cultura literaria y ninguno habia leido la Biblia; no más de una media docena tenían una ligerisima idea de lo que eran los libros sagrados y casi todos eran fanáticos papistas y miguelistas. Por tanto, cuando me decían que eran cristianos, negábales yo la posibilidad de que lo fueran, pues ignoraban a Cristo y sus mandamientos y ponían su esperanza para salvarse en reglas externas y practicas supersticiosas inventadas por Satanás para mantenerlos en tinieblas, y que al cabo cayesen en el abismo que les tenía preparado...».

Leyendo estos pasajes, uno parece ver la influencia de la literatura de Bunyan en su espiritu.

En su conversación con don Gerónimo, el secretario de Evora, intentó que éste usase de su influencia para que los chicos de las escuelas tuviesen como base de su educación y cultura las Sagradas Escrituras, y puso a su disposición la mitad de las Biblias y Testamentos que llevó a Evora.

«Entonces añadí que yo no habia ido a Portugal con la idea de propagar los dogmas de una secta particular, sino con la esperanza de difundir la Biblia porque allí donde se leen las Escrituras ni la supercheria clerical ni la tirania duran mucho: aduje como ejemplo mi proprio pais, cuya libertad y prosperidad se deben a la Biblia, y donde cabalmente el último perseguidor del libro, la sanguinaria e infame Maria Tudor, fué tambien el último tirano que se sentó en el Trono».

Nota la historia que don Gerónimo aceptó gustoso el encargo y que tendió a Borrow la mano, comprometiéndose con placer a llevar a cabo, en todo lo posible, la noble misión de extender la Biblia en Portugal. Por tanto, estimando que conocia suficientemente el pais, el

Agente de la Sociedad marchó de Lisboa a Londres el 20 de Diciembre, proponiéndose continuar sus excursiones en España para volver más tarde a robustecer sus planes de introducir la Biblia en Portugal.

Trás él encontramos el «auto de fé» de Evora. En la posada, la muchacha Gerónima, que «ni habia oido misa ni pensaba oirla» poseía, entre otros libros, la traducción de «Las Ruinas» de Volney, y Borrow la convenció de que se trataba de un livro escrito por un hombre «enviado de Satanas, enemigo de Jesucristo y del alma humana, que habia escrito la obra con la intención de mofarse de la religión y de inculcar la doctrina de que no hay vida futura ni premio para el virtuoso, ni castigo para el malo».

Convencida por el mensaje evangélico de Borrow, la chica se levantó despacio, trajo en el delantal un montón de astillas y se puso a quemar el libro, y, lo más curioso, estuvo rezando hasta que el volúmen quedó consumido. Como el mismo Borrow dijo, aquello fué «un auto de fe en el mejor sentido de la palabra».

Debemos decir que el trabajo de la Sociedad Biblica en Portugal fué progresivamente creciendo para bendición de aquel pais. En el año 1875 ya encontramos el primer depósito en la Rua das Janelas Verdes y al frente del trabajo el señor Stuart, que desempeñó su cometido hasta el año 1900. Desde entonces le sucedió don Roberto Moretón hasta el año 1935 y, finalmente, don Pablo Eduardo Vallon que, luego de muchos años en la Praça de Luis de Camoes, desde el año 1910, trasladó la Agencia el presente año a la Rua Passos Manuel. Muchos millones de Biblias, Testamentos y libros sueltos han sido vendidos en Portugal desde aquellos gloriosos tiempos de Jorge Borrow por sus esforzados seguidores.

CAPÍTULO VII

CAMINO DE MADRID

El primero de Enero de 1836 Jorge Borrow volvió a pasar por el Tajo hacia Aldea Gallega, en dirección de España esta vez. El biógrafo Frechet no parece estar de acuerdo con Knapp en que Borrow visitara Londres en este interim, y, a decir verdad, no parece encontrarse esta visita en «La Biblia en España», pero tambien sabemos que Borrow acostumbraba hacer ciertas omisiones, como tambien algunas exageraciones, a la usanza de cierta clase de ingleses. Sin oponerse formalmente a sus vastos proyectos, el Comité de la Sociedad Biblica, los consideraba temerarios, ya que no presuntuosos, dadas las circunstancias en que se encontraba nuestro pais.

Una idea del estado del mismo nos la da su conversación con el rector del Colegio de los ingleses católicos, situado en uno de los puntos más altos de Lisboa: «Voy a España — le dije — y de paso me he detenido en Lisboa». — «¡España, España! — exclamó el viejo. — Ciertamente, ha escogido usted una ocasión singular para ir allí, habiendo como hay ahora guerras enconadas, alborotos y efusión de sangre». Por la misma razón, la monja de Monte Moro, cuando el viajero subió a visitar las ruinas, le dijo: «Supongo que será usted un militar e irá a pelear contra el rey, como todos sus compatriotas» a lo que Borrow replicó: «No; no soy hom-

bre de guerra, soy un cristiano que no va a verter sangre, sino a procurar la difusión del Evangelio de Cristo en un pais que lo desconoce».

Frechet dice que «España se encontraba en una situación trágica, pues luego de haber sido arrasada por las fuerzas de Napoleón y oprimida de modo feroz por Fernando VII, se encontró en guerra civil después de la muerte de este último, en Septiembre de 1833. El pretendiente don Carlos y el general Zumalacárregui, sostenidos por todas las fuerzas ultra clericales y absolutistas del Reino habian levantado el pais vasco y Navarra contra la reina regente, Maria Cristiana, y su hija Isabel, alrededor de las cuales se habian agrupado bajo el nombre de Constitucionalistas o «cristinos» los partidarios de una monarquía constitucional, divididos entre si en «progresistas» y «moderados». En vano el Gobierno inglés, llevado por la opinión de su pais habia intervenido para atenuar los horrores de la guerra civil».

Cuenta Borrow que a una milla de Arroyolos dió alcance a una fila de carros con bastimentos y municiones para España, escoltados por un destacamento de soldados portugueses. Seis o siete soldados iban de avanzada, muy separados del convoy, y «eran unos tunantes de malísima catadura, en cuyos rostros lívidos, horrendos, estaban escritos el homicidio y todos los demás crímenes prohibidos por la ley de Dios». Y al pasar junto a ellos, uno de aquellos hombres comenzó a insultar a los extranjeros y a quejarse de que aquel inglés fuese a caballo con un francés de criado, mientras él iba a pie. No creyendo que hubiese, pues, diferencia entre pobres y ricos, lo mejor sería pegarle un par de tiros al extranjero. Efectivamente, dos balazos pasaron silbando por la cabeza de Borrow que libró su vida milagrosamente,

metiendo espuelas a la mula, seguido por el aterrorizado guia.

En Elvas se puso en contacto con un comerciante respetable, llamado Almeida, a quien dejó cierta cantidad de Testamentos, quedando el hombre muy interesado en el asunto, sobre todo al ver que su proprio nombre estaba escrito dentro, ya que la versión que distribuía la Sociedad Biblica era la «version de Almeida». Atravesó la frontera española, cerca de Elvas, y llegó a Badajoz, capital de Extremadura, donde «por primera vez tropecé con los singularisimos Zincali, o gitanos españoles. Allí fué donde encontré al indómito Paco, hombre que tenía un brazo seco y manejaba las cachas con la mano izquierda; a su astuta mujer, Antonia, diestra en Hokkano baro, o engaño maestro, a su suegro, el feroz gitano Antonio López y a otros muchos individuos del Errate, o sangre gitana, poco menos notables que éstos. Allí fué donde por primera vez prediqué el Evangelio al pueblo gitano y comencé la traducción del Nuevo Testamento, al idioma de los gitanos españoles, traducción que, en parte, se imprimió en Madrid más tarde».

En efecto, los documentos oficiales de la Sociedad nos dicen: «Primero de Marzo de 1836. Presentada una muestra de la traducción a la lengua romaní, de los gitanos españoles, hecha por Mr. Borrow, o sea el capítulo quince del Evangelio de San Lucas, se resuelve que el Sr. Borrow sea autorizado a imprimir este ejemplar y otros capítulos sueltos en el mismo dialecto para distribución entre las tribus errantes, como prueba de su éxito en el esfuerzo de llevarles las Escrituras, y que informe al Comité sobre los resultados que ello produzca».

Se estableció Borrow en una posada de Badajoz, llamada «las tres naciones», en la calle de la Moraleja n.º 30, y allí permaneció durante quince dias. Una noche vió pasar a dos hombres envueltos en mantas y les interpeló en la lengua de Ambrosio Smith. Muy pronto toda la tribu de Badajoz, advertida como por encanto, acudió a ver, oir y palpar a aquel hermano misterioso llegado del otro lado del mar.

En principio habia pensado hacer el viaje de Badajoz a Madrid en diligencia, pero uno de los Romaniquels, o gitanos, se ofreció a prestarle un caballo y a acompañarle él mismo hasta la frontera de Castilla. La fortuna estuvo de su parte, pues en Mérida los gitanos le invitaron a una boda y durante tres dias les vió bailar, rodeados de dulces y convites, entregados a toda clase de ceremonias extrañas. Por la noche durmió en la cuadra de los animales.

Al fijar la cronología de su viaje a Madrid, acompañado la mayor parte por el gitano Antonio López, lo mejor es seguir la línea de las cartas que iba enviando a la Sociedad Biblica, en una de las cuales él dice: «El 16 de Enero de 1836 abandoné Badajoz para Madrid, a donde llegué sano y salvo». Siguiendo esta fecha, podemos trazar su ruta, que es la siguiente:

Enero 16, sabado — Badajóz, Lobón y Mérida.

idem, 17, 18 y 19. — Pasados en Mérida.

idem, 20, miercoles. — De Mérida hasta Venta de la Guía.

idem, 21, jueves. — De Venta de la Guía a Trujillo.

idem, 22, viernes. — De Trujillo a Las Gamas, Puerto de Mirabete y Almaraz.

idem, 23, sabado. — De Almaraz a La Calzada.

idem, 24, domingo. — La Calzada, Oropesa y Talavera.

idem, 25, lunes. — Por la tarde, de Talavera a Madrid.

idem, 26, martes. — Llegada a Madrid a las 10 de la mañana.

En «La Biblia en España» no aparece la boda de Mérida que se describe en el «Zincali» y que menciona J. W. W. en el «Morning Herald». Sin embargo, la conversación interesante y términos del caló pueden leerse con deleite en «La Biblia en España», donde el Caloró de Londres es recibido cariñosamente por la bruja que anduvo en tierra de moros y donde se describe con maestria la vida de los gitanos de Mérida. Allí podemos encontrar canciones típicas como ésta:

— Gitano, ¿por qué vas preso?
— Señor, por cosa ninguna:
porque he cogío un ramá
y etrás se bino una mula.

Caminito de Antequera,
preso llevan a un gitano
porque se encontró una capa,
antes de perderla el amo.

Tambien encontramos a Borrow en un compromiso, cuando la vieja quiso casarle con su nieta...

— ¿Estás casado, mi caloró de Londres? ¿Eres un ró? — Yo: ¿Por qué me lo preguntas, o Daí de los Calés? (madre de los gitanos). — La gitana vieja: Porque ya es tiempo de que la chabí pierda su lacha (doncellez)

y tenga un ró. Lo mejor que puedes hacer es tomarla por romí, mi caloró de Londres.

Borrow quiso salir del compromiso, aduciendo que apenas podía ganar para él y que dificilmente podría para una romí, a lo que la vieja repuso que una gitana no tiene necesidad de que nadie la mantenga y que siempre podría ella ganar para sí y para su ró. Además, añadió: «una vez en Madrilati, adonde, según me han dicho, vas tú, ganaría mucho dinero; debes llevarla allá porque...».

En Trujillo lamentó Borrow no poder pasar la noche porque el gitano que le acompañaba, no habiendo encontrado a nadie en la única casa a que acudió, no se fió de ninguna otra, toda vez que allí en Trujillo estaban muy vigilados y explicó: «a mi planoró (camarada) le ahorcaron aqui en Trujillo», razón por la cual tuvieron que caminar «por sitios desconocidos, de noche, con lluvia y niebla porque el viento se habia echado y el agua caía otra vez con fuerza». El pobre Borrow vagó muy cansado y con sueño y a una observación suya el gitano repuso: «Asi es, hermano, pero prefiero andar por estos sitios de noche, y en noche como esta, que verme en el estaripel de Trujillo».

Antes de llegar a Jaraicejo, entre Las Gamas y el Puerto de Mirabete, Borrow quedó atónito al comprobar que Antonio y los gitanos con quienes habian pasado, finalmente, la noche, desaparecieron, encontrándose completamente solo en el campo, sin saber qué rumbo tomar. Después vino Antonio, a galope tendido, a pedirle que salieran corriendo porque habian cogido a sus compañeros que habian querido ver a otro que estaba preso. Acordaron atravesar el pueblo separados y de esta manera Borrow se encontró con un Nacional, que le pidió

los documentos. Luego de haberlos revisado, dijo: «Le devuelvo a usted el pasaporte; está completamente en regla. Me alegro mucho de haberle conocido y espero que me dará usted ciertas noticias acerca de la guerra... ¿Qué hace Inglaterra? ¿Va, al fin, a prestar ayuda a mi pais? Si ella quisiera, podía acabar la guerra en tres meses».

Más adelante, encontramos una interesante conversación, sostenida en el viaje:

«Antonio: Hermano, no puedo adivinar los asuntos que te traen a esta tierra.

Yo. Quizás los mismos que te traen a este despoblado; asuntos de Egipto.

Antonio: No tal, hermano. Es verdad que hablas la lengua de Egipto, pero ni tus maneras ni tus palabras son las de un Caló ni de un Busné.

Yo: No me oiste hablar en los foros acerca de Dios y de Tebleque (El Salvador, Jesus). He venido a tierras de España para explicar la palabra divina a los Calés y a los gentiles.

Antonio: ¿Y quien te envia con esa misión?

Yo: No me entenderias aunque te lo dijera. Has de saber, sin embargo, que muchas gentes de paises extranjeros lamentam las tinieblas en que yace España y las crueldades, robos y muertes que le afean.

Antonio: Esas gentes, ¿son Caloré o Busné?

Yo: ¿Qué más da? Los Caloré y los Busné son hijos del mismo Dios.

Llegado a Talavera, Borrow registra una interesante conversación con un personaje al que da el nombre de Abardanel y que, según Burke, fué puesto a capricho. La cosa es que este personaje le aconsejó que no continuase el camino a lomos de bestia y que él le compra-

ría los animales, pudiendo Borrow tomar la diligencia de Extremadura que tenia que pasar al dia siguiente para Madrid. Asi lo hizo nuestro héroe y nos dice que «cuando llegó la diligencia me metí en ella y en la mañana del segundo dia llegué a Madrid».

Borrow se encontró, por fin, en la capital de España el dia veinticinco de Enero, según unos, el veintiseis, según Knapp y «en los comienzos de Febrero de 1837, según «La Biblia en España», instalándose en una amplia habitación de la calle de la Zarza, ahora desaparecida, cerca de la Puerta del Sol, cuando existía la Iglesia del Bueno Suceso, tambien desaparecida al ensanchar la Puerta del Sol, de la que Borrow decía que era «un sitio de reunión en todas las épocas del año de los vagos de la capital, pobres o ricos», resto de lo cual todavía podemos contemplar en nuestros dias.

Su objetivo era francamente el expuesto en su carta a la Sociedad de fecha 17 Octubre de 1836: «ver de conseguir permiso para imprimir el Nuevo Testamento en la lengua castellana y circularlo en España», pensamiento que nos lleva a considerar la historia de la labor biblica realizada en los años pasados en nuestro pais.

Hasta el año 1820, después de la invención de la imprenta, jamás se habia impreso en España ni Biblia ni Nuevo Testamento alguno en forma económica y asequible. El padre Scio y Torres Amat, a partir del año 1790 y 1823, empezaron a publicar sus traducciones respectivas de la Vulgata latina, uno en Valencia y otro en Madrid, en diez volúmenes tamaño folio y nueve volúmenes tamaño cuarto, pero ¿quienes podrían tener en sus casas estas Biblias? Encuadernadas lujosamente, con grabados y con más comentarios que el texto mismo, sólo los potentados podrian darse el gusto, que no, tal

Itinerarios de Borrow

vez, el interés espiritual, de tenerlas en sus bibliotecas. Faltaba, pues, hacer llegar a las masas, al pueblo, por quien murió Cristo, el mensaje redentor y salvador.

He aquí una relación de las Escrituras impresas en España, según las mismas fuentes católicas:

Biblia de Scío	Valencia	1790/93	10	volúmenes folio
idem	Madrid	1793/94		idem
idem	Madrid	1794/97	19	volúmenes octavo
idem	Madrid	1797/98	2	volúmenes folio
Biblia Torres Amat	Madrid	1823/25	9	volúmenes cuarto
idem	Madrid	1832/35	6	volúmenes cuarto
Nuevo Testamento Scío	Madrid	1837	1	volúmen octavo, impreso por el mismo Borrow
idem	Barcelona	1837	1	volúmen cuarto, impreso por Graydon
Biblia de Scío	Barcelona	1837	1	volúmen cuarto, impreso tambien por Graydon

Observamos que tanto Borrow como Graydon (ambos protestantes) publicaron en principio los textos del padre Scío por conveniencias del momento, pero conviene recordar lo que se imprimió por protestantes españoles para españoles no católicos, después de la Reforma. Al proprio tiempo, debemos señalar que desde entonces y hasta el dia de hoy los españoles y latino americanos no católicos se han basado y han empleado en sus iglesias y en sus estudios y devociones familiares, la clásica e histórica traducción de Reyna y Valera, arraigada en el protestantismo de lengua española.

1 — Nuevo Testamento, traducido por Francisco de Encinas, en Amberes, en octavo, año 1543.

2 — Idem, traducido por Juan Pérez, en dieciseisavo, en Venecia (Ginebra), año 1556.
3 — Los Salmos, traducidos por el anterior en Venecia (Ginebra), el año 1557, tambien en 16º.
4 — Biblia, traducción de Casiodoro de Reina, en cuarto, en Basilea, el año 1569.
5 — Nuevo Testamento, de Reina, revisado por Valera, en 16º, en Londres, año 1596.
6 — Biblia, la de Reina, revisada por Valera, tamaño folio, en Amsterdam, año 1602.
7 — Nuevo Testamento, Reina — Valera, en dozavo, Amsterdam, año 1625.
8 — Nuevo Testamento, revisado por Sebastian de la Encina, Amsterdam, año 1708.

Como vemos, fueron tres la traducciones del Nuevo Testamento, no quedando casi ejemplares de los de Encinas y Pérez en la actualidad, habiendo perdurado, como dijimos, la traducción clásica de Reina, revisada por Valera, hasta nuestros dias, mas como estas tres traducciones, que pasaron por las hogueras de la Inquisición, eran casi desconocidas en España, Knapp afirma que Borrow ignoraba la existencia de estas tres traducciones primitivas, como igualmente la Sociedad de Londres.

Al llegar a Madrid, lo primero que hizo este Agente fué presentarse al Embajador de Inglaterra, George Villiers, quien le dió noticias animadoras. La Corte de Roma y el Gobierno español estaban en malas relaciones y, aunque éste era francamente liberal y anticlerical, una parte importante del alto clero se habia unido a la Regente Maria Cristina y se esforzaba en liberarse algo de la tutela del Papa, el cual, por su parte, no queria reconocer a la Reina Isabel y favorecía a los Carlistas.

Durante la estancia de Borrow en España, los gobiernos cambiaron con notable rapidez y entre Julio de 1834 y Febrero de 1839 España bajo la Reina-regente Maria Cristina tuvo el Gabinete de Martinez de la Rosa, el del Conde de Toreno, el de Mendizábal, Isturiz, Calatraba, Bardají, Ofalia, Duque de Frias y el de Perez Castro. El primer ministro con quien tuvo que verselas Jorge Borrow fué con don Juan Alvarez de Mendizábal, de origen vasco, como su nombre indica, en vasco «mendi» es «monte y «zabal» es «ancho».

Provisto de una carta del Embajador inglés, el Agente de la Sociedad Biblica se presentó a Mendizabal el 7 de Febrero, domingo, por la mañana temprano, en el Palacio del Consejo de Ministros, sito en la Calle de Alcalá, y la historia de la entrevista, según sus cartas a la Sociedad Biblica, difiere algo de la publicada en «La Biblia en España». Lo más curioso que resaltan los historiadores es la credulidad de Borrow para aceptar por buenas las promesas de un gobernante, como un buen inglés que siempre cree en la obligación de un caballero para cumplir su palabra. Asi cuando Mendizábal le ruega que espere seis meses a que acabe la guerra civil, Borrow honradamente se decidió a esperar, preguntándose qué podria hacer en el interim, si marchar a Granada o a Badajoz para terminar su traducción del Evangelio de San Lucas al caló, con la ayuda de los gitanos de aquellas regiones. Por su parte, la Sociedad, esperando un cambio tambien en los acontecimientos de la nación, se sentía inclinada a que Borrow pasase de nuevo a Portugal para continuar su trabajo allí donde habia más facilidades.

La entrevista de Borrow con Mendizábal fué muy interesante y de ella entresacamos unas frases de su clásico libro: «Una mañana temprano acudí a Palacio, en

una de cuyas alas estaba el despacho del Primer Ministro. El frio era cruel; el Guadarrama sobre el que hay una hermosa vista desde la explanada del Palacio estaba cubierto de nieve. Casi tres horas estuve tiritando de frio en una antesala con varias personas más que, como yo, aguardaban audiencia del poderoso. Al cabo, se presentó el secretario particular... después de hacerme esperar en pie un cuarto de hora, Mendizábal alzó subitamente sus ojos penetrantes y clavó en mi una mirada escrutadora, poco común... nuestra entrevista duró casi una hora; la conversación fué de singular interés...». No es esta la primera petición de ese género que me hacen... ¿Qué singular desvarío les impulsa a ustedes a ir por mares y tierras con la Biblia en la mano? Lo que aquí necesitamos, mi buen señor, no son Biblias, sino cañones y polvora para acabar con los facciosos, y sobre todo dinero para pagar a las tropas. Siempre que venga usted con esas tres cosas se le recibirá con los brazos abiertos...».

A pesar de esta incomprensión de Mendizábal, conviene recordar que en 1835 la Compañía de Jesus habia sido prohibida en España y que el mismo Gobierno de Mendizábal habia suprimido los conventos y monasterios, poniéndolos en venta. Borrow decidió quedarse en Madrid a esperar acontecimientos y en Marzo de 1836 vemos que el periódico «El español» consagró a la Sociedad Biblica Británica y Extranjera varios artículos elogiosos, reclamando la formación de una igual en España.

El 13 de Mayo caía el gobierno de Mendizábal para ser sucedido por el moderado de Isturiz, otro vasco, de cuyo Gobierno consiguió, finalmente, Borrow el permiso para imprimir Biblias sin notas ni comentarios. Verdad es que el permiso fué verbal, pero fué dado por el mismo

Isturiz y en presencia del Embajador Británico, de modo que el Agente de la Sociedad tomó las medidas oportunas para ejecutar sus designios. Se puso al habla con don Carlos Wood, impresor del Gobierno establecido en Madrid, acordando la impresión de cinco mil ejemplares del Nuevo Testamento, en español, de la versión del padre Scío, sin notas ni comentarios.

CAPÍTULO VIII

SEGUNDO VIAJE A ESPAÑA

Se hallaba todo dispuesto y estaba Borrow preparándose para su viaje a Granada y Málaga cuando estalló la revolución de la Granja, en el mes de Agosto, asi que Borrow habló con Wood y hubo de suspenderse todo, según su carta del 6 de dicho mes de 1836.

Ciertamente, Borrow se vió envuelto eu una serie de aventuras que se describen en su clásico «La Biblia en España», pero no dejó de darse cuenta de que el hermoso nombre liberalismo encerraba a veces la anarquía y tambien la irreligión, amen de que la supresión del órden monastico no significaba precisamente una victoria del espíritu; deistas y ateos reclamaban a un tiempo una revolución francesa, citando frecuentemente a Voltaire, Rousseau, Volney y Benthan, pues, como Rule decía en su obra, no habia término medio, ni protestantes ni Biblia, sólo infieles y fanáticos («There is no via media, no Protestantism, no Bible in Spain... only two classes: infidels and bigots»).

Las fuerzas invadieron el Palacio de la Reina-regente el dia 12 de Agosto y forzaron a la Reina a promulgar la constitución de Cadiz, de 1812 por tercera vez. Borrow decribe las orgias tremendas que contempló en el Café Nuevo, sito en la Calle de Alcalá: «La gente vociferaba y gesticulaba y muchos corrían gritando: Viva la Constitución, grito que se hubiera pagado con la

vida unos cuantos dias antes porque la ciudad habia estado sometida a los rigores de una ley marcial... en la tarde de aquel mismo dia estaba yo consumiendo una taza del oscuro brebaje cuando sonaron en la calle ruidos y clamores estruendosos; causábanlos los nacionales que volvían de su expedición. A los pocos minutos entró en el café un grupo de ellos; iban de dos en dos, cogidos del brazo y pisaban recio a compas. Dieron la vuelta al espacioso local, cantando a coro, con fuertes voces la siguiente barbara copla:

¿Qué es lo que abaja
por aquel cerro?
Ta ra ra ra ra
Son los huesos de Quesada
que los trae un perro
Ta ra ra ra ra

Pidieron después un gran cuenco de café y, colocándolo sobre una mesa, los nacionales se sentaron en torno. Hubo un momento de silencio, interrumpido por una voz tonante: «¡El pañuelo!». Sacaron un pañuelo azul, en el que llevaban algo envuelto, lo desataron y apareció una mano ensangrentada con tres o cuatro dedos seccionados com los que empezaron a revolver el cuenco de café. «¡Tazas, tazas!» gritaron los nacionales. ¡Eh! Don Jorge —gritó Baltasarito, viniendo hacia mi con una taza de café— hagame usted el obsequio de beber por este suceso glorioso. Hoy es un dia afortunado para España y para los valientes nacionales de Madrid».

No se habia equivocado Borrow, al decir que sólo la Biblia podía salvar a España del ateismo porque aquellas gentes y muchos de los que se amparaban en la religión, mostraban no tener sentimientos cristianos. Por ello Borrow, en su carta del 30 de Junio de 1836, habia dicho abiertamente: «Los españoles serán pronto una nación de ateos, si se les deja solos», declarando a continuación que tanto él como el Embajador de Inglaterra estaban convencidos de «la imposibilidad de ejercer ninguna clase de gobierno con aquella nación de ateos».

Estaba Borrow esperando instrucciones de la Sociedad Biblica, mientras trataba de llevar adelante su plan con Wood, y en los primeros dias de Agosto llegó una carta de llamada y, una vez establecidas las comunicaciones rotas por la revolución, marchó hacia Inglaterra Valdepeñas, Jaen, Granada (en el libro de visitantes de por el camino del sur, es decir, el dia 20 se dirigió a la Alhambra se lee «George Borrow Norvicensis. 30 Agosto 1836») siendo el objeto de su visita a Granada el deseo de estudiar a sus viejos amigos los gitanos.

Llegó a Londres el dia 3 de Octubre, probablemente desde Gibraltar, y seguidamente marchó hacia Oulton. Su estancia en Inglaterra fué corta, de un mes, y nuevamente salió de Londres, el dia 4 de Noviembre de 1836, en el vapor «Manchester» para llegar a Cadiz, según se comprueba en las listas del Lloyd, el dia 22, luego de dieciocho dias de travesía. Indudablemente, según leemos en «La Biblia en España», que no nos suministra estos datos, Borrow vería decidido a imprimir en Madrid el Nuevo Testamento lo antes posible, pero en cuanto al viaje relata que fué terrible:

«El barco iba atestado de pasajeros, pobres tísicos en su mayoria, o gente valetudinaria que huía de las frias celliscas invernales de Inglaterra hacia las costas soleadas de Portugal y Madeira. Nunca me ha cabido en suerte viajar en un barco más incómodo... habia mar

gruesa, el viento era fuerte y contrario... este viaje era el primero que el capitán hacia a bordo de nuestro barco y conocia poco o nada de la costa a que nos dirigiamos... no intentaré pintar la escena de horror y confusión que se produjo; puede ser imaginada, pero no descrita...» la situación es apurada, señor, me replicó, con esta mar los botes zozobrarán en un minuto; antes de una hora el barco chocará contra el Finisterre, donde el buque de guerra más fuerte del mundo se haria pedazos instantáneamente. Ninguno de nosotros verá el dia de mañana»... reparadas las averias del barco, subimos de nuevo a bordo y en dos dias, llegamos sin novedad a Cadiz».

Según parece, las hordas de Gomez devastaban Andalucia, los carlistas habian saqueado a Cordoba durante tres dias, en Sevilla había pánico y en Cadiz una gran confusión, temiéndose de un momento a otro un ataque, por lo que se proclamó el estado de sitio. Se alojó Borrow en el Hotel Francés y seguidamente deambuló por las calles, se mezcló con la gente, pulsando la efervescencia popular y esquivó como pudo un compromiso, en un café, de pronunciar un discurso acerca de la politica, como se hacía frecuentemente. Lo que Borrow estaba pensando interiormente todo el tiempo era que España necesitaba la Palabra de Dios y por esta razón se fué a visitar un librero, a quien comenzó a hacer preguntas acerca de la demanda de literatura.

«Mostré un ejemplar de una edición londinense del Nuevo Testamento en español y pregunté al librero si, en su opinión, un libro de tal especie tendría venta en Cadiz. Respondió que el papel y la impresión eran magníficos, pero que era un libro nada buscado y muy poco conocido».

Se embarcó Borrow para Sevilla en el vaporcito «Betis» el dia 24 y allí encontró sólo dos librerias en las que habia algún ejemplar del Nuevo Testamento en español, traidos desde Gibraltar, y resultaba que en dos años se habian vendido en la ciudad seis ejemplares en una libreria y cuatro en la otra. En Sevilla conoció Borrow, en la Posada del Turco, donde se hospedaba, a un criado genovés que afirmaba que podían venderse en Andalucia muchos ejemplares de la Sagrada Escritura porque él mismo lo habia hecho, añadiendo ésto: «En un viaje que hice a Gibraltar adquirí varios ejemplares de la Escritura y aunque parte de ellos me los confiscaron los empleados de la Aduana, pude vender los otros a buen precio y me quedó una ganancia considerable». Fué tambien en Sevilla donde Borrow encontró al famoso Baron Taylor.

En la carta que dirigiera a la Sociedad con fecha tres de Diciembre anunció su viaje a Cordoba para donde salió el nueve, como indica en su historia: «Hacía ya algun tiempo que no circulaba la diligencia, debido al estado turbulento de la provincia, de modo que no tuve más remedio que hacer el viaje a caballo. Tomé dos en alquiler y ajusté al genovés viejo para que me acompañase a Cordoba». En esta ciudad se detuvo Jorge Borrow durante once dias y luego prosiguió viaje el veinte para Madrid, pues el hecho de recibirse constantemente noticias de la inseguridad del camino, le permitió «escudriñar todos los rincones y escondrijos de la ciudad».

Allí en Cordoba tuvo el Agente de la Sociedad un encuentro notable con un sacerdote, misteriosamente alojado en su misma pensión, persona que, al parecer, habia sido inquisidor «desde los trece años hasta que se su-

pr'mió el Santo Oficio en estos desventurados reinos». Aquel hombre, anciano ya de ochenta años, quedó asombrado de que Borrow entendiese el latín y las conversaciones que sostuvieron ambos fueron grandemente interesantes. El viejo afirmaba que lo que más trabajo daba a la Inquisición era el judaismo, sus brotes y ramificaciones hasta dentro del clero católico. Siempre he dividido el judaismo en dos clases negro y blanco; por judaismo negro entiendo la observancia de la ley de Moises con preferencia a los preceptos de la Iglesia; en el judaismo blanco entra todo género de herejía, como luteranismo, francmasoneria y otros por el estilo», decia y afirmaba que «dentro de la Iglesia católica habia abundancia de judaismo, lo mismo del negro que del blanco». Luego dijo: «recuerdo que una vez estabamos registrando la casa de un eclasiástico acusado de judaismo negro y después de buscar mucho, encontramos debajo del piso una caja de madera, y en ella un pequeño relicario de plata, donde habia guardados tres libros forrados de negra piel de cerdo; los abrimos y resultaron libros devotos judios, escritos en caracteres hebreos, antiquis'mos; al ser interrogado, no negó su culpa el reo, antes bien se vanaglorió de ella, diciendo que no habia mas que un Dios y atacando el culto a Maria Santísima, como una idolatria grosera».

Al llegar aquí, Jorge Borrow preguntó al anciano qué opinaba él personalmente de esa adoración a Maria Santisima.

«¿Qué opino yo? ¡Qué sé yo! Pero le diré a usted que bien mirado me parece justo y natural. ¿Por qué no? Cualquiera que vaya a visitar mi iglesia y la contempla tal como ella está, tan bonita... tan guapita... tan bien vestida y gentil, con aquellos colores blanco y carmin, tan lindos, no necesitará preguntar por qué se adora a Maria Santísima. Y, sobre todo, don Jorgito mio, eso es cosa de la Iglesia y forma parte importante de su sistema».

Salió nuestro viajero a caballo de Cordoba, acompañado por el cuñado del posadero y así lo describe él: «salí de Cordoba una radiante mañana en compañia del contrabandista, que iba montado en un hermoso caballo de media alzada, una jaca de la renombrada casta cordobesa». Y asi subieron por Andujar y Bailén, La Carolina, el desfiladero de Despeñaperros hasta Aranjuez, a donde llegó el dia de Navidad; al dia seguiente hacía su entrada en Madrid.

El contrabandista, en uno de sus momentos de expansión, confesó: «Me he quitado del contrabando a causa de una estafa que me hicieron en Lisboa; un judio a quien conocía yo desde mucho tiempo atrás, me encajó por bueno un brillante falso. Lo hizo con una habilidad extraordinaria porque no soy yo tan novato que no sepa conocer las piedras buenas; al parecer, el judio tenia dos, y las cambió con mucha destreza, guardándose la buena comprada por mi y sustituyéndola con otra muy bien imitada, pero que no valía cuatro duros. Descubrí la estafa cuando ya habia cruzado la frontera y aunque volví allí a escape no pude dar con el bandido...».

Este hombre quedó dos dias enteros con Jorge Borrow en Madrid y luego regresó a Cordoba, a lomos de su animal, habiéndole comprado Borrow la jaca, de la que se enamoró, pensando que le sería muy útil para sus excursiones futuras. El contrabandista murió de modo repentino, pocos momentos después de decir las siguientes palabras a su mujer: «Con el viaje del inglés y la venta de la jaca he hecho noventa y cinco duros; a poca

suerte que tenga, puedo doblarlos arriesgándolos en el contrabando. Mañana me voy a Lisboa a comprar diamantes».

El nuevo alojamento de Borrow en Madrid fué en la calle de Santiago, número 16, situada entre la Calle Mayor y la Plaza de la Opera. El Gobierno de Calatrava estaba todavía en el poder, la prensa era libre y el camino estaba abierto para llevar a cabo sus planes. Pero por razones no claras, Borrow dejó al impresor Wood y se puso al habla con Andrés Borrego, tal vez debido a su amistad con don Luis de Usoz y Rio, extendiéndose un contrato entre Borrow, Borrego y Usoz y Rio, fechado en 14 de Enero de 1837, el cual contenía siete artículos; en el primero de ellos, el impresor Borrego se comprometía a imprimir los cinco mil ejemplares del Nuevo Testamento que antes mencionamos.

Entretanto se efectuaba la impresión, Jorge Borrow escribió a la Sociedad, planeando la compra de caballos, la contratación de un criado, etc., al objeto de empezar la venta de Escrituras por Castilla la Vieja, León y Galicia y regresar luego por Asturias y Santander, plan que fué aprobado.

Rule, que nos cuenta su encuentro con Borrow, dice: «Era curioso encontrarle, la mañana que me recibió, bebiendo vino con dos gitanas, a una de las cuales me presentó como perfecta errante y a la otra como consumada carterista». Verdad es que Rule añade que Borrow era extraño en sus costumbres y predilecciones, pero el Agente biblico nos dice en su diario:

«Bien sabia yo que en ese viaje me aguardaban muchos peligros y que quizás iba a correr la misma suerte que San Esteban, pero ¿merece el nombre de discípulo de Cristo aquel que no afronta cualquier peligro por

la causa de Aquel a quien proclama por Maestro? Jesus dijo: «El que por mi pierda su vida, la encontrará» y estas palabras estaban llenas de consuelo para mi, como lo estarán, sin duda, para todos aquellos que emprendan con limpieza de corazón la difusión del Evangelio en tierras salvajes y barbaras».

Tambien Borrow en este interim, pues tuvo que hacer un contrato aparte para la encuadernación, se puso a aprender el vasco y encargó a un natural de Vasconia para que tradujese el Evangelio de San Lucas en su lengua, escribiéndo a Londres para que le dieran permiso de producción. Finalmente, comenzó a preparar su campaña de venta. Dejó ejemplares en las librerias de Madrid, puso anuncios en los periódicos «El español», el «Diario», el «Mundo» y la «Gaceta», dejando sus asuntos en manos de aquel famoso editor don Luis de Usoz y Rio, que publicó la notable colección de «Reformistas antiguos españoles».

La carta que recibió de Mr. Brandram decía: «Usted ve que se ha aprobado casi todo lo que usted pide, y tiene permiso para hacer su viaje con los caballos, deseándole nosotros felicidad. Quisiera llamarle la atención a lo que le dije a usted respecto de su viaje de Sevilla a Madrid: «Pida al Señor que le dé sabiduria para discernir entre lo que sea presuntuoso y la obra de fe». Frecuentemente pediré a Dios por usted, pues El sólamente puede guardarle».

Brandram conocía de qué manera Borrow siempre escapaba por milagro, tanto al cuchillo como a las balas, a los lobos y a los ladrones y se hallaba siempre dispuesto a afrontar nuevos peligros. Veamos lo que el mismo Borrow escribía a este respecto: «El estado de las regiones no convidaba a viajar por ellas. Cabrera estaba a nueve

leguas de Madrid con un ejército de cerca de nueve mil hombres... a todas horas llegaban bandas de fugitivos aterrorizados, que contaban nuevos desastres y miserias... Cabrera era un malvado cobarde, cuyos hechos heroicos se limitaban a degollar hombres indefensos y a violar y destripar infelices mujeres...».

Sevilla. — Casa en que vivió Borrow

CAPÍTULO IX

CINCO MESES POR EL NOROESTE DE ESPAÑA

Hechos los preparativos para su viaje, Borrow se proveyó de caballos y de un criado («quizás en ninguna parte del mundo abundan tanto los criados como en Madrid») llamado Antonio Buchini, griego de Constantinopla, nacido en Pera, la bella, y llegado a España con Cea Bermudez. Enfiló nuestro viajero la calle de Bailén, hacia la Puerta de San Vicente, camino del Norte de España, el dia 15 de Mayo de 1837 y, en vez de tomar la dirección de Avila, eligió el camino grande o carretera de la Coruña.

Debemos mencionar que la misma mañana en que se disponía a salir de viaje, un enviado del Embajador Villiers vino a decirle que habia comprado un número considerable de Testamentos para enviarlos a los diversos cónsules que serían invitados a repartirlos, convencido de que se hacía un bien a la nación española, promoviendo el amor entre los hombres. Borrow dice que, al principio, este Embajador no mostró interés alguno en la Sociedad Biblica, pero que luego posiblemente le tocó el Espiritu Santo para que le ayudase en su dificil tarea.

No se encontraba Borrow muy fuerte, pues pocos dias antes de la partida, un barbero-cirujano le había hecho una sangria y le habia sacado diez y seis onzas de sangre. No obstante, llegó hasta el pueblo de Guadarrama

en donde pasó la noche, al pie de la Sierra, y al dia siguiente de madrugada subió al Puerto y entró en Castilla la Vieja. El relata: «ningún suceso digno de mención nos ocurrió en el viaje. Vendimos algunos Testamentos a nuestro paso por los pueblos, especialmente en Peñaranda». Aquel mismo dia llegaba a Salamanca «mucho después de cerrar la noche».

El itinerario de Borrow, que puede seguirse con deleite en «La Biblia en España», es como sigue

15 Mayo — Madrid, Guadarrama, San Chidrian, Peñaranda, Salamanca.

10 Junio — Salamanca, Pitiegua, Pedroso, Medina del Campo, Tordesillas, Simancas, Valladolid.

19 Junio — Valladolid, Dueñas Palencia, Sahagun, León.

30 Junio — León, Astorga.

4 Julio — Astorga, Puerto de Manzanal, Bembibre, Cacabelos, Villafranca, Puerto de Fuencebadón, Nogales, Lugo.

13 Julio — Lugo, Betanzos, Coruña.

1 Agosto — Coruña, Santiago.

14 Agosto — Santiago, Padrón, Pontevedra, Vigo.

20 Agosto — Vigo, Pontevedra, Padrón, Noya, Corcubión, Finisterre, Corcuvión, Santiago, Coruña.

19 Septiembre — Ferrol.

21 Septiembre — Ferrol, Novales, Santa Maria, Coisa d'Ouro, Viveiro.

22 Septiembre — Viveiro a Foz.

23 Septiembre — Foz a Rivadeo.

24 Septiembre — Rivadeo, Castropol, Navia, Luarca.

25 Septiembre — Luarca, Las Bellotas, Soto, Luiño, Muros.

26 Septiembre — Muros, Avilés, Gijón.

27 Septiembre — Oviedo.

5 Octubre — Oviedo, Villaviciosa.

6 Octubre — Villaviciosa, Colunga, Ribadesella.

7 Octubre — Ribadesella, Llanes, Colombras.

8 Octubre — Colombras, San Vicente, Santillana.

9 Octubre — Santillana, Santander.

20 Octubre — Santander, Renedo, Ontaneda, Oña, Bribiesca, Burgos, Valladolid, Guadarrama, Madrid.

En Salamanca hizo Borrow todo lo posible para que la Palabra de Dios fuese conocida de todos y Blanco, el librero principal de la ciudad, aceptó ser su representante, recibiendo en su tienda un número de ejemplares. Como quiera que Blanco era proprietario de una imprenta en la que se tiraba «El Boletin Oficial» de Salamanca, en él publicó Borrow un anuncio sobre el Nuevo Testamento, explicando que «era la única guía para la salvación; hablaba tambien de la Sociedad Biblica y de los grandes sacrificios pecuniarios que estaba haciendo con la mira de proclamar a Cristo crucificado y de dar a conocer su doctrina».

Mandó tambien imprimir unos annuncios o carteles que hizo pegar en diferentes sitios de la ciudad, experimento que se propuso repetir en Valladolid, León, Santiago y otras ciudades del itinerario anterior porque «de esa manera los hijos de España llegarian a saber que el Nuevo Testamento existe, hecho que apenas conocía entonces el cinco por ciento de los españoles, a pesar de la catolicidad y cristiandad de que con harta frequencia se jactan».

Borrow cuenta cómo a un hospitalario cura le entregó un ejemplar del Nuevo Testamento que aquél colocó cuidadosamente en su biblioteca, mientras observaba al estudiante irlandes lo siguiente: «Su amigo (este era

Borrow) no pierde ocasión de propagar su libro», y posteriormente nos dice que llegó a fijar en el atrio de una iglesia un cartel anunciando que en Salamanca se vendía el Nuevo Testamento.

A Medina del Campo llegó «muy entrada la tarde», contemplando las inmensas ruinas que la rodeaban, testigo mudo de su antigua grandeza, y cuando llegó a Valladolid se alojó en la Posada de las Diligencias, mas siendo el lugar malísimo y la gente de la casa muy grosera, se vió obligado a trasladarse al «Caballo de Troya», más decentemente llevada por un vascongado. En aquellos dias la población estaba muy alarmada porque esperaba una incursión de los facciosos, de modo que habian previsto reductos, instalado barreras en las puertas de la ciudad, etc. Efectivamente, cuéntase que poco después de la salida de Borrow, Zariategui, con sus carlistas, entró en la ciudad y este incidente cambió las cosas, de modo que a la vuelta de nuestro viajero, unos meses después, encontró al nuevo dueño de la posada, un francés de Bayona, muy amable.

Púsose Borrow en contacto con el librero de la localidad, que se encargó de buen grado de vender los Nuevos Testamentos y en una sola semana se vendieron una cantidad considerable de ejemplares para lo cual empleó el Agente de la Sociedad el mismo sistema de anuncios que en Salamanca y dejó encargado, cuando partió, que aquellos anuncios se renovasen cada semana «porque el pueblo tendria ocasión siempre de saber que existia, al alcance de sus medios, un libro que contiene la Palabra de Vida y acaso se sintiera inducido a comprarlo y a consultarlo incluso acerca de su salvación...».

Diez dias pasó Borrow en Valladolid para dirigirse luego a León, y, al medio dia, llegó a Dueñas, parando

en una mezquina posada con objeto de descansar los caballos, pero allí tuvo un notable encuentro con los gitanos, que eran soldados de caballeria, los cuales aparecieron inmediatamente con curiosidad y empezaron a palpar a la caballeria. Quedaron sorprendidos cuando Borrow, con ojo escrutador, descubrió que eran de la raza calé y les habló en su lengua, asi que pudo ganarse su simpatia y evitar que le requisaran el caballo, toda vez que habia órden de requisa de caballerias por todas partes.

Prosiguió su viaje por áridas y desoladas llanuras, dejando atrás poblados sin importancia, hasta llegar a León, donde le atacó una fiebre que le duró siete dias, «quedándose en los huesos». Sin embargo, ya antes habia conseguido que un librero se encargara de vender los Nuevos Testamentos y publicara los anuncios acostumbrados. Los carlistas se enfadaron notablemente cuando vieron aquello y llegaron a visitar de casa en casa, amenazando a la gente para que no comprasen aquellos «libros malditos», acción que no arredró, sin embargo, al librero. Este llegó, con valentía, a poner sus carteles incluso en la misma catedral y dice Borrow: «A pesar del griterio que se levantó contra los libros, se vendieron en León algunos ejemplares; dos fueron adquiridos por sendos exclaustrados y otros tantos por párrocos de las aldeas vecinas. Creo que en total se vendieron unos quince ejemplares».

Tan pronto como Borrow pudo levantarse de la cama, más limpio de fiebre ya, salió para Galicia, a las tres de la mañana. Apenas se encontró fuera de la ciudad, se levantó una tormenta violenta que doblaba los árboles y con dificultad llegó la región montañosa de Astorga, donde el calor se hizo sofocante y los enjambres

de moscas volvían locas a las caballerías. Finalmente, llegaron a Astorga, cubiertos de barro y polvo, y «tan sedientos que la lengua se nos pegaba al paladar».

El recibimiento que tuvo fué un vaso de vino arrojado a la cara, a causa de un alboroto formado por los arrieros, y su criado Antonio que se encontró más cerca, recibió un estacazo. En la confusa historia nos encontramos con que fueron arrojados de allí, pero que, por último, les permitieron quedar en un cuartucho junto a la cuadra, lleno de ratas y de suciedad. Tanto apretaba el calor que Borrow, acostumbrado a las tierras del Norte, tuvo que sujetarse la cabeza y quedar sentado en la escalera, sin poder respirar. Gracias a su criado, que le daba aire como podia y le hizo beber agua con vinagre, pudo reanimarse, pero se vió obligado a pasar tres dias en la cama, preocupado todo el tiempo por no encontrar librero ni persona que se encargase de la venta de los Testamentos.

Hizo en aquel tiempo un buen estudio de los maragatos, que refleja en su libro, hombres descendientes de los godos, de craneo afeitado, excelentes arrieros, formando cuadrillas que resistian los rayos achicharrantes del sol, y comerciantes fuertes que tenian en sus manos todo el negocio de aquella región española. Eran hombres fieles, los más fieles arrieros, según Borrow, aunque no los más desinteresados, y aquí convendrá, al menos, citar una conversación:

«Hablé de religión con varios maragatos, que es asunto principal; pero su corazón estaba endurecido, sus oidos sordos y sus ojos cerrados. Con uno sobre todo hablé mucho rato, después de mostrarle el Nuevo Testamento y me escuchó o pareció escucharme con paciencia, bebiendo, de vez en cuando, copiosos tragos de un

inmenso jarro de vino blanco, el cual sostenia entre las rodillas. Cuando acabé de hablar, me dijo: «Mañana me voy a Lugo, para donde usted va tambien, según tengo entendido. Si quiere usted enviar allá sus baules, no tengo inconveniente en encargarme de ello, a tanto (y me dió un precio exorbitante). De todo lo demás que me ha dicho usted, entiendo muy poco y no creo ni una palabra; respecto de los libros que me ha enseñado usted, compraré tres o cuatro. No pienso leerlos, la verdad, pero, sin duda, los venderé a precio más alto del que usted pide por ellos».

Dejando atrás Astorga, Manzanal y otras aldeas, llegaron los dos hombres hasta la llanura de Bembibre, donde echadas en el suelo habia unas cuantas parejas de bueyes descansando, mientras los boyeros hacían la comida y otros esperaban. Borrow se acercó al grupo y les ofreció el Nuevo Testamento. Todos se miraron extrañados, sin saber qué era aquello y le tomaron por catalán de los que recorrían la región ofreciendo mercancías. Sin embargo, Borrow se sentó con ellos y empezó a hablarles de Jesucristo y les explicó lo que era el Nuevo Testamento, quedando los boyeros asombrados de sus palabras. Uno de ellos le compró un ejemplar.

Ya en la línea de Galicia, en un pueblo encima de la montaña, los dos hombres buscaron posada y ésta es la descripción de la llegada: «La cuadra era un miserable cobertizo, donde los caballos se hundían hasta el menudillo en cieno y barro. Pedí cebada, pero me dijeron que en Galicia no se usaba para pienso y que era rarísima; en sustitución, me ofrecieron maiz, que los caballos comieron sin reparo; tampoco se podía encontrar paja, sustituida por heno medio verde. A fuerza de pa-

talear en el fango de la cuadra, mi caballo perdió una herradura y en vano la busqué».

Aquello fué un grave contratiempo para Borrow, pues en el pueblo no habia herrador y la dificultad se acrecentó cuando supo que en Galicia no habia herraduras para caballos, por lo menos en aquellos contornos. Le dijeron que era una locura llevar caballos a Galicia y que nadie lo hacia por considerarlos inútiles, a causa del terreno tan quebradizo. Además, le advirtieron que su caballo podría coger un muermo y morirse rápidamente. como habia ocurrido con muchos caballos que habian llegado hasta allá. Un par de individuos, de mala catadura, se empeñaron en acompañar a Borrow hasta Lugo, pero Antonio que conocia a los gallegos, sabiendo que eran un par de asesinos, hizo que su amo eludiera el compromiso.

Borrow y Antonio tuvieron que esperar a una comitiva del correo para hacer el camino con mayor seguridad, y asi nos cuenta: «al romper el dia me encontré en medio de una procesión de doscientas o trescientas personas, algunas a pie, la mayoria montadas en mulas o yeguas, y no ví un solo caballo, fuera del mio y del de Antonio. La escolta se relevaba cada dos o tres leguas en los pueblos donde habia tropas destacadas y de esta forma llegaron a Lugo a las dos de la tarde, agobiado Borrow por la falta de sueño y por su enfermedad no bien curada. Se alojaron en una posada en las afueras de la ciudad y a poco de llegar una lluvia torrencial, a estilo de Galicia, que duró dos dias seguidos, le tuvo en cama casi dormitando todo el tiempo; sólo al tercer dia pudo medio levantarse.

Encontró en Lugo a un librero rico, que de buena gana se encargó de la venta de los libros, y llegó a vender treinta ejemplares en un solo dia; el obispo de la ciudad compró dos para si y lo mismo hicieron otros curas y frailes. Borrow lamentó no tener más ejemplares a mano, pues, sin duda, los habría vendido tambien.

La familia andaluza del recaudador de contribuciones de Granada estaba sumamente inquieta por el clima. El criado exclamaba: «¡Ay Dios mio! A bonita tierra hemos venido a parar», mientras que las señoritas, espantadas, se quejaban de que «no cesaba de llover y no se puede salir a la calle sin meterse en el fango hasta el tobillo».

Aprovechando otra escolta, Borrow y Antonio se levantaron temprano para proseguir viaje hasta La Coruña, pero, inquieto, Borrow explica: «Cansado de la marcha lenta del correo, resolví adelantarme arrostrando el peligro; cometí con éso una imprudencia no pequeña, pues estuve a punto de caer en manos de ladrones. De súbito, dos individuos se me plantaron delante, apuntándome con sus escopetas y las hubieran descargado sobre mi, probablemente, si no se llegan a asustar al oir el ruido del caballo de Antonio, que me seguía a corta distancia. El suceso ocurrió en el puente de Castellanos, lugar famoso por los robos y muertes que en él se hacian, y muy a propósito para tales empresas porque está en el fondo de un profundo barranco, rodeado de agrestes y desoladas montañas. Un cuarto de hora antes tan sólo, habia pasado yo junto a tres horribles cabezas clavadas en sendos palos al borde del camino; eran las de un capitán de ladrones y dos complices suyos, apresados y ejecutados dos meses antes. Su principal guarida eran las inmediaciones del puente; tenían por costumbre arrojar los cuerpos de sus victimas a las profundas y negras aguas que corrian impetuosa-

mente por debajo. Aquellas tres cabezas no se borrarán jamás de mi memoria, particularmente la del capitán, puesta en un palo, más alta que las otras...».

En Betanzos, el caballo de Borrow, tal vez por beber en el riachuelo con ansia, antes de su entrada en el pueblo, comenzó a caminar con la cabeza caida y pronto le acometió una tos bronca y un temblor que no pudieron eliminar el cuartillo de aguardiente anisado ni las friegas de los dos hombres. Fué preciso hacerle una sangria y, como se negara a hacerlo el veterinario, Borrow lo hizo delante de él, con tal maestria que el veterinario exclamó: «¡Carracho, qué diablo de brujo!».

Con una sangria, el caballo se encontró a los dos dias en condiciones de andar y los viajeros llegaron a La Coruña, en plena animación y bullicio porque en el puerto se encontraba la escuadra inglesa. En aquella ciudad encontró Borrow un repuesto de quinientos Testamentos para abastecer las principales ciudades gallegas. Tan pronto como se presentó en la ciudad, mandó poner los anuncios de rigor y los libros fueron vendiéndose a razón de siete u ocho diarios.

Es verdad que, contemplado a través del prisma de la época actual, pareceran ridículas las cantidades que el Agente de la Sociedad Biblica lograba vender de Nuevos Testamentos, pero es preciso entender, como estamos deduciendo, las dificultades de la época, la ignorancia casi absoluta de aquellas gentes respecto de la Palabra de Dios y de la doctrina verdadera, y la baja moral del pueblo producida por las luchas fratricidas. Como bien dice Borrow «hasta muy pocos meses antes de la fecha a que me refiero, la existencia misma del Evangelio era casi desconocida en España y necesariamente habia de ser empeño dificil inducir a los españoles, gente que lee muy poco, a comprar una obra como el Nuevo Testamento, de primordial importancia para la salud del alma...».

A Santiago de Compostela marchó tambien Borrow en compañia del correo, escoltado por fuerte patrulla, a causa de los muchisimos bandidos que infestaban aquelas regiones, y en aquella ciudad encontró a uno de los mejores colaboradores en la persona de Rey Romero, librero inteligente que logró colocar muchos ejemplares.

Tambien encontró allí al famoso Benedicto Mol, que le hablaba en aleman y que habia ido a desenterrar un tesoro, llegado a pie desde Madrid, luego de hacer de jabonero en Toro y de pedir limosna en otros lugares. A él se refiere más tarde Rey Romero en una de sus cartas.

Desde Santiago de Compostela, Borrow escribió una larga carta a Mr. Brandram, haciendo una pompa enfática de la Catedral y hablando de las leyendas y de las obras de arte, pidiéndole, de paso, una gramática turca ¡para poder aprender mejor el vasco!

Pasados quince dias en Santiago, prosiguió su viaje hasta Vigo, a caballo igualmente, y se detuvo en Pontevedra, donde se registra una interesante conversación con el notario señor García, que de buen grado se encargó de la venta de los Testamentos. En el mismo despacho vendió dos ejemplares «en un abrir y cerrar de ojos a un cliente que le esperaba en el despacho». En Vigo no pudo Borrow hacer gran cosa, en el trabajo que se habia propuesto, y relata que encontró al judio de Berberia que deseaba marchar a Inglaterra para ser más considerado que en España. Tambien fué allí donde, queriendo contemplar la ciudad desde lo alto del monte, estuvo

a punto de ser fusilado por los soldados. Nuevamente, tomó el camino de Santiago.

En su visita a Finisterre relata nuestro viajero una interesante historia con motivo de su detención y la conversación con el Alcalde, después de habersele tomado, no ya por carlista, sino por el mismísimo Don Carlos en persona. El Alcalde no habia oido hablar del Nueno Testamento y Borrow le explica abiertamente «uno de los motivos principales de mi visita a Finisterre era llevar este libro a un sitio tan inculto». Y allí dejó el Testamento, como recuerdo «del inglés a quien habia protegido con tanta eficacia».

En Santiago vendió Borrow su buen caballo andaluz y luego prosiguió su viaje a La Coruña, comenzando los preparativos para su viaje a Asturias. Primeramente fué al Ferrol, atravesando la bahía, en tanto que Antonio hacía el viaje por tierra con el único caballo que les quedaba. Entre otras cosas respecto de la decadencia de aquella ciudad, contaba en su libro que «la mitad de los habitantes del Ferrol pide limosna, y dícese que no es raro encontrar entre ellos a oficiales de marina retirados». Allí ajustaron un guía que les llevase a Ribadeo y tambien alquilaron una jaca para Borrow.

El camino, uno de los más dificiles quizás, obligó a recurrir a otro guía más experimentado, con las consiguientes peripecias y dificultades que se encuentran en la narración. Asi llegaron hasta la ciudad de Oviedo, que los carlistas amenazaban atacar, y en aquella ciudad de Oviedo fué donde Borrow tuvo una de las visitas misteriosas que caracterizan su vida extraordinaria, en la antigua posada que en otro tiempo fué palacio de los Condes de Santa Cruz:

«Eran más de las diez y llovia a mares. De pronto, conforme estaba yo escribiendo, me detuve al oir ruido de numerosas pisadas en la crujiente escalera que conducia a mi cuarto. La puerta se abrió de súbito y entraron nueve hombres de elevada estatura, al mando de un personaje pequeño y chepudo. Todos iban embozados en amplias capas españolas, pero al instante conocí en su porte que eran caballeros. Colocaronse en fila delante de la mesa en que yo escribía. De repente, se desembozaron todos a un tiempo y vi que cada uno llevaba un libro en la mano, libro que yo conocía muy bien. Después de una pausa que no fuí capaz de romper, porque estaba atónito de asombro y casi me imaginaba que tenía delante una aparición, el chepudo avanzó un poco y con voz suave y argentina dijo: Señor caballero, ¿ha sido usted quien ha traido este libro a las Asturias?. Me figuré que aquellos señores eran las autoridades civiles de la población, que veníam a arrestarme y poniéndome en pie, repuse: Sí, por cierto; yo he sido y es una gloria para mi haberlo hecho. El libro es el Nuevo Testamento de Dios; quisiera poder traer un millón».

— Y yo tambien lo deseo de corazón — dijo el hombrecillo con un suspiro — No tema usted nada, señor caballero; estos señores son amigos mios. Acabamos de comprar estos libros en la tienda donde usted los ha entregado para su venta, y nos hemos tomado la libertad de visitarle para darle las gracias por el tesoro que nos ha traido. Espero que podrá proveernos también del Viejo Testamento».

Después de aquella experiencia, y acompañado tambien por un guía, que resultó ser un ladrón, Borrow prosiguió su viaje, rumbo a Santander, haciendo noche en

Villaviciosa, Ribadesella, etc. Llegado a la ciudad, encontró Borrow una concurrencia muy variada de extranjeros y pensó que, mientras La Coruña y Cadiz decaían, Santander se enriquecía. Allí, en el propio comedor en que se encontraba, oyó hablar en voz alta al mismo Flinter, el irlandés, escapado de las garras de don Carlos, diciendo que marchaba a Madrid para pedir al Gobierno el mando de veinte mil hombres. A pesar de su fanfarroneria, consiguió más tarde el mando de una pequeña división, siendo posteriormente mal entendido por el primer ministro Ofalia.

Una contrariedad experimentó Borrow en la ciudad, y grande, pues se trataba de la pérdida probable de doscientos Testamentos que no habian llegado a Santander, según sus planes, y suponía que los carlistas se habrian apoderado de ellos. Consecuentemente, y considerando que tardaría más de un mes en recibir algún envío desde Londres, teniendo en cuenta, por otra parte, que su estado de salud se agravaba, afligido por «una disenteria terrible, complicada últimamente con una oftalmia», se decidió a regresar a Madrid, empresa no fácil, a causa de las partidas de don Carlos que merodeaban por la región. Pero añade Borrow: «sin embargo, determiné confiar, como siempre, en el Todopoderoso y afrontar el peligro. Compré un caballejo y en compañía de Antonio me puse en camino».

En aquel viaje de trescientas millas, pasó por el fuego, se libró de robos, muertes y otras atrocidades, todo lo cual le aumentaba su confianza en el Salvador que nunca abandona a los suyos, al tiempo que el fatalista Antonio entendía que Borrow no habia sido fusilado, ni arrojado como pasto de buitres y de lobos «porque no estaba escrito».

A su llegada a Madrid, el dia 31 de Octubre, Borrow comprobó que los paquetes de Nuevos Testamentos habian sido enviados a Santander el dia 26 de Octubre y que el mismo Señor Borrego le habia escrito una carta el dia veintiocho.

CAPÍTULO X

DEPOSITO BIBLICO EN MADRID

La capital habia llevado una vida muy agitada durante la ausencia de Borrow, pues los ejércitos carlistas se habian acercado hasta sus puertas y la habian tenido durante un tiempo bajo la amenaza de un ataque repentino, mientras que el Gobierno liberal instaurado por la Revolución de la Granja daba lugar, con motivo de intrigas favorecidas por la Regente, a un Gobierno «moderado», compuesto de nuevos hombres, desconocidos de Borrow, y muy desosos de llegar a un entendimiento con Roma y estabelecer el absolutismo en España.

Por esa razón, dice él en su libro: «Encontré nuestros asuntos en Madrid en situación nada prospera: en las librerias se habian vendido pocos ejemplares; ¿qué otra cosa podía esperarse racionalmente en unos tiempos como los que acababa de pasar?... los nuevos ministros eran personas a quienes yo no conocía y sobre quienes mis antiguos amigos Isturiz y Galiano tenían poca o ninguna influencia... ese partido se mantuvo en el poder durante lo restante de mi residencia en España y me persiguió, menos por odio y maldad que por política».

A pesar de todo ello, Borrow dió un paso decidido: abrió una tienda para vender los libros en la calle del Principe, inmediata a la Plaza de Cervantes, instaló lo necesario y puso al frente de ella a un inteligente gallego llamado Pepe Calzado, que llevaba bien las cuentas.

El rótulo, en grandes letras amarillas, que colocó fué este: «Despacho de la Sociedad Biblica Británica y Extranjera».

Cansado de buenas palabras y de vanas y contradictorias formulas, acudió al Embajador británico, que le recomendó paciencia y prudencia en ambiente tan hostil. Un cura publicó el cinco de Noviembre un violento ataque contra la Sociedad y entonces Borrow hizo aparecer en «El Español» una carta pública, toda ella «llena de Biblia», dejando al desnudo la ignorancia y el error del cura.

Como frecuentemente recibía pedidos de Biblias, desde varios lugares, se decidió a pedir que le enviaran quinientas desde Londres y con tal motivo escribió a Mr. Brandram. Después, dejando la tienda al cuidado del empleado gallego, marchó a Toledo, a caballo, seguido de Antonio, llevando por delante a un arriero con un cargamento de cien Testamentos. Afortunadamente, a pesar de que allí abundan los canónigos, curas y frailes en todo tiempo, encontró a un valiente que quiso distribuirlos, aunque incurriese «en el odio del clero».

Era natural que, habiendo gitanos allá, después de contemplar los cuadros del Greco y de visitar la Fabrica de Armas, se relacionara con ellos, mas lo notable fué que tambien se introdujo entre los judios y Richard Ford atribuye a Jorge Borrow, en su «Handbook for travellers in Spain», el honor de haber descubierto que habia judios en España. Se sabe que los Reyes Católicos les expulsaron en 1492 y por el año 1837 se dijo que no habia ninguno en España.

De regreso en Madrid, el Agente comprobó que habria dificultades para la difusión del Nuevo Testamento y en vista de ello, para llamar la atención del público, imprimió tres mil carteles en papel amarillo, azul y rojo,

haciéndolos pegar en las esquinas de las calles, al propio tiempo que insertaba en los periódicos información respecto de la tienda, pero... «al cabo de un mes de estar abierta la tienda, sólo se habia vendido un centenar de ejemplares».

El dia último del año 1837, el criado Antonio se despidió de él y a los pocos dias del año 1838 Borrow recibió en su lugar «a cierto cantabro o vasco, natural de Hernani, en Guipuzcoa, que me habian recomendado mucho». No cesaba nuestro Agente de trabajar, a pesar de la poca venta, pues en aquellos dias, según afirma en su «Zincali», habia acabado de traducir al caló el Evangelio y «la mayor parte del Nuevo Testamento». Al propio tiempo, emprendió la traducción del Evangelio de Lucas al vascuence, lengua sobre la que él se extiende en consideraciones en su libro «La Biblia en España». Dicho Evangelio, vertido por un médico vasco, llamado Oteiz, fué publicado por Borrow en Madrid.

Borrow era ya muy popular en la capital de España, pues sus «aventuras» eran conocidas por doquier y, al verle pasar en su caballo fogoso, alto y de cabellos blancos, a pesar de su aspecto juvenil, la gente exclamaba: «¡Ahí va don Jorgito, el inglés!». Contrariamente a esta simpatía popular, los oscurantistas y fanáticos decían que el demonio estaba en él y que por esa razón habia llegado a estudiar la lengua de los gitanos y a hablarla, cosa que a nadie se le habia ocurrido jamás, considerándola «lengua maldita».

El 12 de Enero de 1838 el Gobierno Civil de Madrid, que le habia pedido dos ejemplares de su Nuevo Testamento para someterlos a la autoridad eclesiastica, le prohibió oficialmente la venta. A decir verdad, él pagaba las imprudencias de un tal Graydon. La Sociedad

Wesleyana tenía un misionero en Gibraltar, el pastor Rule, que llevaba a cabo una campaña religiosa en Cadiz, con cierta queja de la Jerarquía católica, y el teniente de Marina Graydon, al desembarcar en Gibraltar en 1835, se puso en contacto con él. Movido por un celo evangelistico y siendo hombre rico, pidió ayuda a la Sociedad Biblica de Londres, pues no dependía de nadie, y se puso a imprimir Biblias y Testamentos en Barcelona, no sólo en español, sino tambien en lengua catalana, y de esos libros distribuyó gran cantidad a lo largo de la costa levantina.

Se dice que distribuyó más de cinco mil libros en el año 1837 y, desoyendo los consejos de prudencia de Sir George Villiers, el Embajador, se metió en el campo de la controversia politico-religiosa y distribuyó y fijó tratados, panfletos, anuncios, etc. por Valencia, Murcia, Málaga y otras localidades, en contra del Gobierno vigente, del clero español y de sus doctrinas. Como quiera que él decía que estaba vinculado a la Sociedad Biblica y a Borrow, aquello suscitó dificultades al trabajo que hacia Borrow desde Madrid. Los curas de Málaga mandaron al Gobierno de Madrid folletos de los distribuidos por Graydon y tomaron a Borrow por cómplice suyo.

Naturalmente, Borrow se quejó al Embajador y tambien a Londres, pero ésto no impidió que las autoridades españolas le detuviesen, aunque no mandaron cerrar la tienda. El Conde Ofalia, no obstante, sintió deseos de conocer el Evangelio en caló y Borrow le entregó un ejemplar, especialmente encuadernado, y otro del Evangelio en vasco.

Otra cosa que molestó a Borrow en aquellos momentos fué el que Graydon le enviase a un cura que se habia convertido, por mediación de Rule, y Borrow que no

quería empañar su historia de Agente biblico, sin otras complicaciones, escribió enfadado a Londres, pidiéndo que desautorizasen a Graydon, al objeto de que no le pusiese a él en situaciones dificiles.

El Jefe político, don Francisco Gamboa, ordenó con fecha 14 de Enero de 1838, el secuestro de todos los ejemplares del Evangelio en lengua gitana, pues el clero decía: «¡Esto es una brujería!... Va a convertir a toda España, valiéndose del lenguaje gitano». En la Jefatura política se repartieron entre sí los ejemplares del Evangelio en caló, vendiéndolos después casi todos a buen precio porque el libro era muy buscado, según cuenta Borrow, y de esta manera, sin quererlo, aquellos hombres se convirtieron en agentes de una Sociedad que pensaban herética. Ahora bien, «como nadie se preocupaba del Evangelio en sí, el libro en vascuence fué guardado sin tropiezo, con otras capturas invendibles, en los almacenes de la Jefatura».

A pesar de aquella situación, decía Borrow que «todos los dias se presentaban en la tienda algunos ganchos de la Policia, bajo disfraces diferentes, preguntándo con gran interés por los «libros gitanos» y ofreciendo pagar los ejemplares a buen precio. Pero se iban con las manos vacías. Mi gallego estaba sobre aviso y a todo el que preguntaba le decía que, por el momento, no se vendían libros de ninguna clase en el establecimiento. Y asi era la verdad pues le habia dado órden de no vender más, bajo ningún pretexto».

Siendo Jorge Borrow un «huesped de pago», tenía en la cárcel una habitación amplia, que amuebló a su gusto, y la misma tarde de su arresto, mientras cenaba tranquilamente junto al fuego, recibió la visita del Secretario de la Embajada inglesa, Mr. Sothern, pues Sir George

Villiers habia sido enterado por el vasco Francisco de lo que habia acontecido y lo primero que hizo fué presentar su queja e indignación al Gobierno español por semejante atropello. Borrow, sin embargo, se negó ya a salir de la prisión, si no se hacia una reparación en regla, cosa que aprobó el Embajador, según la carta que transcribimos:

«Sr. Don Jorge Borrow: Mi querido Señor: En este momento voy a ver al Conde Ofalia y le comunicaré a usted el resultado de la visita. Pienso que tiene usted razón, a juzgar por los motivos que expone, para no salir apresuradamente de la cárcel, ya que las autoridades se han aventurado a meterle en semejante sitio. Le suplico me comunique si hay algo que pueda hacer entretanto por usted, o enviarle alguna cosa para hacer su situación más llevadera. Le mando mis saludos afectuosos. George Villiers».

Pero en aquellos mismos momentos el «terrible» Graydon desembarcaba en Málaga, a pesar del consejo del Rev, Brandram, de la Sociedad de Londres, inspirado por Borrow. Graydon publicó en Málaga sueltos en los periódicos, llamando la atención del pueblo sobre el carácter abominable de la Iglesia Católica y sobre la necesidad de estar listos espiritualmente para la vuelta de Cristo. La inmediata fué que en pocas horas le quitaron las doscientas Biblias que tenía en su poder y los enemigos de la Sociedad Biblica gritaron con objeto de complicar a Borrow y a la Sociedad de Londres en las actividades del otro. Incluso el Conde Ofalia mandó una nota quejándose al Embajador británico y éste repuso que sentía la conducta desconsiderada de Graydon, que nada tenía que ver con Borrow ni con el prestigio de la Sociedad Biblica.

A petición de Borrow, se le permitió recibir en su habitación a algunos de los notables bandidos allí encerrados y tambien a varios gitanos, llegando a ser muy célebre entre ellos. El Professor Walter Starkie, que estuvo en Madrid hace poco de Director del Instituto Británico, dice que Borrow era todavia recordado por los gitanos más viejos.

Por último, Inglaterra y Borrow obtuvieron la reparación el dia 11 de Mayo, cuando el Conde Ofalia escribió al Embajador británico, anunciándole que «las autoridades judiciales habian aprobado el poner en libertad al Sr. Borrow, declarándo que su honor quedaba a salvo y que el agente de policia habia sido suspendido durante cuatro meses, pagándose, además, los gastos de la prisión del Sr. Borrow». El periódico «The Times» de Londres publicó la reparación y tambien el «Preussische Staats--Zeitung».

El Arzobispo de Toledo, por su parte, escribió tambien al Embajador inglés, pareciéndo prometer la colaboración del Gobierno y del clero. La cosa habia cambiado y parecía ya como si la acción de la Policia hubiese sido cosa de un particular, de aquel que dijo: «Vengo de parte de Su Excelencia el Jefe Politico de Madrid, y mi objeto es decirle a usted que Su Excelencia conoce perfectamente sus manejos y cuando quiera puede demostrar que sigue usted vendiendo en secreto los malditos libros cuya venta se le ha prohibido a usted».

En Madrid, que entonces era «un pueblo», pronto se sabian las cosas y asi resulta curioso oir lo que Maria Diaz, la notable mujer de la Pensión de Borrow, le repetía a éste cuando fué a visitarle: «Ese individuo es un bribón. Se ha hecho amigo de los presos y le han enseñado su lengua... En cuanto le pongan en libertad publi-

cará un Evangelio para que lo lean los ladrones y será mucho más peligroso que el Evangelio en gitano porque los gitanos son pocos, pero los ladrones... ¡Ay de nosotros, todos vamos a ser luteranizados!... hay que mandarle al quinto infierno y allí tendrá tiempo de traducir sus fatales Evangelios al lenguaje de los demonios».

Preciso es reconocer que la gente de aquellos dias era ignorante y que los que instigaban y soliviantaban eran otros. Por ello Borrow escribió: «Durante mi permanencia en España, la oposición más recia que encontré fué la del clero; por instigación suya el Gobierno adoptaba las medidas convenientes para impedir la amplia difusión del Libro sagrado por el pais».

Tan pronto salió de la cárcel, el dia 11 de Mayo de 1838, Jorge Borrow escribió una carta, hablando de la miseria de la cárcel, allí donde su criado le habia tenido que llevar ropa limpia, pues «estaba lleno de piojos», añadiendo a poco: «mucha gente vino a verme, entre ellos el General Quiroga, Gobernador Militar de Madrid, que me aseguró que estaba a mi servicio. Los gitanos tambien vinieron, pero no les dejaban entrar».

Inmediatamente se enteró por el Embajador que Graydon habia tenido gran parte de la culpa en este asunto, con su imprudente actitud, y entonces Borrow mandó una agria carta a Londres, pidiendo que desautorizasen definitivamente a aquel que «hasta el momento actual ha sido el genio malo de la causa biblica en España y de mi mismo... yo debo mucho a la Sociedad Biblica y la Sociedad no me debe nada... por tanto, aunque yo sea consciente de mi inutilidad, se me debe permitir el declarar que no puedo consentir el sentirme unido a un hombre como Graydon y que si la Sociedad espera semejante cosa, debo tener la libertad para retirarme, aunque sea a los desiertos de Tartaria, o a los campos de zíngaros de Siberia».

Al propio tiempo, ni corto ni perezoso, Borrow publicó una nota en el «Correo Nacional», firmada por él y declarándose único representante de la Sociedad Biblica Británica y Extranjera en España. Aquello fué recogido por la «Gaceta Oficial» y tomado como causa para atacar a la Reforma y desmenuzar «los libelos de Graydon». Encontrábase, pues, Borrow ante dos dificultades: la prohibición de Ofalia, que persistia, y la propaganda nociva de Graydon, que empañaba la labor de la Sociedad que «es contraria a los ataques contra las autoridades civiles o eclesiásticas de España».

En una reunión del Comité de la Sociedad Biblica Británica y Extranjera, celebrada en Londres el 28 de Mayo de 1838, se resuelve pedir al Sr. Graydon que regrese a Inglaterra para beneficio de todos.

Creyó Borrow que, retirado Graydon, las nubes de Madrid sobre la confiscación de los Nuevos Testamentos pasaría, y entretanto se fué a distribuir los que tenía a otros lugares. Primeramente, visitó regiones al norte del Tajo, La Sagra, Bargas, Villaseca, Mocejón, Cobeja, Villaluenga y Yuncler, en el mes de Julio, y en Agosto partió para la Mancha, sin poder pasar más allá de Ocaña. Luego saltó por el Puerto de Navacerrada a San Ildefonso y Segovia, y doblando por el camino de Valladolid, visitó Abades, Lavajos, Arévalo, Martin Muñoz y Veláyos. Poco después recibió órden de regresar a Londres.

Su regreso a Inglaterra se debió a que las cartas que Borrow enviaba últimamente a la Sociedad eran de

tono tal vez agrio y pretencioso. He aquí el original de la llamada:

«En reunión celebrada por el Subcomité, en Londres, fecha 6 de Agosto de 1838, estando en la presidencia Mr. P. J. Heisch, y leidas las cartas cruzadas entre Mr. George Borrow, desde Vilaseca de la Sagra, fechas 14 y 17 de Julio, y las de Madrid, de fecha 23 de Julio, y el Rev. A. Brandram, desde Londres, con fecha 27 de Junio y 3, 7, 28 y 30 de Julio, se RESUELVE recomendar al Comité General que llame al Sr. Borrow a Londres, sin pérdida de tiempo.

Leida y confirmada en la reunión del Comité General, celebrada en Londres el 6 de Agosto de 1838. El Muy Honorable Lord Bexley, presidente».

Este último recorrido, que puede seguirse con deleite en «La Biblia en España», destaca alguna de sus aventuras, en compañía de Antonio y del buen colportor López. En Bargas, a una legua de Vilaseca, ocho hombres compraron cada uno un ejemplar del Nuevo Testamento en una taberna y el maestro de escuela adquirió los restantes para los pequeñuelos, mientras que «muchas otras personas deseaban tambien comprar Testamentos, pero López no pudo suministrarselos», y una noche, mientras Borrow bañaba al caballo en el Tajo y él mismo se encontraba dentro de las aguas del rio, un grupo de personas le gritó desde la orilla: «Sal del agua, inglés, y danos libros; traemos el dinero en la mano».

Contaba Borrow que, a veces, la pobre gente no tenía dinero y que, deseando poseer un Testamento, le ofrecían como pago conejos, fruta y cebada. En Vilaseca, un maestro inteligente que se quejaba de que el Gobierno no facilitase buenos libros a los chicos, lamentaba el no poder comprar el Testamento, pensando, al ver la buena presentación, que sería muy caro, pero cuando Borrow le dijo que, teniendo en cuenta la pobreza del pais y la falta de instrucción, estaba dispuesto a dejarle cada libro por «tres reales», el maestro exclamó: «¡Bendito sea Dios!» y compró, al instante, doce ejemplares.

Para facilitarle su trabajo por los alreredores, «un labriego iba y venia constantemente entre Vilaseca y Madrid, llevando cargas de Testamentos en un borrico». En Aranjuez, Borrow y López visitaron durante los tres dias de su estancia casa por casa, encontrando miseria e ignorancia en todo el pueblo. Sin embargo, tuvo la satisfacción de ver «debajo de los poderosos cedros y gigantes álamos y plátanos que forman sus hermosos bosques grupos de individuos oyendo leer en alta voz el Nuevo Testamento». Allí logró dejar unos ochenta libros.

Un caso curioso fué el de Ocaña. Cuando entraba en el pueblo, se le plantó un hombre delante, que dijo haberle estado esperando varias horas para comunicarle una noticia, añadiendo que él era judio y que sus hermanos judios le habian encargado que le esperara. Dijo: «El corregidor de Toledo, en quien toda maldad tiene cabida, por agradar a los sacerdotes de Maria, a quienes escupo al rostro, ha ordenado a los alcaldes, escribanos, corchetes, de estas partes que le echen a usted mano dondequiera que se encuentre y le manden a Toledo con sus libros y con cuanto le pertenezca. A su criado le prendieron esta mañana en la parte alta del pueblo, cuando iba vendiendo libros por la calle y ahora le esperan a usted en la posada...».

Borrow acaba su triste incidente diciendo: «pena me da decir que en Ocaña secuestraron doscientos Nuevos Testamentos y, sellados, los enviaron a Toledo. López me contó que los hubiera vendido todos en dos horas... Así y todo vendió veintisiete en menos de diez minutos».

A La Granja llegó Jorge Borrow sencillamente porque se equivocó de camino, pero no perdió el tiempo y en Abades, a unas tres leguas de Segovia, encontró a López con dos campesinos que habia contratado para que les ayudasen en la venta de los libros. Dos de los tres curas del pueblo se lo estorbaron con horrendas maldiciones, amenazando a López con la muerte eterna si los vendía, pero «el tercer cura, sin embargo, se esforzó cuanto pudo en persuadir al pueblo a que adquiriesen el Nuevo Testamento, diciendo que sus colegas eran unos hipócritas, unos malos pastores que, por mantenerlos en la ignorancia de la Palabra y de la voluntad de Cristo, los conducían al infierno. Oidas estas noticias, me encaminé a la Plaza y en la misma noche logré vender más de treinta ejemplares».

Por aquellas regiones, en los pueblos enclavados en un radio de siete leguas en torno a Abades, logró vender de quinientos a seiscientos libros de Nuestro Señor Jesuscristo y ya de regreso a Madrid, presenció los horrores llevados a cabo por el carlista Balmaseda, el saqueo de Arévalo, la toma de Martin Muñoz, ciertas escenas de horror, etc.

Borrow marchó a Londres, esta vez por los Pirineos y Francia, quedando un par de semanas en Paris, y tal vez podamos ver en este viaje no la consecuencia de que «le recomendasen cambiar de aires» por causa de

la fiebre que le acometía, como se ve en «La Biblia en España», sino que, como dicen otros, aunque estaba dispuesto a entenderse con todo el mundo y a colaborar con todos, «no quería ser corregido». Por aquellos dias se autorizó a todas las Bibliotecas públicas de España a comprar dos ejemplares de sus traducciones en vasco y en caló del Evangelio según San Lucas.

CAPÍTULO XI

TERCER VIAJE A ESPAÑA

Esperando la decisión de la Sociedad Biblica, nuestro buen Borrow se mantuvo en casa de su madre y cerca de la señora Clarke; en aquellas vacaciones se dedicó a estudiar los dos últimos libros de Dickens «Oliver Twist» y «Nicholas Nickleby», que le entusiasmaron, más el primero que el segundo, y asi transcurrieron tres o cuatro meses.

Por fin, arregladas sus diferencias con la Sociedad, el Comité decidió que abandonase Inglaterra y marchara de nuevo a España. Sin embargo, además de distribuir el Nuevo Testamento, Borrow se propuso completar y ordenar sus observaciones y estudios sobre los gitanos de España, que eran numerosos, especialmente en Andalucia, en Sevilla, al objeto de escribir un libro.

Salió de su casa el dia 21 de Diciembre a las ocho de la mañana, en un vehículo hacia Falmouth y allí embarcó el dia veintitrés con dirección a Lisboa y Cadiz. El barco que tomó fué el «Thames», que despegó de los muelles de Londres el dia veinte y le recogió en Falmouth el veintidos. A Lisboa llegaron el veintinueve y a Cadiz el treinta y uno, de acuerdo con los datos de la casa Lloyd.

Borrow escribe: «Estuve en Cadiz un par de dias y fuí a Sevilla, desde donde pensaba trasladarme a Madrid por la posta». En realidad, permaneció en Sevilla

durante quince dias, según relata Knapp, porque «su principal interés era por entonces reunir material para su primera obra original «Los gitanos de España». En Sevilla, el librero le dijo que de los cien ejemplares del Nuevo Testamento que tenía, el Gobirno le habia embargado setenta y siete el verano anterior y que los tenía el gobernador eclesiastico, razón por la que Borrow se decidió a ver a dicho sacerdote. La estupidez de aquel hombre puede descubrirse en «La Biblia en España».

Camino de Madrid, le encontramos detenido cuatro horas en Manzanares, donde aparece la ciega, que el llamaría luego «la profetisa manchega», hablando en perfecto latin. Cuatro dias más tarde llegaba, sin novedad, a Madrid, aunque el correo que venía detrás del suyo fué robado. Borrow escribió que sólo dos personas conocían en Madrid que habia llegado a España e inmediatamente se unió a él su célebre criado griego, Antonio.

Lo primero que hizo al llegar a la capital fué escribir a López el de Vilaseca, a ver si estaba dispuesto a continuar aquella labor, pero éste, debido a encontrarse ocupado en la labranza, le envió, en su lugar, a un pariente lejano, llamado Victoriano López de bastantes años de edad. Copiamos de su obra clásica:

«Un triunfo considerable coronó mis débiles esfuerzos en pro de la buena causa, por lo que ahora, transcurridos algunos años, al volver la vista atrás, doy gracias al Omnipotente. En menos de una quincena recorrimos todos los pueblos que hay dentro de un radio de cuatro leguas al Este de Madrid, y vendimos cerca de doscientos Testamentos... el primer pueblo en que intenté alguna cosa fué Cobeña, a tres leguas de Madrid. Iba yo vestido como los campesinos de las cercanias de

Segovia, en Castilla la Vieja, a saber en la cabeza una especie de capacete de piel o montera, y el chaquetón y los calzones del mismo material. Esto me daba el aspecto de un hombre entre los sesenta y los setenta años; delante de mi llevaba un borrico, con un saco lleno de Testamentos, atravesado en el lomo. En las afueras del pueblo encontré a una mujer jóven, de muy gentil parecer que llevaba a un niño de la mano. A punto de cruzarme con ella, dirigiéndole la habitual salutación de «¡Vaya usted con Dios!», la mujer se detuvo y, tras mirarme un momento, dijo: «Tio, ¿qué lleva usted en el borrico? ¿Es jabón?», a lo que yo repliqué: «Sí, jabón para limpiar las almas». Me preguntó qué daba a entender con éso y le dije que llevaba para vender libros muy buenos y baratos»... La historia terminó con que el hijo de la mujer le compró un libro por tres reales en monedas de cobre.

Allí en Cobeña, como quiera que el cura alabó los libros, la gente toda quiso comprar y corrió a buscar dinero a sus casas, «de modo que se vendieron de veinte a treinta ejemplares casi en un instante». Se hace resaltar el hecho, que el mismo Borrow ratifica en sus excursiones, de que la influencia de los curas lleva a las gentes en una u otra dirección, como ha pasado en tantisimas ocasiones con los otros colportores que sucedieron a Borrow en España desde entonces.

Borrow añade que prosiguieron la tarea de repartir Escrituras hasta mediados de Marzo cuando se decidió a marchar a Talavera, siendo acompañado de Antonio y de Victoriano, pero ya entonces, alarmado por la campaña que hiciera al otro lado de Madrid, el clero consiguió del Gobierno que éste mandase órden a los Alcaldes de todos los pueblos de Castilla la Nueva para que

confiscasen los Nuevos Testamentos, acompañando la órden de una reseña sobre la persona de Jorge Borrow, al objeto de que las autoridades civiles y militares tuviesen buen cuidado con «sus mañas y maquinaciones».

Y fué entonces cuando Borrow tuvo una idea luminosa. Escogió a ocho personas inteligentes para que colaborasen con él y todos ellos, provistos de Testamentos, se dedicaron por los distintos barrios de Madrid a repartir los libros, y de este modo, en las calles y avenidas de la capital, se vendieron en menos de quince dias seiscientos libros. Antonio, el griego, se dedicó a la calle de la Montera, donde residian los principales comerciantes y tenderos y allí colocó buena cantidad de ellos. Borrow tuvo que utilizar una partida de Biblias que le habian mandado, en rama, hacia un año, pues decía que «la demanda de Escrituras completas era grande; tanto que no podiamos dar abasto y los libros se vendían más de prisa de lo que tardaban en encuadernarse. Muchas de esas Biblias fueron a parar a las mejores casas de Madrid. El marqués de ... tenía una familia numerosa, pero todos sus individuos, jóvenes y viejos, poseían una Biblia o un Testamento, por recomendación del mismo capellán de la casa, cosa, por cierto, rara».

Lo más interesante fué el excelente ayudante que tuvo Borrow en la persona de un eclesiástico, que salía cada dia a la calle con un Nuevo Testamento para venderlo a alguien y, como era un hombre rico, compró varios ejemplares para mandarlos como regalo a Navarra, de donde era oriundo. Entretanto, Borrow tuvo la desagradable visita nocturna de aquel «duende» que venía de parte del Corregidor con quien, a la mañana siguiente, el Agente de la Sociedad sostuvo la interesante conversación que hizo cambiar al hombre, pues

desde las iniciales palabras de: «Pero ¡qué infamia, qué picardía! Venir a España a cambiar la religión del pais», pasó a estas otras: «deseo decirle que, en mi opinión particular, es sumamente recomendable en todos los paises la tolerancia religiosa plena y dejar que cada sistema religioso perezca o se sostenga según sus proprios méritos».

Después nos sorprende Borrow, contándonos que, incluso en las iglesias de San Ginés y Santa Cruz, llegaron los curas a explicar regularmente el Evangelio los domingos por la tarde a una veintena de chicos, provistos de sendos ejemplares de la edición hecha por la Sociedad Biblica Británica y Extranjera en 1837, y añade: «creo modestamente que este sólo hecho pagaba con creces todas las expensas causadas a la Sociedad por su empeño de introducir el Evangelio en España».

Habia ya agotado Borrow una edición copiosa del Nuevo Testamento en el mismo centro de España, a pesar de todos los ataques e incomprensiones, y habia colocado ya tantos libros en Madrid a mediados de Abril que, temiendo saturar el mercado y para no desacreditar el libro, se dispuso a marchar a Sevilla, llevando consigo los ejemplares que le quedaban, pero los caminos estaban peligrosísimos y por ello decidió incorporarse a un convoy. La última vez que habia pasado el correo, seis ladrones a caballo atacaron en un desfiladero y fusilaron a los soldados, después de haber pegado fuego al coche; las cartas tambien fueron quemadas, empleando la mecha de encender los cigarrillos.

Al parar en Manzanares, salió de nuevo a su encuentro la «profetisa», pues algunos la llevaron de la mano al reconocer a «don Jorgito el inglés». La muchacha contó en latin las atrocidades cometidas por los faccio-

sos en las cercanías. Cincuenta y cinco años más tarde, cuando el Dr. Knapp pasó por allí, todavía pedía limosna en la estación de Manzanares aquella ciega que se acordaba del inglés a quien ella debia gran parte de su fama y de las limosnas que recibía.

Escribió Borrow: «Como pensaba quedarme en Sevilla unos meses, decidí alquilar una casa para vivir con más independencia y economía que en la posada», y, efectivamente, la encontró en la Plazuela de la Pila Seca, cerca de la Catedral. Allí se instaló Antonio, con los caballos tambien.

Sevilla constituyó una de las localidades de mayor transcendencia en la vida de Borrow; no hay más que leer sus hermosas y felices descripciones de la ciudad para comprobarlo. Enamorado estaba Borrow de Sevilla y suyas son estas palabras: «yerto, yerto, debe de estar el corazón que permanezca insensible ante ese paisaje mágico, al que apenas podría hacer justicia el pincel de Claudio mismo. ¡Cuántas veces he vertido lágrimas de arrobamiento al contemplarlo, y escuchado a los mirlos y a los ruiseñores modular en la arboleda sus cantos melodiosos, y respirado las brisas cargadas con el aroma de los naranjos de Sevilla!».

Pero quizás debamos decir que hay algo detrás de todo ello que se llama «amor». No se vislumbra en su relato de «La Biblia en España», pero lo conocemos por otros documentos. Hacía siete años que mantenía correspondencia con la señora Clarke y ésta, poco a poco, sin grandes aspavientos, se habia ido introduciendo en la vida intima de «don Jorge». Ella leía las cartas que transmitía desde San Petersburgo a la Sociedad, merced a su amistad con el pastor Cunningham, y se habia hecho muy amiga de su madre. Se había «inquietado» mucho por su intención de ir a la Tartaria y habia seguido muy de cerca sus aventuras en España. Más tarde, la madre de Borrow escribiría a Mrs. Clarke esta carta: «...no estoy sorprendida, mi querida amiga, de lo que me dice, aunque nada sabia de ello. Me recordó lo del Reverendo Flethers; ya sabe que tardaron mucho tiempo en considerarlo, de modo que hasta aquí todo va bien. Le dejaré ahora al cuidado de usted y deseo que usted le ame y le quiera y cuide como yo lo he hecho. Deseo que los dos traten de hacerse la vida feliz y siempre pediré a Dios por los dos. Dé mi cariño al querido Jorge y dígale que nunca le olvido. Tengo tanto que decir, pero...».

No se sabe si aquello estaba planeado desde su último encuentro en Oulton en Octubre y Noviembre de 1838, o si los hilos invisibles de sus vidas en poder de Dios se movieron de esta manera, lo cierto es que el Lloyd registra el embarque para Sevilla de la señora Clarke y su hija en el buque «Royal Tar», como viajeros de primera clase, siendo adinerada Mrs. Clarke, como sabemos. Este buque salió de Londres el siete de Junio, llegó a Falmouth el diez, a Lisboa el catorce y a Cadiz el dieciseis, y, desde luego, al dia siguiente los tres británicos estaban alojados en el número siete de la Plazuela de la Pila Seca, en Sevilla.

Habia pensado Borrow, antes de salir de Madrid, que tendría facilidades para distribuir los Testamentos en Sevilla, pero se vió muy sorprendido al comprobar que el Gobierno de Madrid habia extendido a todo el territorio la prohibición de que circulasen los libros y los Testamentos fueron embargados en la Aduana, adonde se llevaban todas las mercancias, incluso las que llegaban de Madrid. Pero él escribió que: «gracias a los ma-

nejos de Antonio, recuperé una de las cajas mientras la otra fué enviada a Sanlúcar para expedirla fuera del reino, tan pronto como se me presentara oportunidad de hacerlo». Sin embargo, Borrow disponía de unos centenares más de libros y ésos pensaba distribuirlos ya que, según decía, «placiendo a Dios, podían dar muy santos frutos».

Un teniente coronel, llamado Elers Napier, publicó un libro titulado «Excursions along the Shores of the Mediterranean», en 1842, y en él menciona largamente sus contactos, conversaciones y paseos con Borrow. Es curioso su encuentro, que él coloca precisamente en la Plazuela: «...finalmente, haciéndome el fuerte, me acerqué a él con un «Bonjour, monsieur, ¡quel triste temps!». Sí, señor, replicó él con el más puro acento parisino, y es muy raro ésto por aqui en esta época del año. «¿Piensa usted quedar mucho tiempo en Sevilla?» le pregunté, a lo que él afirmó que sí.

Pronto nos tomamos confianza y me divirtió e instruyó con su variada cultura. Sin embargo, continuaba yo a oscuras respecto de su nacionalidad porque vi que hablaba el inglés tan correctamente como el francés; le hablé en italiano y me siguió perfectamente, luego vi que daba órdenes a su criado en griego, conversaba en perfecto castellano en la fonda y saludaba en aleman a un barón austriaco...».

Con este teniente coronel, Borrow fué a caballo a visitar las ruinas de Itálica y el Convento de San Isidoro. Allí, junto a los altos cipreses, deleitó Borrow a su amigo con información acerca del Duque de Medina Celi y de los trabajos que se realizaban en Santi Ponce, le recitó poesias, etc., pero, según se deduce del relato, nada mencionó de la comunidad protestante que la habitó hacia unos tres siglos entonces y de donde salieron nada menos que los traductores de la Biblia en español, por causas de la Inquisición.

En la propagación del Evangelio, ayudó a Borrow en Sevilla un viejo profesor de música, ya retirado, de excelentes cualidades y en los tres dias de su amistad le trajo a Borrow el importe de seis Testamentos en español y de un Evangelio en gitano que había vendido. Lo que más nos llama la atención, es el motivo que a ello le movía. El buen hombre afirmaba «que sus infortunados compatriotas, entregados a la sazon a la matanza y al saqueo reciprocos se corregirian, probablemente, leyendo el Evangelio, sin que en ningun caso pudiera seguirseles de su lectura daño alguno. Añadía que si muchos hombres han reformado su vida merced a las Escrituras, nadie se ha vuelto todavia ladrón o asesino por leerlas».

Los asuntos no iban muy suaves con Mr. Brandram y la carta que recibió en aquellos dias de Londres era fria. Con fecha veintidos de Mayo, el Secretario le mencionaba varios puntos: «...sin duda, es usted un hombre de temperamento no común y no podemos emplear tópicos comunes para juzgarle a usted, ni a sus asuntos. ¿Qué diremos, por ejemplo, de su extrema superstición? Es usted muy sincero al decirnos lo que no necesitaba decirnos, pero suena muy raro cuanto tengo que leerlo a todo un Comité, y asi los que no le conocen se llevan una impresión extraña... describe usted su peligroso viaje a Sevilla, diciendo al principio: «Con la buena fortuna que de costumbre me acompaña», y nosotros no estamos acostumbrados a ese lenguaje, que a algunos les parece profano... tal vez seamos un pueblo raro aquí

en Inglaterra, pero no nos gustan las «profetisas» que usted menciona haber encontrado por segunda vez...».

En esta situación, y habiendo llegado a término a mediados de Julio su trabajo en Sevilla, porque no había más Testamentos que vender, encontramos a Borrow en medio de una situación embarazosa de la que surge de un modo algo abrupto. En «La Biblia en España» nos cuenta que el 31 de Julio sale de Sevilla a bordo de uno de los vapores que iban con dirección a Cadiz, con el propósito de detenerse en Sanlúcar y recoger la caja de Testamentos para sacarla de España. Efectivamente, los retira, pagando una cantidad caprichosa, impuesta por los aduaneros, y llega hasta Cádiz, al objeto de que el Consul Mr. Brackenbury los mande a Inglaterra, y allí toma un barco con rumbo a Gibraltar. La larga descripción y los encuentros interesantes no los seguiremos aqui tampoco, pero vemos que se dispone a pasar a Tanger.

Sabemos que en Sevilla despidió a su buen criado Antonio, haciéndole firmar dos recibos, fechado en primero de Julio de 1839, el primero, por trescientos sesenta reales, como salario de Junio, y otro por veinte duros, como regalo que le proporcione la vuelta a Madrid. Tambien en Sevilla se procuró Borrow una carta de presentación para Mr. Drummond Hay, Consul General Británico en Tanger. Según afirma Frechet, quedaron en Sevilla solas, en la Plazuela de la Pila Seca, Mrs. Clarke y su hija, Henriette.

No sacando a colación las ilustraciones de su narración, curiosas, y ciñéndonos a lo que nos interessa, o sea, la distribución de la Biblia, en Tanger encontramos tan sólo la referencia de un consejo del Consul para que no saliera solo de la ciudad, sino acompañado por un soldado, y que «durante su permanencia en Tanger habia distribuido considerable cantidad de Biblias entre los naturales que hablaban árabe y que muchos hombres doctos, o «talibis», habian leido con gran intérés el volúmen sagrado y que esa propaganda hecha con precaución no habia suscitado disgusto ni enojo».

Su clásico «La Biblia en España» termina misteriosamente en este punto, añadiendo: «Thus had passed Friday, the sacred day of the Moslems, and the first which I spent in Tangier» (asi transcurrió el primer viernes dia sagrado de los musulmanes, y el primero que yo pasé en Tanger). En su otro libro «Los gitanos de España» indica simplemente el hecho de haber llegado a Tarifa desde las tierras de Berberia «en el otoño de 1839», y parece que no vió a Mrs. Clarke ni a Henriette, que estaban en Gibraltar el dia trece de Septiembre, según se sabe por un cheque que la señora cobró allí aquel mismo dia.

Durante todo este tiempo, los Secretarios de la Sociedad Biblica se impacientaban y comenzaban a preguntarse si Borrow no estaba prolongando su estancia en España por mero placer, de modo que el veintinueve de Julio le invitaron a que regresase a Londres, a lo que él contestó con bastante desenvoltura, anunciando su visita a Tanger, «antes de regresar a la Mancha».

A su vuelta a Cadiz, en donde encontró nuevas cartas duras de Londres, Borrow se apresuró a regresar a Sevilla, donde le esperaba la señora Clarke y su hija. Allí habia ya comentarios sobre «la señá Biuda y don Jorgito el brujo», pues, en verdad, la señora Clarke le llevaba varios años a Borrow y hacía ya veintidós que era viuda.

Borrow se hizo enviar desde Madrid una nueva provisión de Testamentos, pero como algunos de los meto-

distas ingleses de Cadiz llegaron hasta Sevilla, distribuyendo publicamente tratados religiosos, al parecer organizado todo ello por Rule, el amigo de Graydon, Borrow se encontró nuevamente con dificultades y el Gobernador Civil prohibió la venta de los Nuevos Testamentos, haciéndole a él responsable de toda la propaganda. Poco después se encuentra de nuevo en la cárcel, por tercera vez, debido a la estupidez de un Alcalde de barrio, que se negó a firmar para que le pusieran en órden el pasaporte y pudiera regresar a Inglaterra. Tan exasperado se encontró Borrow que gritó: «¡Viva la Constitución! y ¡Viva Inglaterra!», circunstancia que le llevó al calabozo el dia 29 de Noviembre de 1839.

Enterado de ello el señor Usoz, que a la sazon se encontraba en Florencia, le mandó una larga y cariñosa carta, lamentándose de la incultura de los españoles y del atraso de los mismos. En uno de sus párrafos decía: «...los más estrechos e intolerantes son la gente de frac y de levita, pues hay entre ellos grandes viciosos y fanáticos...».

Abandonando su proyecto de visitar la Mancha, se dirigió esta vez hacia Madrid, a caballo, acompañado de gitanos, con objeto de pedir reparación, pero allí no encontró ya al Embajador Villiers, sino a G. S. Jerningham, católico, que, muy cortesmente, no quiso comprometerse. Borrow se sintió más deprimido y en la larga carta que envió a Mr. Brandram la noche anterior a la Navidad se quejaba amargamente... Liquidó los asuntos de la Sociedad Biblica en Madrid, dijo adiós a sus amigos de la capital y regresó a Sevilla para dedicarse a sus trabajos literarios, soñando, no obstante, con nuevas misiones en China o en Africa. Mantuvo sin noticias durante largo tiempo a la oficina central de la Sociedad

de Londres, en tanto que preguntaba al Consul británico de Cadiz, Mr. Brackenbury, cómo podía casarse en España un inglés protestante.

El 9 de Enero de 1840 se encontraba Borrow muy ocupado en Sevilla con su libro «Los gitanos en España», en el que trabajó durante tres meses. Mr. Brackenbury lamentó muchisimo la imposibilidad de solemnizar matrimonios protestantes en España y por ello Borrow apresuró en lo posible su vuelta a Inglaterra.

La última escena de nuestro héroe en España es la que se registra el dia 3 de Abril de 1840 junto a Mrs. Clarke, Henriette y su hermoso caballo blanco, a bordo del barco «Royal Adelaide», en el puerto de Cadiz. El dia cinco entraba en la desembocadura del Tajo, atracando en el conocido muelle de Lisboa; luego tocaron en Oporto, Vigo, Falmouth, para llegar, finalmente, a Londres, el dieciseis de Abril...

EPILOGO

ULTIMOS AÑOS DE JORGE BORROW

Tan pronto como pisaron tierra inglesa, los viajeros que nos interesan dieron los pasos oportunos para celebrar su casamiento y, consecuentemente, la ceremonia tuvo lugar, a la usanza de las iglesias protestantes, el dia 23 de Abril de 1840, en la Iglesia de San Pedro, de Cornhill, actuando como pastor oficiante el licenciado Thomas Grose. Los testigos que firmaron fueron John Pilgrim, notario de Norwich y Henriette Mary Clarke, siendo publicada la noticia de la boda en el periódico «Norfolk Chronicle» y con ello se cierra un periodo de siete años de trabajo con la Sociedad Biblica de Londres.

Jorge Borrow quedó en buenas relaciones con la Sociedad, mejor dicho en cordiales relaciones con ella y la última referencia que a él se hace aparece en la página 46 del Report anual de la Sociedad, en su volúmen del año 1840, con estas palabras:

> «ESPAÑA. — Este pais infeliz, sangrando por todos sus poros, por la lucha desgraciada en que se encuentra hace tiempo, ha añadido a sus otras calamidades, y a su propia responsabilidad, la casi total supresión de los esfuerzos para circular dentro de sus fronteras la preciosa Palabra de Dios. Don Jorge Borrow, uno de los Agentes a que nos hemos referido en otros Reports, despues de haber trabajado durante tiempo con gran celo en favor de España, ha regresado

a nuestro pais, sin esperanzas para proseguir nuevos intentos de distribuir la Sagrada Palabra por ahora en aquel pais... casi 14.000 ejemplares de las Escrituras han sido circulados en España en los cinco últimos años».

Comenta Frechet que «Borrow habia dicho al pastor Brandram que iba a casarse, a instalarse en el campo y a ocuparse de trabajos literarios, pero, casi a continuación, declaró que estaba dispuesto a pasar el resto de su vida en China y dar su vida por la causa de su Redentor. La Sociedad Biblica no podía ofrecerle la realización de su sueño y por esta razón le dió la libertad...».

Por su parte, el Dr. Knapp afirmaba: «No hay que culpar a Borrow por la eliminación de España en el trabajo biblico, pero a Graydon sí. Ya no quedaba duda. Habia muchas pruebas y el testimonio de Brackenbury era convincente».

Como sabemos, Brackenbury era el Consul británico en Cadiz, con el que Borrow habia hecho amistad, y, sin duda, el testimonio a que Knapp se refiere es a la carta que dicho consul envió al Rev. Brandram, la cual queremos mencionar a continuación, al menos en sus párrafos más interesantes:

«Consulado británico de Cadiz, 19 de Septiembre de 1839. Rev. Brandram. Sociedad Biblica. Londres. Mi querido amigo: Ha sido un placer para mi conocer al señor Borrow; muy grande, en verdad... le dí una carta para mi amigo Mr. Drummond Hay, Consul General de Su Majestad Británica en Marruecos, de quien he recibido los datos más halagadores de don Jorge Borrow. ¡Cuán lamentable resulta la ordén reciente prohibiendo la distribución en este pais de las Sagradas Escrituras sin notas ni comentarios! y tanto más se aumenta la pena, al comprobar que la resolución se ha apresurado por causa de la indiscreción de algunos que entraron en España no siendo Agentes de la Sociedad Biblica... antes de ésto la circulación de la Palabra de Dios, no sólo no se miraba como cosa ilegal, sino que el mismo Gobierno la apoyaba y todas las autoridades extranjeras y nacionales podian cooperar en esta bendita obra, sin miedo ni reproche, mas ¡cómo ha cambiado todo ésto!... todo esto se deriva de aquellos que por sus indiscreciones... entrando en controversias religiosas, contrariamente al consejo y aviso de otros... los Agentes de la Sociedad Biblica en España no deben ser sectarios del Evangelio, que tiendan a hacer prosélitos... y estas opiniones las comparte, me consta, el señor Borrow, que conoce intimamente el carácter español, y cuyo celo y buen juicio han sido demostrados en toda esta Provincia... Le saluda afectuosamente, J. M. Brackenbury».

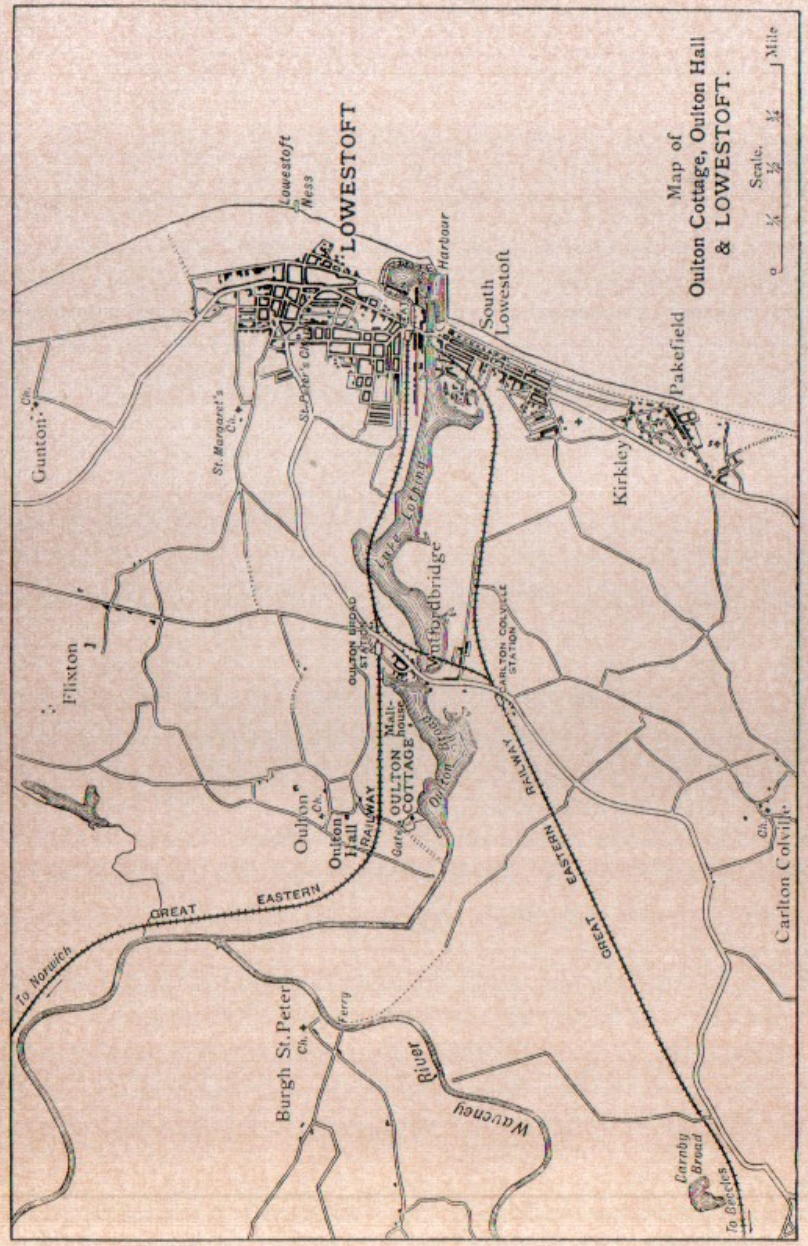
Llegado, pues, a este final, en el espacio de unos dias, toda la vida de nuestro infatigable viajero y servidor de la causa divina, se iba transformando: encontró una familia, una casa, una tierra y confirmaba sus cualidades de inglés y de caballero.

En los primeros dias de Mayo recibió la visita de Usoz y Rio, recien desembarcado en Inglaterra, pues el brillante linguista castellano, sacudiendo un poco su indolencia natural, se habia resuelto a trabajar por la causa biblica, a su manera. Gracias a la recomendación de Borrow, se puso en contacto con los cristianos evangélicos de allá y se hizo miembro de la Sociedad Biblica de Londres. Se presentó a Josiah Forster y seguidamente a Benjamin Barron Wiffen, que era un traductor de poesía española y juntos prepararon la colección anotada de las obras de los Reformistas españoles.

Durante los veinte años que siguieron, aquel lugar encantador de Oulton se convirtió en el cuartel del vagabundo, pero en forma de hogar constante, y no teniendo, en principio, nada en qué ocupar su mente, le llegó la hora de crear y de interesar a sus compatriotas, forjando, al mismo tiempo, un pedestal de gloria a su nombre. Salieron de su pluma, primeramente «Los gitanos de España», luego «Zincalí», más tarde «La Biblia en España», «Lavengro», un vocabulario caló-inglés, etc. etc. Debemos observar que «La Biblia en España» la preparó en seis meses, desde Julio a Diciembre de 1841, pero la rapidez de su composición se explica por el uso que hizo de toda su correspondencia.

El éxito de «La Biblia en España» fué instantáneo y formidable. El periódico «Examiner» llegó a decir: «jamás se ha escrito un libro como éste, con las señales indubitables de un genio». Por su parte, el «Atheneum» afirmaba: «no podemos ofrecer mejor libro que éste a nuestros lectores» y el «Dublin University Magazine» escribió lo que sigue: «El «Zincalí» fué el primer libro de la estación pasada y ahora se lleva la palma «La Biblia en España». Estamos esperando con ansiedad un libro del señor Borrow sobre Rusia...». En el «Quarterly Review» Mr Locker escribía: «Borrow, en su «Biblia en España» se ha destacado como autor inglés de primera calidad».

Antes de finales de 1843, se consumieron tres ediciones de «Los gitanos de España», pero en el mismo tiempo se habian consumido seis ediciones de «La Biblia en España», todo ello en Londres, mientras que, al otro lado del Atlántico, en Nueva York, Filadelfia, etc. tres casas rivales publicaron decenas de millares de estas dos obras



Inglaterra. — Retiro de Borrow en Oulton

y en otros paises europeos se hicieron abundantes traducciones.

Por último, el «Saturday Review» publicaba: «La carrera y las obras de Jorge Borrow valen bien la pena de estudiarse; puede haber sido un «vagabundo», en sus gustos y costumbres, pero resalta eminentemente como cristiano y como caballero, habiendo muchos hombres ganado mayor nombre y fama sin haber hecho la mitad que él».

Según el Dr. Knapp, su notable obra «Lavengro», que en principio tendía a ser una autobiografia, surgió de «La Biblia en España» o, más bien, de la sugerencia que le hicieron sus amigos, al leer el manuscrito de «La Biblia en España», antes de darlo a la imprenta.

El resto de su vida, lo dedicó Borrow a sus escritos, y tambien a algunos otros viajes de estudio. En Oulton dispuso un buen gabinete de trabajo, con buenos libros, se enfrascó en sus lecturas y traducciones, iba a Londres de vez en cuando por barco, diligencia o tren, que acababa de instalarse, al objeto de comprar nuevos libros y tambien a trabajar en la Biblioteca del Museo Británico. Hizo una salida a caballo de quince dias de duración por los caminos y pueblos del East-Anglia, quedando a dormir en algun albergue sólo cuando las noches eran malas.

En Londres querian verle, pues en los Comunes el Primer Ministro Sir Robert Peel acababa de citarlo como ejemplo de energía y pronto para Borrow llegó la hora de su gloria. Un dia el Obispo de Norwich le invitaba a comer, otro dia era una recepción de la Embajada de Prusia, principes y miembros del Parlamento venían a cumplimentarle y, desde luego, el pastor Brandram y los otros secretarios de la Sociedad Biblica se confundían en amabilidades con él. Tambien el pintor H. W. Phillips,

hijo del pintor para quien habia posado Byron, solicitó el honor de hacer su retrato en pie.

En el mes de Junio la fiebre de los viajes se apoderó de él y comenzó a contemplar lo que le rodeaba... su mujer siempre afectuosa y amable, su hermosa finca donde los árboles se balanceaban acariciados por la brisa, su glorieta llena de libros junto al estanque y en el prado su caballo de pura sangre que acudia presto con sólo oir su silbido... pero... hizo preparativos y se dispuso a marchar hacia oriente. Su mujer, algo inquieta, le hacia recomendaciones, que Borrow escuchaba con atención. Hizo venir a su madre desde Oulton para que quedase en la finca con su mujer y con Henriette durante su ausencia, y así partió, triste y alegre, a un tiempo.

Después de breves dias en Londres, atravesó el Canal de la Mancha y en Paris volvió a encontrarse con el Baron Taylor y con el antiguo Jefe de Policia, Vidocq, que le dijo que ardía en deseos de conocer el «Zincalí». En la gran ciudad Borrow se paseaba por los muelles del Sena, compraba libros y luego prosiguió su viaje hasta Estrasbusgo, la Selva Negra, Ulm, Augsburgo y Munich. De allí pasó a Ratisbona, desciende por el Danubio en barco, visita Linz, Viena y se detiene un mes allá para añadir algunas páginas a su autobiografia y para examinar las curiosidades de la ciudad; luego prosigue a Budapest.

Dejando el barco, atraviesa Hungria, permaneciendo allá tres semanas, consagrando su estancia a los zíngaros, y luego pasa a Transilvania, otro pais de gitanos. Franquea a continuación los Alpes, por el Puerto de la Tour Rouge y desciende a Bucarest, donde se compra un traje tartaro y dos camisas turcas para pasar desapercibido.

En Septiembre se encuentra en Constantinopla, dichoso de comprobar que la lengua turca le vuelve con

rapidez y pretende subir a San Petersburgo, pero luego, tal vez por la amenaza de guerra entre Francia e Inglaterra, cambia de idea y regresa a su pais, por Grecia e Italia.

Experimenta dos alegrias en su camino de regreso: la ascensión al Monte Olimpo y la visita de la guarnición inglesa en Corfú. Pasa rapidamente por Venecia, Ancona, Roma, Marsella, Paris, y desembarca en Inglaterra el 16 de Noviembre, dirigiéndose rápidamente a Oulton, donde la esperaba la familia.

En aquellos momentos Borrow se sorprende con dolor de que su finca sea atravesada por una línea de ferrocarril, en el plan de modernización en que se habia embarcado la Gran Bretaña y, poco después, tiene un ataque de fiebre y melancolía de sus caracteristicos «horrores».

Un dia, en el Museo Británico, un funcionario le comunicó que, posiblemente, habria un campo de misión en los últimos descubrimientos que acababa de hacer Lord Curzon en los monasterios de Siria y de Palestina, donde aparecieron diversos manuscritos preciosos, entre los cuales se hallaba un Nuevo Testamento griego del siglo cuarto y, al oir aquello, Borrow se declaró presto para marchar. Sin embargo, sufrió una decepción cuando el Gobierno se negó a sufragar los gastos de la expedición.

En el verano de 1851, Borrow fué con su hijastra a visitar la Exposición Internacional de Londres y allí pasó por experiencias similares a las que vivió en Gibraltar o en Tanger, unos doce años atrás, oyendo hablar a gentes en varias lenguas a su alrededor. Tan emocionado estaba que empezó a hablar en sus idiomas respectivos a todos los extranjeros que encontraba y Henriette,

con la circunspección propia de las inglesas, le dijo que todos pensaban que estaba loco.

La esposa de Borrow enfermó en Agosto de 1853 y tuvo que alejarse de Oulton. Mas tarde encontramos a toda la familia en Gales, pues Borrow en sus estudios, tenía interés en conocer aquella región, y empezó a hablar en lengua galesa ante la sorpresa de todos. Visitó Bala, donde el pastor Thomas Charles habia fundado las «escuelas dominicales», y después de conocer Chester, mientras su mujer y su hija iban en el tren, él se empeño en seguir a pie hasta Llangollen.

A su regreso de Gales, pasó un tiempo en leer y escribir, especialmente sobre los bardos y las historias galesas. Nuevamente regresa a Gales, pero esta vez recibe una llamada urgente, a causa de la enfermedad de su madre, llegando a tiempo de verla unos momentos antes de morir, el 16 de Agosto de 1858. Sobre su tumba él hizo inscribir esta frase: «Fué buena esposa y buena madre».

Encontrandose muy desolado, la propria esposa le recomendó que emprendiera otro viaje y esta vez sale para Escocia en un barco desde Farmouth, desembarcando en Newcastle. Mientras paseaba melancólicamente, dos amigos vinieron corriendo a su encuentro. En el verano del año siguiente fué a visitar una nueva tierra celtica, Irlanda, y, dejando a su esposa y a Henriette en Dublin, debidamente acomodadas, marchó él a pie hacia el norte, visitando poblados para estudiar los dialectos de aquella isla.

Pasa el tiempo y encontramos ahora a la familia alojada en Londres, cerca de Hyde Park, en la calle le Montagu, número 21, lugar en que Borrow comenzó a sentirse deprimido y entonces llamó a un amigo para

charlar con él, mas fué su esposa quien le abandonó antes, pues Mrs. Borrow falleció el 30 de Enero de 1869 a consecuecia de una crisis cardiaca. Su tumba lleva la inscripción siguiente: «A la memoria querida de mi madre, Mary Borrow, que durmió en Jesus el 30 de Enero de 1869».

Después del entierro, Borrow partió para Norwich, donde vió al notario Pilgrim y luego prosiguió a Oulton, acompañado de unos amigos, guardando silencio durante todo el camino. Al llegar a casa, no pudiendo contenerse más, se echó a llorar y comenzó a darse golpes en el pecho. Cuando se repuso y pasaron unos dias, Borrow continuó sus viajes a Londres para seguir estudiando en el Museo Británico y poco después, casada ya Enriqueta, vino con su marido a vivir a Oulton con él. En su finca recibía Borrow a los gitanos y les dejaba acampar libremente.

Sin embargo, un dia, cuando se hallaba completamente solo, murió apaciblemente de modo inesperado y le encontraron cadáver Enriqueta y su marido, al volver a casa. Esto ocurrió el dia 28 de Julio de 1881, de modo que nuestro héroe pasó a la presencia de su Señor y Salvador antes de los ochenta años de edad. Fué transportado a Lowestoft y desde allí a Londres en tren, para ser enterrado junto a su esposa en el cementerio de Brompton.

Un ferviente admirador de Borrow, galés, Sir Alfred T. Davies, hizo hace muy pocos años una llamada por medio del periódico «The Times», en favor de la restauración de la tumba de Jorge y Maria Borrow que estaba en malas condiciones, y los fondos recibidos permitieron, no sólamente una digna restauración, sino tambien levantar un pequeño monumento a la memoria de Jorge Borrow, en la villa galesa de Glyn Ceiriog, donde habia

estado Borrow, circunstancia que me lleva a pensar de nuevo en Maria Jones, galesa, cuyo monumento se levanta en Gales tambien por haber sido ella la causa de la formación de la Sociedad Biblica Británica y Extranjera. ¿No van muy unidos los nombres de Maria Jones y de Jorge Borrow en la grandiosa empresa de esta maravillosa Sociedad?

Obras del mismo autor :

« Conozca la Biblia »
« Escribiendo la Biblia »
« Maria Jones y la Biblia »
« ¿ Qué es el Nuevo Testamento ?
« Biografias biblicas »
« Titulos del Señor »

TRADUCCIONES

« Nuevo Auxiliar biblico »

DE PROXIMA APARICION

« Conversion en Mallorca »

COMPOSTO E IMPRESSO NA
TIPOGRAFIA PROENÇA
R. S. António da Sé, 6 e 8
Telef. 24249 - LISBOA
— 5.000 ex. — 5-1-60 —